

Mercosur lee

— la educación
— nuestra bandera

OEI

BNM
Biblioteca Nacional de
Maestras y Maestros

MERCOSUR



Ministerio de Educación
Argentina



MINISTERIO DE EDUCACIÓN DE LA NACIÓN ARGENTINA

Presidente

Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros

Ing. Agustín Oscar Rossi

Ministro de Educación

Lic. Jaime Perczyk

Jefe de Gabinete

Prof. Daniel Pico

Secretaria de Educación

Dra. Silvina Gvirtz

Subsecretario de Educación Social y Cultural

Lic. Alejandro Garay

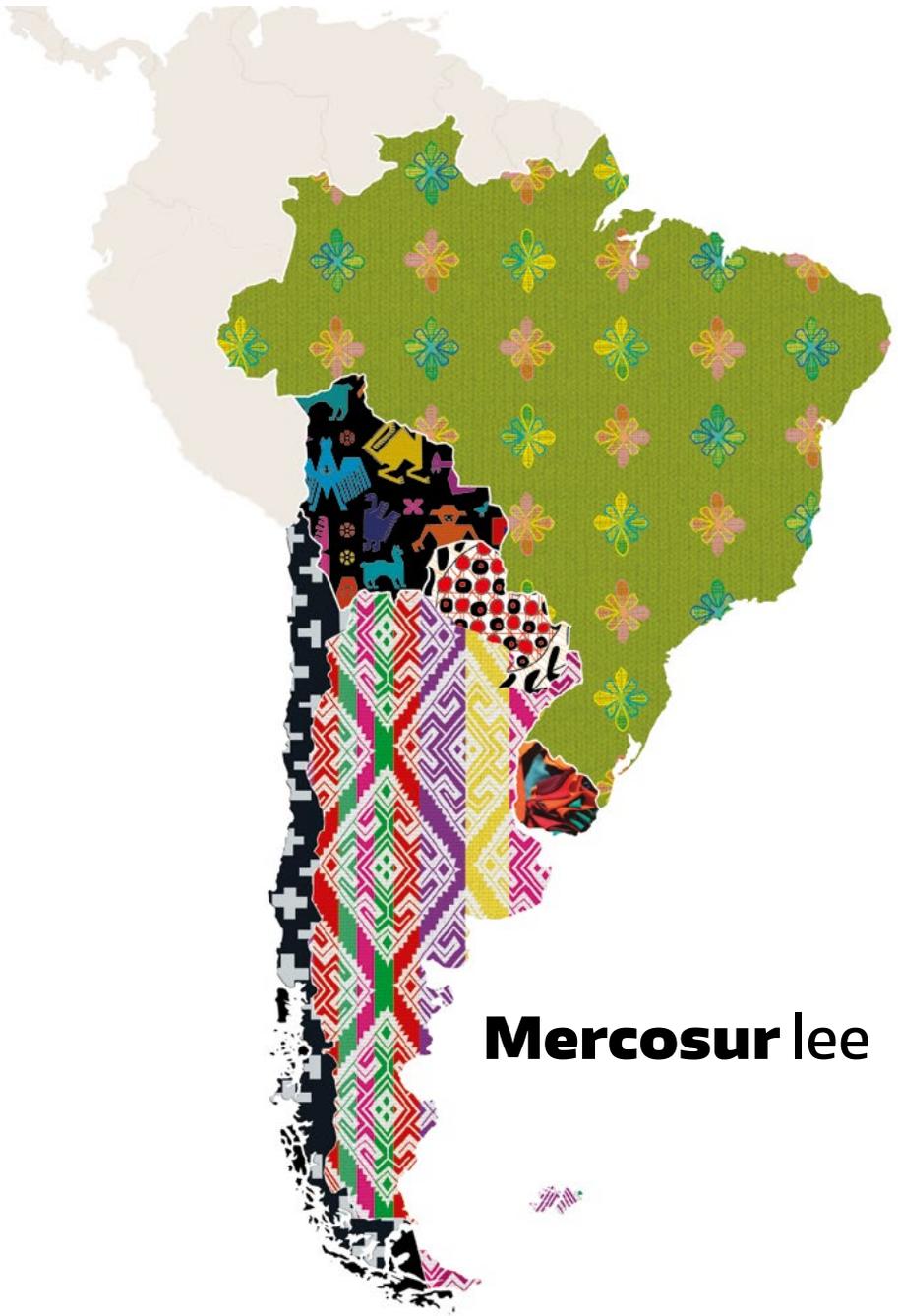
ORGANIZACIÓN DE ESTADOS IBEROAMERICANOS (OEI)

Secretario General de la OEI

Mariano Jabonero Blanco

Director OEI Oficina en Argentina

Luis Scasso



Mercosur lee

Directora de la Biblioteca Nacional de Maestras y Maestros
Bib. Laura Palomino

Coordinación de Contenidos, Servicios Digitales y Comunicación (BNM)

Edición: Tamara Álvarez Brasil, Viviana Cialdella, Daiana Duarte,
Marta González del Valle

Diseño y diagramación: Juan Salvador de Tullio, Elizabeth Sánchez

Foto de Uruguay: © Valeria Godoy

Mercosur lee / 1a ed mejorada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Ministerio de Educación de la Nación; Biblioteca Nacional de Maestras y
Maestros; Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la
Ciencia y la Cultura -OEI, 2023.
192 p. ; 14 x 20 cm.
ISBN 978-950-00-1740-4
1. Literatura Argentina. 2. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Título.
CDD 371.32



Se permite la reproducción total y/o parcial con mención de la fuente.

Esta licencia abarca a toda la obra excepto en los casos que se indique otro tipo de licencia.

Material de distribución gratuita, prohibida su venta.

2023, Ministerio de Educación de la Nación

Pizzurno 953, CABA

República Argentina

Desde el Ministerio de Educación de la República Argentina celebramos una nueva edición de la Colección “Mercosur lee”, material publicado en 2005 en el marco del Año Iberoamericano de la Lectura. Este relanzamiento reúne los relatos de destacadas y destacados autores de Argentina, Brasil, Bolivia, Chile, Paraguay y Uruguay. Su propósito es contribuir al proceso de integración regional, incentivar el conocimiento de las lenguas oficiales (español, portugués y guaraní) y el desarrollo de una educación de calidad para todas y todos.

La actualización de esta emblemática colección, realizada con el apoyo del Área de Educación y Lectura de la Organización de Estados Iberoamericanos (OEI) y la Biblioteca Nacional de Maestras y Maestros de Argentina, contiene además un cuadernillo de actividades y propuestas lúdico-literarias para trabajar en las bibliotecas escolares o en el aula. Es un recurso para consolidar la construcción del sentimiento de ciudadanía regional entre estudiantes, docentes y comunidades educativas en general.

Vivimos en un mundo complejo donde las convergencias son el motor de las acciones colectivas. Sostenemos la importancia de la coordinación y articulación de políticas públicas que permitan avanzar en el mejoramiento de la calidad de vida de nuestros pueblos. En este sentido, la educación cumple un papel fundamental a la hora de favorecer y consolidar el proceso de integración regional, al estimular la movilidad de las personas y los múltiples intercambios de conocimiento. Contribuye también a la formación de una identidad y ciudadanía mercosuriana y a generar habilidades que preparen a niñas, niños, jóvenes, adultas y adultos de la región para enfrentar los desafíos que impone la realidad contemporánea.

En el marco de esta alianza de trabajo entre el Ministerio de Educación y la OEI, reafirmamos el compromiso y la voluntad política de seguir construyendo un espacio de integración regional que permita agilizar la implementación de proyectos como “Mercosur lee”.

Esperamos que disfruten de esta nueva colección y que les permita, como actores y actrices del sistema educativo, trabajar en la consolidación de una ciudadanía democrática y de una identidad mercosuriana que encuentra en la diversidad su mayor riqueza.

Jaime Perczyk
Ministro de Educación de la Nación Argentina



“Quien escribe, teje. Al fin y al cabo, texto viene del latín textum, que significa tejido. Con hilos de palabras vamos diciendo, con hilos de tiempo vamos viviendo: los textos son, como nosotros, tejidos que andan”

Eduardo Galeano

Cuando pensamos la reedición de esta obra, hicimos recuerdo en estas palabras de Galeano y automáticamente explotaron ante nosotros los colores de nuestras culturas de patria grande. Sus tramas, texturas, hilados, colores. En forma silente, en esas imágenes, aparecieron también su música, cantos y sonidos. Hilos de tiempo y tramas de autores imaginamos. Colores y textos les ofrecemos, con una hermosa propuesta de Juan Tapia para lúdicamente destejer y volver a tejer tramas.

Los bibliotecarios somos grandes tejedores de alianzas, de personas y de palabras. Desde muchos lugares de nuestro país, en una mesa, en una rueda, imaginamos a un hábil tejedor compartiendo estos mundos de urdimbre poética de nuestro Mercosur, esperando que la magia de la palabra (de todos los hermosos sonidos de nuestras palabras) nos hará sentir más hermanos.

Laura Palomino
Directora de la Biblioteca Nacional de Maestras y Maestros



La XXVIII Reunión de ministros de Educación del Mercosur, Bolivia y Chile declaró al 2005 como Año Iberoamericano de la Lectura y apoyó proyectos como Mercosur Lee comprometiéndose para que los libros llegaran a alumnas y alumnos.

La colección se edita en el marco de los homenajes al escritor paraguayo Augusto Roa Bastos, fallecido ese mismo año. Cada uno de los países miembro, más Bolivia y Chile, seleccionaron títulos con el fin de divulgar obras representativas de la literatura del Mercosur en las escuelas y, al mismo tiempo, incentivar el conocimiento de las tres lenguas oficiales del Mercosur: español, portugués y guaraní.

Como en aquel momento, la reedición de Mercosur Lee busca promover la integración regional y el respeto por la diversidad cultural de nuestros pueblos.

Los libros llegarán en formato papel y en formato digital.

En el marco de la campaña "Lectura en movimiento" de la OEI, continuaremos difundiendo la colección en diversos espacios a partir de postales con códigos QR para la descarga completa de los libros.

Luis Scasso
Director OEI Oficina en Argentina

Índice

Argentina

El sitio de Santina	
Liliana Bodoc	15
Los tres apuntes de Tim	
Oche Califa	23
A veces, a tu lado	
Macedonio Fernández	29

Bolivia

Ellas, ellos, yo. Poemas... ¡de locura!	
Rosalba Guzmán Soriano	33
Dochera	
Edmundo Paz Soldán	43
Ariel y el árbol olvidado	
Carlos Vera Vargas	57

Brasil

El hombre que sabía javanés	
Lima Barreto	67
O homem que sabia javanês (Portugués)	
Lima Barreto	77
De carta en carta	
Ana María Machado	89
De carta em carta (Portugués)	
Ana María Machado	92
Cantiga de esponsales	
Joaquim María Machado de Assis	97
Cantiga de esponsais (Portugués)	
Joaquim María Machado de Assis	101

Chile

Farewell y otros poemas

Pablo Neruda 109

Papelucho en la clínica

Marcela Paz 119

Antigua vida mía (Fragmento)

Marcela Serrano 125

Paraguay

La vida de Ca'í - La pulseada de Ca'í y Carayá

Feliciano Acosta Alcaraz 137

Ka'í rekovekue - Ka'í ha Karaja oñombohovakéramoguare (Guaraní)

Feliciano Acosta Alcaraz 138

Atardecer

Ramiro Domínguez 141

La cita

Augusto Roa Bastos 145

Uruguay

Los pocillos

Mario Benedetti 153

La cuna y otros poemas

Juana de Ibarbourou 161

La abeja haragana

Horacio Quiroga 169

Actividades y propuestas lúdico-literarias

Juan Martín Tapia 177

Argentina





“El sitio de Santina” de Liliana Bodoc

© Nomos, Alfaguara Infantil y Juvenil, Liliana Bodoc, Abril 2016.

© Penguin Random House Grupo Editorial S.A., 2023.

El sitio de Santina

Liliana Bodoc



La abuela Santina tiene 88 años y, según mi mamá, la cabeza impecable. “Estás más lúcida que yo”, le dice casi todos los días. La abuela niega con un gesto de la mano y sonrío.

Entre nosotras dos hay un pacto silencioso: nos permitimos estar tristes sin preguntar nada. Yo estoy triste, y ella se queda por ahí, tarareando. La música, en sus labios, siempre una *canzonetta* italiana. Cuando es ella la que está triste, yo me quedo por ahí, jugando con el celu.

La única vez que Santina desconfió seriamente de mí fue cuando le dije que podía navegar en la web y llegar hasta su pueblito siciliano.

—¿Hasta Troína?

—Sí, abu.

Le aclaré que podía acercarse mucho; ver el barrio donde había nacido. Y con un poco de suerte, su calle, su casa.

Al principio le dio risa. Después se enojó un poco, a ver si ahora yo quería tomarle el pelo. Pero después, y eso fue más serio, la abu Santina se asustó.

—¿Querés probar? —la invité.

—No. Ahora no.

La lista de excusas duró varios meses.

—Tengo que ayudar a tu madre a destejer una colcha.

—Tengo que pelar duraznos para hacer mermelada.

—Tengo que ir al médico.

—Dormir la siesta.

—Hablar con mi prima, pobre, que hace rato que no la llamo.

Cuando le conté a mi mamá, pareció entenderla.

—Dejá —me dijo—. No debe querer ver el pasado. ¡A ver si todavía le hace mal!

Santas palabras. A partir de ahí, yo dejé de insistir.

Casi un año más tarde, pocos días después de su cumpleaños número ochenta y nueve, Santina volvió a mencionar el asunto.

—Mi amor, ¿todavía se puede hacer eso que me dijiste?

Aunque suene extraño, yo entendí perfectamente su pregunta. Como si se tratara de una conversación apenas interrumpida.

—Sí, abu. ¡Y mejor!

—¿Me enseñarías?

—Dale.

Elegí la compu de papá, porque era la que tenía mejor pantalla.

—¿Te acordás de la dirección donde vivías?

—Vía Garibaldi 10 —murmuró.

Después, la abuela se sentó frente a la pantalla. Yo a un lado. Por un momento la vi dudar. Después retomó el coraje:

—Vamos —dijo, como quien se hace a la mar en canoa.

Puse las referencias: Italia, Sicilia, Troína, Vía Garibaldi 10. La quise asombrar haciendo el camino más largo.

—Mirá, vamos a acercarnos desde el espacio.

—El mundo entero —dijo mi abuela.

Le expliqué varias veces.

—Y con esta tecla te vas acercando.

Cuando entendió, mi abuela me pidió algo insólito.

—No te enojés, mi amor. Pero quisiera quedarme sola.

—¿Vas a poder?

—Veremos.

—¿Estás segura?

—Muy segura.

Santina tenía doce años cuando junto a su padre y a sus hermanos abandonó Sicilia. Era el tiempo en que miles cruzaban el mar buscando tierras pacíficas y generosas. Pero Santina se fue sin desgranar el último racimo de uva. Y eso le pesó para siempre.

Esa tarde, se sentó frente a la pantalla para intentar un regreso. ¿Sería cierto lo que su nieta decía? Y aunque lo fuera, aunque esa máquina llegara hasta Italia, Sicilia, Troína, Vía Garibaldi 10, ya todo sería muy distinto. Nada de aquello que había conocido quedaría en pie. De todos modos, Santina lo intentó.

ZOOM IN

El contorno del globo se perdió.

ZOOM IN

El agua empezó a tener textura.

ZOOM IN

¡Italia! Esa era Italia, la bota donde había nacido y a la que nunca pudo volver, porque siempre había un destino más importante para los ahorros.

Santina estuvo a punto de desistir, en un rato empezaba la novela de la tarde y no quería perderse.

ZOOM IN

Ahí estaba Sicilia como una mancha verde. ¿Y cómo no? Sicilia era verde como nada en este mundo. Manchas verdes... Santina pensó que las manchas se parecían al pasado: era cuestión de mirar bien para ver las figuras ocultas.

El olor a mar del pueblo natal inundó su memoria.

Un padre, una madre, cuatro hermanos además de Enrico. Y el día en que todos se reunieron en la cocina porque la *mamma* quería hablarles. Con la mirada metida en un trapo blanco, su madre dijo que ella no iba a viajar a América. Por Enrico, explicó. El pobrecito había tenido un mal año y no iba a aguantar semejante viaje. Cuando se mejore, vamos por ustedes, dijo.

Esas palabras mentirosas enojaron a Santina. "Cuando se mejore..." Nunca se iba a mejorar, todos lo sabían. Enrico había nacido enfermo y su madre había elegido quedarse con él.

"Prometo escribir una carta cada mes".

Escribir no servía de nada. Ella había elegido a Enrico, con su tos, su saliva amarilla y sus desmayos. ¿Quién va a cuidarme del otro lado del mar?, pensó Santina.

ZOOM IN

Troína. Y una marca roja.

ZOOM IN

Cuando la imagen se aclaró, el corazón de Santina se transformó en una amenaza. La anciana acababa de reconocer la iglesia, la que estaba en la ochava, entre vía San Giuliano y vía Campania. Su mamá y ella pasaban por enfrente cuando iban a visitar a la tía Rosa, y se persignaban al mismo tiempo con una leve flexión de rodillas. La misma, igualita. La iglesia del pueblo. Podía reconocer

los muros de piedra rojiza, la roseta, la puerta de madera. ¡Cuántas veces había pasado por allí de la mano de su madre!

Cuando era niña creía que su madre era la mujer más bella del mundo. Pero después le negó el último juego y el último abrazo.

ZOOM IN

Era al revés de cómo la anciana lo había imaginado.

En Troina, la modernidad apenas se abría paso, asfixiada en el empecinamiento de la piedra. Había semáforos, sí. Y carteles. Algunas construcciones nuevas y pocos negocios con vidriera que no lograban imponerse. Allá, en Troina, en la esquina de su antigua casa, el tiempo se había sacado los zapatos.

ZOOM IN

Vía Giuseppe Garibaldi, una calle con escalones. Tan angosta que los balcones se pasaban los chismes al oído. Santina no necesitó leer el cartel para reconocerla. Y no solo las calles, también reconoció las puertas del pasado. Ahí vivían los Belloti, ahí los Montemurri, los Brussa... En esa puerta alta y angosta vivían los anarquistas, ¡prohibido hablar con ellos! Un poco más allá, la casa de la familia Chiavetta. Se acordaba bien de ellos por uno de los hijos varones. Se llamaba Silvestre, y había sido su amor de niña.

ZOOM IN

¿Estaría Silvestre sentado en el umbral, comiendo pan con banana?

ZOOM IN

Su casa. Su niñez. Su remordimiento. Y la ventana.

Por la ventana más grande de la casa, la única que daba a vía Garibaldi, la llamó su madre. Faltaban apenas dos horas para que salieran hacia el puerto. La llamó y le mostró un racimo de uvas negras. Santina sabía bien cuál era la invitación. Una de las dos empezaba a comer y la otra seguía. De a un grano de uva por vez. Una y otra. La que se quedaba con el último grano negro y dulce, tenía derecho a un deseo o a una prenda.

Pero desde la vereda, Santina la miró y se fue corriendo. Después se negó a saludarla. No hubo forma, no quiso. Al fin llegó el momento de irse. Y ya no vio a su madre nunca más.

ZOOM IN

Su casa. Era su casa. Era la pared de piedra donde se apoyaba para contar hasta diez mientras sus amigas se escondían.

ZOOM IN

Su casa. Y el balcón de hierro negro, con una manta que se asoleaba.

—¡Santina! ¡*Vieni qui, ragazza!*

Su madre la está llamando con un racimo de uvas negras en la mano. La invita a jugar cuando faltan dos horas para marchar al puerto. Santina la mira fijo... Qué linda es su mamá con el rodete negro bien tirante y la piel húmeda.

—*Presto, mamma.*

La niña sube a zancadas las escaleras de madera. Su madre y el juego la están esperando. Santina quiso ser la primera en comer un grano de uva. Uno para ella, uno para su madre. Ella, su madre. Ella, su madre... Granos de piel dura, jugosos y dulces. Y el último...

—¡*Si vinci sempre!* —se queja Santina.

Su madre sonríe. Acaricia el cabello oscuro de Santina. Esta vez, aunque no sean las reglas del juego, va a cederle el deseo a su hija. La niña piensa un rato largo. Al fin, decide.

El deseo de Santina es un abrazo tibio y silencioso que dure por el resto de la vida.

ZOOM OUT

El dibujo del crochet de las cortinas se perdió. Las paredes oscurecidas por la humedad.

ZOOM OUT

Las puertas del pasado: los Chiavetta, los anarquistas, los Brussa...

ZOOM OUT

Los escalones de la calle.

ZOOM OUT

La ochava con la iglesia.

ZOOM OUT

Troína.

ZOOM OUT

Sicilia.

ZOOM OUT

Italia, el mundo, manchas verdes y azules, tierra y agua, tierra y llanto.

La abuela demoraba tanto que me preocupé. Y abrí la puerta.

—¿Estás bien?

Ella se dio vuelta. Nunca la había visto así, tan triste y tan feliz al mismo tiempo. Tenía lagrimones de niña en su rostro arrugado. Y también, una sonrisa. Me acerqué despacio. No iba a romper nuestro pacto, así que pregunté solamente por asuntos técnicos.

—¿Anduvo bien? ¿Pudiste navegar?

—Sí.

—¿Viste tu casa?

—Allí estaba.

—Te dije que no había nada mágico.

La abuela Santina me miró con sincero estupor.

—¿Vos creés? Ay, mijita, cuánto te falta aprender. Y nos fuimos de la mano a tomar mate de leche.



Liliana Bodoc

Escritora argentina. Nació en Santa Fe en 1958. A los cinco años, su familia se trasladó a Mendoza. Cursó la Licenciatura en Literaturas Modernas en la Universidad Nacional de Cuyo y ejerció como docente. A los cuarenta años editó su primer libro *Los días del Venado*, primera parte de *La saga de los confines*, una trilogía de épica fantástica. Algunos de sus libros son: *Sucedió en colores*, *El espejo africano*, *Amigos por el viento*, *Presagio de carnaval*, *La entrevista*, *El perro del peregrino*. En 2014 recibió el premio Konex de Platino a las Letras en la categoría Juvenil, distinción otorgada a las principales figuras de la década en el ámbito literario. Murió el 6 de febrero de 2018 en Mendoza.



**“Los tres apuntes de Tim” de Oche Califa
en *Cuentos argentinos. Antología para gente joven*,
Editorial Alfaguara, 1994.
© Alfaguara**

Los tres apuntes de Tim

Oche Califa



El escritor negro norteamericano Tim Parker falleció en circunstancias poco claras. Una muerte casi al estilo de su literatura. Esto era algo a resolver por la policía.

En cuanto a la editorial que publicaba sus libros, también tenía su problema. La empresa había adquirido con anticipación los derechos por tres cuentos que Tim debía entregar un mes después.

Los cuentos no estaban por ningún lado. Seguramente aún no habían sido escritos. En cambio, se encontraron tres apuntes con ideas y fue fácil suponer que ellos iban a dar vida a los cuentos que la editorial había comprado.

Así decían los apuntes:

1) *Un hombre despierta en medio de la noche sintiendo que un bicho rasca las paredes de su estómago.*

2) *Dos (no se entiende si dice mujeres o mugidos) se oyen al atardecer. Alguien arroja un baldazo sobre la tierra, porque hace calor y hay demasiado polvo, y le parece ver que el agua, al volar por el aire, se ha puesto roja.*

3) *Un astronauta vuelve de la luna y no se anima a confesar que mientras caminaba por ella oyó varias veces un chistido singular. Una semana después, regresando de madrugada a su casa, vuelve a oír el chistido; gira sobre sus talones... (aquí termina el apunte).*

La editorial reclamó los apuntes al juez y elaboró una buena idea: daría a escribir los cuentos a escritores que imitaran el estilo de Tim y los publicaría como "sus últimos grandes cuentos".

Con cierta discreción se convocó a varios escritores (gente que necesitaba dinero con urgencia) y se les pidió que ajustaran un poco más las ideas de los apuntes, para ver si daban con el nivel literario del genial Tim.

Lo que sigue es casi todo lo que se intentó para “dar vida” a los cuentos, así como las opiniones de los asesores de la editorial.

Apunte 1

Idea presentada por Brook Brokkies: El hombre consulta al médico, quien le ordena radiografías. Los estudios no dan nada raro, pero el hombre sigue sintiendo que el bicho rasca dentro de su cuerpo. Un día, desesperado, taja su estómago con un cuchillo y muere. Su cuerpo es encontrado al día siguiente por la mujer que va a hacer la limpieza, quien al abrir la puerta de la casa ve salir saltando a una pequeña langosta, o algo así.

Idea presentada por John Gómez: Los médicos ordenan radiografías y ven que en el estómago hay algo difícil de determinar. Deciden operar. Cuando hacen el corte encuentran un simpático grillo que toca una guitarrita.

Opinión de los asesores: La idea de Gómez no tiene que ver con el estilo de Tim, pero tal vez podría sugerírsele que fuese con ella a los Estudios Walt Disney.

En cuanto a la de Brokkies, es buena. Ahora bien, ¿no es demasiado truculenta? Si los otros dos cuentos tuvieran el mismo tono, podría argumentarse que en los últimos tiempos Tim había girado hacia una literatura más “dura”. Si fuera así, Brokkies ya debería ponerse a trabajar.

Apunte 2

Idea presentada por Parker Eloy: Dos mugidos se oyen al atardecer. Alguien regresa con un balde con leche. Tropezada y vuelca un poco en la tierra. Sin embargo, ¿no parecía sangre lo derramado?

Idea presentada por Carson McCall: Dos mujeres se oyen al atardecer. Están baldeando un gran patio de tierra cuando se dan cuenta de que el agua ha enrojecido. Una de las mujeres enloquece y la otra desaparece para siempre. Cuando la gente, aterrorizada, decide quemar los baldes percibe que de la fogata sale un insoportable olor a azufre.

Idea presentada por John Gómez: dos mujeres y dos mugidos se oyen al atardecer. Las mujeres están charlando animadamente

y no se dan cuenta de que sus hijos, cuatro pilletes incorregibles, han colocado colorante rojo en el agua. Las mujeres se dan un gran susto y los chicos se esconden en el establo para que no los retén.

Opinión de los asesores: Gómez sigue sin dar con el tono de Tim; parece que lo suyo anda por otro lado.

La propuesta de Eloy modifica la de Tim sin agregar nada más interesante o sugestivo; si quiere, puede seguir trabajando esa idea hasta ver qué sale.

McCall tiene una historia fuerte, muy fuerte. Pero no hay que olvidar que Tim siempre decía que en su literatura no tenía cabida la idea del demonio (el azufre refiere a él) porque le parecía demasiado elemental para el género de terror.

Apunte 3

Idea presentada por Brook Brokkies: Si bien el astronauta no cuenta lo de los chistidos, la cosa lo tiene tan alterado que los demás sospechan que le pasa algo. Un amigo que también trabaja en el centro espacial decide ir a su casa para conversar con él. Cuando está llegando, ve al astronauta unos pasos adelante y lo chista. El chistado se aterroriza, su corazón parece a punto de estallar, gira sobre sus talones, pero el miedo lo fulmina.

Idea presentada por John Gómez: Desde el principio se sabe que al astronauta lo ha seguido en su viaje un amigo de la infancia, un gordo guarango que se cree chistoso y está todo el tiempo haciendo bromas (es él quien lo chista). El gordo también regresa y luego lo persigue chistándolo y ocultándose. Se pueden insertar varias escenas muy graciosas. Cuando el astronauta ya no aguanta más y está al borde de un ataque, todo se descubre.

Opinión de los asesores: ¡¿Quién le dijo al idiota de Gómez que también escribiera esto?! ¡Échenlo de una buena vez!

En cuanto a la propuesta de Brokkies, es buena. Pero solo se trata de una equivocación trágica y hay que recordar que en los cuentos de Tim siempre está presente lo extraño, lo que no se sabe si existe o no (en este caso podría ser "el monstruo").

Por lo visto, los escritores convocados no logran dar con el estilo de Tim. Tal vez habría que abandonar este proyecto.

NOTA: Los cuentos de Tim nunca fueron escritos, pero sus apuntes se dieron a conocer en diarios de todo el mundo. Su muerte tampoco fue debidamente aclarada. La editorial decidió lanzar como a un nuevo gran escritor a Brook Brokkies, quien en poco tiempo se hizo famoso. Parker Eloy y Carson McCall se dedicaron al periodismo. John Gómez escribe guiones para la televisión y ha logrado un verdadero éxito con su personaje "Tom, el fantasma chambón". Los asesores siguen siendo asesores, salvo uno de ellos que cambió por un trabajo similar: analiza partidos de fútbol.



Oche Califa

Nació en Chivilcoy, provincia de Buenos Aires, en 1955. Radicado en Buenos Aires se especializó en periodismo infantil, colaborando en las revistas más significativas de ese campo y dirigiendo suplementos infantiles en periódicos de gran circulación, también realizó tareas periodísticas y coordinó talleres literarios.



**“A veces, a tu lado”
en Poemas de Macedonio Fernández**

A veces, a tu lado

Macedonio Fernández



A veces, a tu lado,
se entrecierran tus ojos y me olvidan.

Olvidado y cerca de ti
soy como quien quedó en la noche
a la cabecera de un amor que se ha dormido.
Pero no duermes, partes; amas siempre, pero no
a mí.

Vigilo entonces
la anudación que se labra entre nuestras horas
y ardientemente busco
echar, sin que lo sepas,
nuevo nudo, invisible y el más fuerte.
Mas no puedo tramarlo cuando ya has tornado.

Y siempre quedaré temiendo
ese pasado tuyo que vuelve,
ese presente tuyo que me quitas.

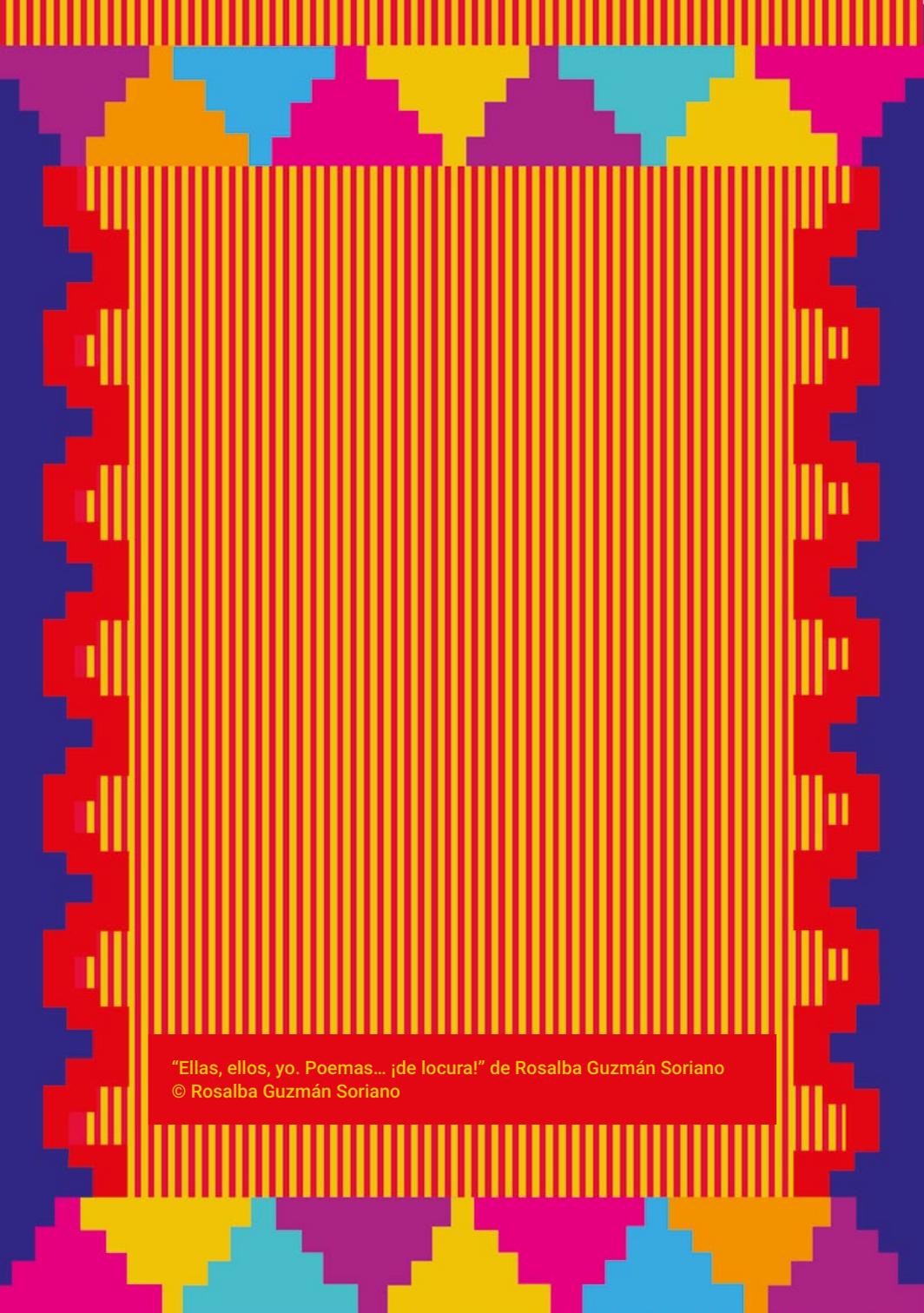


Macedonio Fernández

Nació en Buenos Aires en 1874. Conocido por sus narraciones fantásticas que muestran su escepticismo ante la aplicación práctica de las teorías filosóficas. Jorge Luis Borges reconoció en su obra la influencia de Macedonio, llegando a dirigir juntos en 1922 la revista *Proa*. En vida, de todas sus obras, tan solo llegó a publicar una: *No toda es vigilia la de los ojos abiertos*. El resto de su obra literaria se editó luego de su muerte gracias al interés de sus amigos. Algunas de las más destacadas son *Una novela que comienza*, *Continuación de la nada*, *Poemas* y *Museo de la novela de la eterna*.

Bolivia





"Ella, ellos, yo. Poemas... ¿de locura!" de Rosalba Guzmán Soriano
© Rosalba Guzmán Soriano

Ellas, ellos, yo Poemas... ¡de locura!

Rosalba Guzmán Soriano



La casa de Mariluna

Para Marisol

En casa de Mariluna
las cosas son, por fortuna,
parecidas a los sueños
de los niños más pequeños.
Rosales que en vez de rosas
dan azules mariposas,
estrellas de cinco puntas
que todo el día están juntas.
Burritos inteligentes,
cerdos limpios, tiernas hienas,
hay amigables serpientes
y hasta tarántulas buenas.
En casa de Mariluna
todo cambia, por fortuna,
los papás son juguetones,
los profesores, reilones.
Las abuelas son traviesas
y siempre están con sorpresas
de viajes imaginarios
al país de los canarios.
Las mamás son diferentes,
andan siempre sonrientes,
les gusta saltar en pita
y detestan "la sopita",
los tónicos, los ungüentos
y a los cucus de los cuentos.
Todo es raro, por fortuna,
en casa de Mariluna.

Mi mamá

Tengo una mamá que no se parece
a ninguna de esas que la tele ofrece.
No usa maquillajes tan sofisticados,
ni ropa europea ni finos calzados.
Tengo una mamá muy particular
y pensando en ella no puedo cantar
ese himno a las madres tristes y abnegadas,
que soportan cruces, son sacrificadas,
y que lo dan todo, sin esperar nada.
Cuando mi mamá entra a la cocina,
todo el mundo sabe que algo se avecina:
asados salados, panqueques quemados
con dulce de leche, dedos chamuscados.
Quiere que le preste mi suéter rosado
con un gran dibujo de gatos plateados
y luce muy guapa, bonita, elegante,
con el pelo suelto y la piel fragante.
Mamá es muy graciosa, canta todo el día
canciones que inventa con su melodía.
Y sin duda alguna es toda una artista
ya que pinta cuadros que alegran la vista.
Le gusta jugar pelota quemada
y baila excelente salsa y lambada.
Y a veces, de noche, cuando me ve triste,
se acerca, me abraza y me cuenta chistes
hasta que en sus brazos me quede dormida.
Mi mamá es muy linda. Estoy convencida.

Historia para ser contada

Había una vez una niña
que se llamaba Carmiña.
Quería ser marinera,
alpinista o ingeniera.
Le gustaba dibujar,
jugar al trompo y bailar.
Fue por dar un buen discurso
presidenta de su curso
y también fue directora
del grupo de redactoras
de una importante revista
de tendencia feminista.
Así Carmiña creció
y un día se enamoró
de un gran revolucionario
que salía en el diario.
Se llamaba José Luis
y su apellido era Ruíz.
Él se quería casar
y ella se puso a pensar
en algunas condiciones
para tomar decisiones.
Mientras se fumaba un puro,
él habló sobre el futuro:
quería una esposa sin par,
una reina del hogar,
que lave, planche y cocine
y que cuando él llegue, lo anime
con su charla interesante
y esté linda y elegante.
Que sea sacrificada
buena madre y abnegada.
Él sería responsable
de traer dinero contable
y así sería feliz

“doña Carmiña de Ruíz”.
Ella le habló sin premura
con la mano en la cintura.
—Yo soy Carmiña Bellido,
no llevaré tu apellido.
Los dos vamos a afrontar
las labores del hogar.
Soy una buena ingeniera,
no dejaré mi carrera.
Seré lo que quiero ser,
porque soy una mujer.
José Luis Ruíz, asustado,
quedó un tanto anonadado.
Mas, como era inteligente,
muy sensible y consecuente
tomó sabia decisión
llegando a la conclusión de
que hombre y mujer son iguales
para colmo de los males.
Y se casaron felices
aunque no había perdices.
Aquí termina la historia
para la eterna memoria
de esa simpática niña
que se llamaba Carmiña.

Lectura en voz alta

Cuando ella me dice que lea en voz alta,
yo no sé qué hacer. De pronto me asalta
desde la garganta un temor oscuro
que asusta, ¡que espanta!
En mi libro veo moverse las letras
como garrapatas.
Me mantengo alerta, miro hacia la puerta...
¡Ay! ¡Si yo pudiera ser la mariposa
que en el patio vuela!
¡Ay! ¡Si yo pudiese
vencer este miedo que tanto enmudece!
La profe me mira, mueve la cabeza
y con voz chillona me grita:
—¡Ya, empieza!
—Co... co... co... codrilo es a... a... nimal
que en el a... a... agua...
—¡Ya basta! ¡Está mal!
—protesta la profe con su voz de trueno.
Entonces respiro, me pongo sereno,
la miro de frente y autosuficiente
le digo:
—Señora, ¡qué pasa! Es este mi estilo.

La lección

Es sin duda la señora profesora
la que da mucha tarea que marea,
es por eso que pasó lo que pasó
y a mi profe nunca más se le ocurrió
pedir esas largas copias desastrosas,
resolver cien problemas
o aprender cincuenta poemas.
Ella dijo que leyéramos diez cuentos
y supiéramos la historia de memoria.
Yo que estaba muy cansado y descontento,
aburrido de la vida y somnoliento
hablé así con mucha rabia y energía:
¡No me gusta esta tarea, es muy fea,
torturante, agotadora y aburrida!
¿No hay acaso algo bonito y agradable
en vez de esta porquería detestable?
La maestra se atoró con su saliva,
tosió un poco, ¡y cayó patas arriba!
Fui corriendo a buscar a la regente
y le dije que se apure, ¡que era urgente!
Le dio aire, le echó un poco de agua fría
y la profe abrió los ojos, ¡Qué alegría!
Le pedí que me disculpe, por favor,
y ofrecí resolver todo mi “Baldor”.
Mas, la profe, sonriente, me miró
y me dijo: —No te angusties, déjalo.
Desde ahora no daré tanta tarea.
Quiero ver tu fantasía desde hoy día.

Bruja y dragón

Papá, cuando tú peleas
con mamá, aunque no lo creas,
te vuelves como un dragón,
grande, verde y barrigón.

El fuego que de tu boca
brota quema lo que toca,
los muebles y las cortinas
y espantas a las vecinas.

Te conviertes en dragón,
si te pones renegón.

Mamita, cuando peleas
con papá, aunque no lo creas,
te vuelves bruja de cuento,
pareces un esperpento
de uñas largas de pantera
que destruye la madera
de sillas, mesas, ropero
y de susto yo me muero.

Mamita, en cada pelea
eres la bruja más fea.

Es altamente arriesgado
encontrarse allí parado
en medio de la batalla
de bruja y dragón canalla.

Por eso, tengo cautela,
corro al lado de mi abuela
hasta que el dragón se calme
y la bruja se desarme.

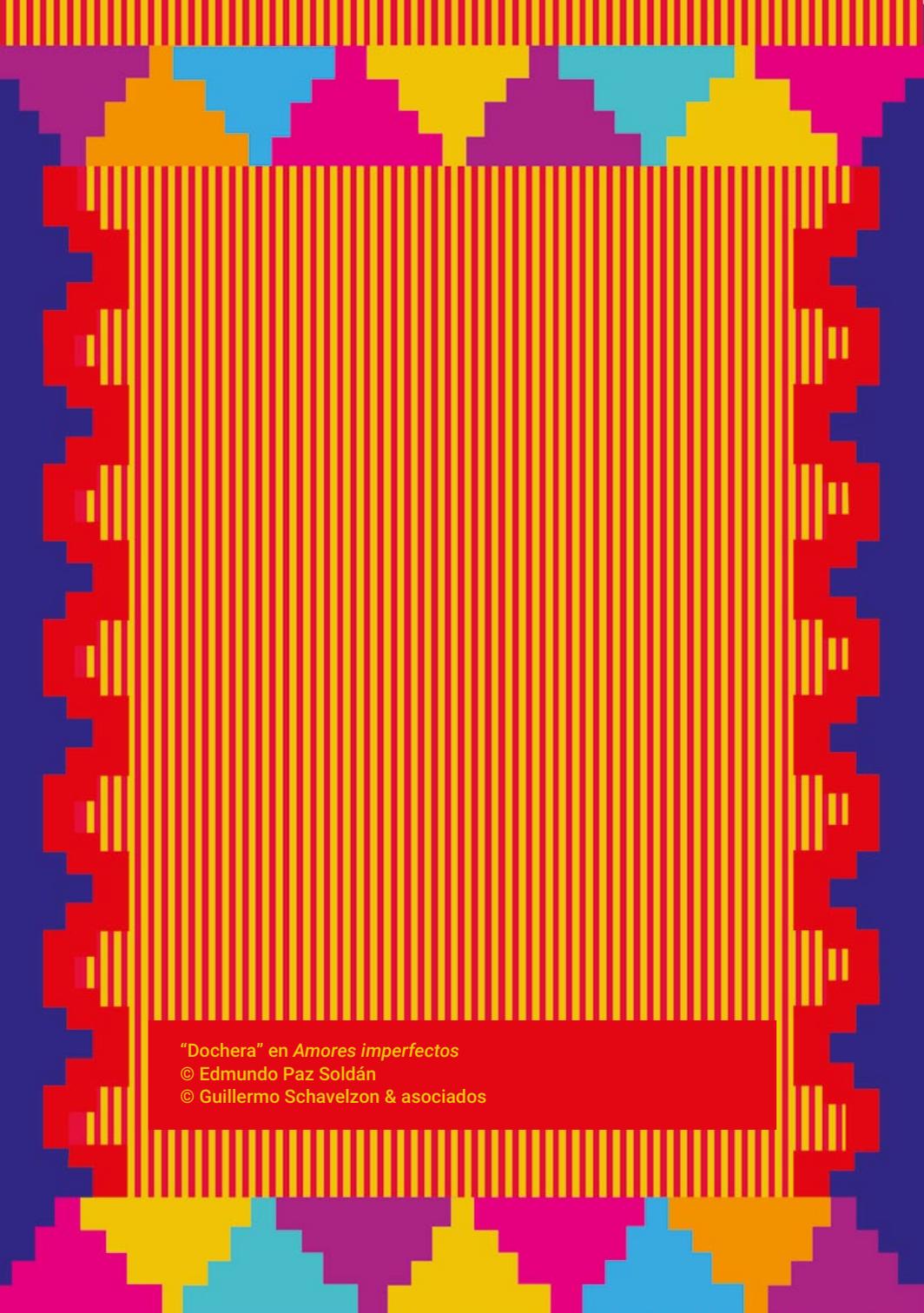
Hasta que vuelva la calma,
y se apacigüe el alma.

Canción protesta

¿Será posible señores que nadie pare rumores
tan absurdos, mentirosos y que nos ponen nerviosos?
Si has comido golosinas y la sopa no terminas,
te raptará el duende verde que gruñe, pellizca y muerde.
Si no has hecho la tarea, ya verás a la bruja fea
que te llevará enseguida con ella hasta su guarida.
Si no quieres aprender a sumar, restar y leer,
vendrá por ti la enfermera que tiene cara de fiera
con una inmensa inyección y aprenderás la lección.
Y si no duermes temprano tal vez no amanezcas sano
pues diablos y cucus malos te revolcarán a palos.
Señores, reflexionemos y así nos comprenderemos:
¿Acaso alguien por ventura llena su alma de amargura
cuando ustedes se propasan y llegan muy tarde a casa?
¡Escúchenos! ¿Realmente no les pasó por la mente
que a los niños nos disgustan esas historias que asustan
y que nada se consigue cuando un temor nos persigue?
Tal vez la sopa comamos y la lección aprendamos
si inventan un cuento hermoso o cuentan algo gracioso.

Rosalba Guzmán Soriano

Nació en Cochabamba, Bolivia, el 23 de abril de 1957. Es psicóloga clínica con formación en psicoanálisis, maestra, orientadora escolar y especialista en educación de la sexualidad. Es actriz de teatro y cine. Fue fundadora y responsable de redacción de la revista infantil *Chaski* así como directora y redactora de la revista *El Colibríto*. Entre sus obras se encuentran: *Hacia tí*; *Confidencia*; *Agalma*; *Para todo el mundo*; *Cuentos de luciérnaga*; *De árboles, duendes y estrellas*; *Filomena - Mena, la niña de dos cabezas*; *La Revobulliprotesta*; *La bruja de los cuentos*, y *El planeta multilinguado*.



"Dochera" en Amores imperfectos

© Edmundo Paz Soldán

© Guillermo Schavelzon & asociados

Dochera

Edmundo Paz Soldán



a Piero Ghezzi

Todas las tardes la hija de Inaco se llama lo, Aar es el río de Suiza y Somerset Maugham ha escrito La luna y seis peniques. El símbolo químico del oro es Au, Ravel ha compuesto el Bolero y hay puntos y rayas que indican letras. Insípido es soso, las iniciales del asesino de Lincoln son JWB, las casas de campo de los jerrarcas rusos son dachas, Puskas es un gran futbolista húngaro, Verónica Lake es una famosa femme fatale, héroe de Calama es Avaroa y la palabra clave de Ciudadano Kane es Rosebud. Todas las tardes Benjamín Laredo revisa diccionarios, enciclopedias y trabajos pasados para crear el crucigrama que saldrá al día siguiente en El Heraldo de Piedras Blancas. Es una rutina que ya dura veinticuatro años: después del almuerzo, Laredo se pone un apretado terno negro, camisa de seda blanca, corbata de moño rojo y zapatos de charol que brillan como los charcos en las calles después de una noche de lluvia. Se perfuma, afeita y peina con gominina, y luego se encierra en su escritorio con una botella de vino tinto y el concierto de violín de Mendelssohn en el estéreo para, con una caja de lápices Staedtler de punta fina, cruzar palabras en líneas horizontales y verticales, junto a fotos en blanco y negro de políticos, artistas y edificios célebres. Una frase serpentea a lo largo y ancho del cuadrado, la de Oscar Wilde la más usada: Puedo resistir a todo menos a las tentaciones. Una de Borges es la favorita del momento: He cometido el peor de los pecados: no fui feliz. ¡Preclara belleza de lo que se va creando ante nuestros ojos nunca cansados de sorprenderse! ¡Maravilla de la novedad en la repetición! ¡Pasma ante el acto siempre igual y siempre nuevo!

Sentado en la silla de nogal que le ha causado un dolor crónico en la espalda, royendo la madera astillada del lápiz, Laredo se enfrenta al rectángulo de papel bond con urgencia, como si en

este se encontrara, oculto en su vasta claridad, el mensaje cifrado de su destino. Hay momentos en que las palabras se resisten a entrelazarse, en que un dato orográfico no quiere combinar con el sinónimo de impertérrito. Laredo apura su vino y mira hacia las paredes. Quienes pueden ayudarlo están ahí, en fotos de papel sepia que parecen gastarse de tanto ser observadas, un marco de plata bruñida al lado de otro atiborrando los cuatro costados y dejando apenas espacio para un marco más: Wilhelm Kundt, el alemán de la nariz quebrada (la gente que hace crucigramas es muy apasionada), el fugitivo nazi que en menos de dos años en Piedras Blancas se inventó un pasado de célebre crucigramista gracias a su exuberante dominio del castellano -decían que era tan esquelético porque solo devoraba páginas de diccionarios de etimologías en el desayuno, almorzaba sinónimos y antónimos, cenaba galicismos y neologismos-; Federico Carrasco, de asombroso parecido con Fred Astaire, que descendió en la locura al creerse Joyce e intentar hacer de sus crucigramas reducidas versiones de *Finnegans Wake*; Luisa Laredo, su madre alcohólica, que debió usar el seudónimo de Benjamín Laredo para que sus crucigramas abundantes en despreciada flora y fauna y olvidadas artistas pudieran ganar aceptación y prestigio en Piedras Blancas; su madre, que lo había criado sola (al enterarse del embarazo, el padre de dieciséis años huyó en tren y no se supo más de él), y que, al descubrir que a los cinco años él ya sabía que agarradera era asa y tasca bar, le había prohibido que hiciera sus crucigramas por miedo a que siguiera su camino. Cansa ser pobre. Tú serás ingeniero. Pero ella lo había dejado cuando cumplió diez, al no poder resistir un feroz *delirium tremens* en el que las palabras cobraban vida y la perseguían como mastines tras la presa.

Todos los días Laredo mira el crucigrama en estado de crisálida, y luego a las fotos en las paredes. ¿A quién invocaría hoy? ¿Necesitaba la precisión de Kundt? Piedra labrada con que se forman los arcos o bóvedas, seis letras. ¿El dato entre arcano y esotérico de Carrasco? *Cinematógrafo* de John Ford en *El Fugitivo*, ocho letras. ¿La diligencia de su madre para dar un lugar a aquello que se dejaba de lado? *Preceptora* de Isabel la Católica, autora de unos comentarios a la obra de Aristóteles, siete letras. Alguien siempre dirige su mano tiznada de carbón al diccionario y enciclopedia

correctos (sus preferidos, el de María Moliner, con sus bordes garabateados, y la Enciclopedia Británica desactualizada pero capaz de informarlo de árboles caducifolios y juegos de cartas en la Alta Edad Media), y luego ocurre la alquimia verbal y esas palabras yaciendo juntas de manera incongruente -dictador cubano de los 50, planta dicotiledónea de Centro América, deidad de los indios Mohauks-, de pronto cobran sentido y parecen nacidas para estar una al lado de la otra.

Después, Laredo camina las siete cuabras que separan su casa del rústico edificio de El Herald, y entrega el crucigrama a la secretaria de redacción, en un sobre lacrado que no puede ser abierto hasta minutos antes de ser colocado en la página A14. La secretaria, una cuarentona de camisas floreadas y lentes de cristales negros e inmensos como tarántulas dormidas, le dice cada vez que puede que sus obras son joyas para guardar en el alhajero de los recuerdos, y que ella hace unos tallarines con pollo para chuparse los dedos, y a él no le vendría mal un paréntesis en su admirable labor. Laredo murmura unas disculpas, y mira al suelo. Desde que su primera y única novia lo dejó a los dieciocho años por un muy premiado poeta maldito -o, como él prefería llamarlo, un maldito poeta-, Laredo se había pasado la vida mirando al suelo cuando tenía alguna mujer cerca suyo. Su natural timidez se hizo más pronunciada, y se recluyó en una vida solitaria, dedicada a sus estudios de arqueología (abandonados al tercer año) y al laberinto intelectual de los crucigramas. La última década pudo haberse aprovechado de su fama en algunas ocasiones, pero no lo hizo porque él, ante todo, era un hombre muy ético.

Antes de abandonar el periódico, Laredo pasa por la oficina del editor, que le entrega su cheque entre calurosas palmadas en la espalda. Es su única exigencia: cada crucigrama debe pagarse el día de su entrega, excepto los del sábado y el domingo que se pagan el lunes. Laredo inspecciona el cheque a contraluz, se sorprende con la suma a pesar de conocerla de memoria. Su madre estaría muy orgullosa de él si supiera que podía vivir de su arte. Debiste haber confiado más en mí, mamá. Laredo vuelve al hogar con paso cansino, rumiando posibles definiciones para el siguiente día. Pájaro extinguido, uno de los primeros reyes de Babilonia, país atacado por Pedro Camacho en La tía Julia y el escribidor,

isótopo radiactivo de un elemento natural, civilización contemporánea de la Nazca en la costa norte del Perú, aria de Verdi, noveno mes del año lunar musulmán, tumor producido por la inflamación de los vasos linfáticos, instrumento romo, rebelde sin causa.

Ese atardecer, Benjamín Laredo volvía a casa más alegre de lo habitual. Todo le parecía radiante, incluso el mendigo sentado en la acera con la descoyuntada cintura ósea que termina por la parte inferior el cuerpo humano (seis letras), y el adolescente que apareció de improviso en una esquina, lo golpeó al pasar y tenía una grotesca prominencia que forma el cartílago tiroideos en la parte anterior del cuello (cuatro letras). Acaso era el vino italiano que había tomado ese día para celebrar el fin de una semana especial por la calidad de sus cuatro últimos crucigramas. El del miércoles, cuyo tema era el film noir -con la foto de Fritz Lang en la esquina superior izquierda y a su lado derecho la del autor de Double Indemnity-, había motivado numerosas cartas de felicitación. Estimado señor Laredo: le escribo estas líneas para decirle que lo admiro mucho, y que estoy pensando en dejar mis estudios de ingeniería industrial para seguir sus pasos. Muy Apreciado: Ojalá que Sigas con los Crucigramas Temáticos. ¿Qué Tal Uno que Tenga como Tema las Diversas Formas de Tortura Inventadas por los Militares Sudamericanos en el Siglo XX? Laredo palpaba las cartas en su bolsillo derecho y las citaba de corrido como si estuviera leyéndolas en Braille. ¿Estaría ya a la altura de Kundt? ¿Había adquirido la inmortalidad de Carrasco? ¿Lograba superar a su madre para así recuperar su nombre? Casi. Faltaba poco. Muy poco. Debía haber un premio Nobel para artistas como él: hacer crucigramas no era menos complejo y trascendental que escribir un poema. Con la delicadeza y la precisión de un soneto, las palabras se iban entrelazando de arriba abajo y de izquierda a derecha hasta formar un todo armonioso y elegante. No se podía quejar: su popularidad era tal en Piedras Blancas que el municipio pensaba bautizar una calle con su nombre. Nadie ya leía a los poetas malditos, y menos a los malditos poetas, pero prácticamente todos en la ciudad, desde ancianos beneméritos hasta gráciles Lolitas -obsesión de Humbert Humbert, personaje de Nabokov, Sue Lyon en la pantalla gigante-, dedicaban al menos una hora de sus días a intentar re-

solver sus crucigramas. Más valía el reconocimiento popular en un arte no valorado que una multitud de premios en un campo tomado en cuenta solo por unos pretenciosos estetas, incapaces de reconocer el aire de los tiempos.

En la esquina a una cuadra de su casa una mujer con un abrigo negro esperaba un taxi (piel usada para la confección de abrigos, cinco letras). Las luces del alumbrado público se encendieron, su fulgor anaranjado reemplazando pálidamente la perdida luz del atardecer. Laredo pasó al lado de la mujer; ella volcó la cara y lo miró. Era joven, de edad indefinida: podía tener diecisiete o treinta y cinco años. Tenía un mechón de pelo blanco que le caía sobre la frente y le cubría el ojo derecho. Laredo continuó la marcha. Se detuvo. Ese rostro...

Un taxi se acercaba. Giró y le dijo:

—Perdón. No es mi intención molestarla, pero...

—Pero me va a molestar.

—Solo quería saber su nombre. Me recuerda a alguien.

—Dochera.

—¿Dochera?

—Disculpe. Buenas noches.

El taxi se había detenido. Ella subió y no le dio tiempo de continuar la charla. Laredo esperó a que el destartado Ford Falcon se perdiera antes de proseguir su camino. Ese rostro... ¿a quién le recordaba ese rostro?

Se quedó despierto hasta la madrugada, dando vueltas en la cama con la luz de su velador encendida, explorando en su prolija memoria en busca de una imagen que correspondiera de algún modo con la nariz aguileña, la tez morena y la quijada prominente, la expresión entre recelosa y asustada. ¿Un rostro entrevisto en la infancia, en una sala de espera en un hospital, mientras, de la mano de su abuelo, esperaba que le informaran que su madre había vuelto de la inconsciencia alcohólica? ¿En la puerta del cine de barrio, a la hora de la entrada triunfal de las chicas de minifaldas rutilantes, de la mano de sus parejas? Aparecía la imagen de senos inverosímiles de Jayne Mansfield, que había recortado de un periódico y colado en una página de su cuaderno de matemáticas, la primera vez que había intentado hacer un crucigrama, un día después del entierro de su madre. Aparecían rubias y de pelo

negro oloroso a manzana, morenas hermosas gracias al desparpajo de la naturaleza o a los malabares del maquillaje, secretarias de rostros vulgares y con el encanto o la insatisfacción de lo ordinario, mujeres de la realeza y desconocidas con las que se había cruzado por la calle, la piel no tocada varios días por el agua.

La luz se filtraba tímida, entre las persianas de la habitación cuando apareció la mujer madura con un mechón blanco sobre la cabeza. La dueña de El palacio de las princesas dormidas, la revisitería del vecindario donde Laredo, en la adolescencia, compraba los Siete Días y Life de donde recortaba las fotos de celebridades para sus crucigramas. La mujer que se le acercó con una mano llena de anillos de plata al verlo ocultar con torpe disimulo, en una esquina del recinto oloroso a periódicos húmedos, una Life entre los pliegues de la chamarra de cuero marrón.

—¿Cómo te llamas?

Lo agarraría y lo denunciaría a la policía. Un escándalo. En su cama, Laredo revivía el vértigo de unos instantes olvidados durante tantos años. Debía huir.

—Te he visto muchas veces por aquí. ¿Te gusta leer?

—Me gusta hacer crucigramas.

Era la primera vez que lo decía con tanta convicción. No había que tenerle miedo a nada. La mujer abrió sus labios en una sonrisa cómplice, sus mejillas se estrujaron como papel.

—Ya sé quién eres. Benjamín. Como tu madre, Dios la tenga en su gloria. Espero que no te guste hacer otras cosas tontas como ella.

La mujer le dio un pellizco tierno en la mejilla derecha. Benjamín sintió que el sudor se escurría por sus sienes. Apretó la revista contra su pecho.

—Ahora lárgate, antes de que venga mi esposo.

Laredo se marchó corriendo, el corazón apresurado como ahora, repitiéndose que nada le gustaba más que hacer crucigramas. Nada. Desde entonces no había vuelto a El palacio de las princesas dormidas por una mezcla de vergüenza y orgullo. Había incluso dado rodeos para no cruzar por la esquina y toparse con la mujer. ¿Qué sería de ella? Sería una anciana detrás del mostrador de la revisitería. O quizás estaría cortejando a los gusanos en el cementerio municipal. Laredo repitió, su cuerpo fragmentado en

líneas paralelas por la luz del día: nada me más que. Nada. Debía pasar la página, devolver a la mujer al olvido en que la tenía prisionera. Ella no tenía nada que ver con su presente. El único parecido con Dochera era el mechón blanco. Dochera, susurró, los ojos revoloteando por las paredes desnudas de la habitación. Do-cher-a.

Era un nombre extraño. ¿Dónde podría volver a encontrarla? Si había tomado el taxi tan cerca de su casa, acaso vivía a la vuelta de la esquina: se estremeció al pensar en esa hipotética cercanía, se mordió las uñas ya más que mordidas. Lo más probable, sin embargo, era que ella hubiera estado regresando a su casa después de visitar a alguna amiga. O a familiares. ¿A un amante?

Al día siguiente, incluyó en el crucigrama la siguiente definición: Mujer que espera un taxi en la noche, y que vuelve locos a los hombres solitarios y sin consuelo. Siete letras, segunda columna vertical. Había transgredido sus principios de juego limpio y su responsabilidad para con sus seguidores. Si las mentiras que poblaban las páginas de los periódicos, en las declaraciones de los políticos y los funcionarios de gobierno, se extendían al reducto sagrado de las palabras cruzadas, estables en su ofrecimiento de verdades fáciles de comprobar con una buena enciclopedia, ¿qué posibilidades existían para que el ciudadano común se salvara de la generalizada corrupción? Laredo había dejado en suspensión esos dilemas morales. Lo único que le interesaba era enviar un mensaje a la mujer de la noche anterior, hacerle saber que estaba pensando en ella. La ciudad era muy chica, ella debía haberlo reconocido. Imaginó que ella, al día siguiente, haría el crucigrama en la oficina en la que trabajaba, y se encontraría con ese mensaje de amor que la haría sonreír. Dochera, escribiría con lentitud, paladeando el momento, y luego llamaría al periódico para avisar que había recibido el mensaje, podían tomar un café una de esas tardes.

Esa llamada no llegó. Sí, en cambio, las de muchas personas que habían intentado infructuosamente resolver el crucigrama y pedían ayuda o se quejaban de su dificultad. Cuando, un día después, fue publicada la solución, la gente se miró incrédula. ¿Dochera? ¿Quién había oído hablar de Dochera? Nadie se animó a preguntarle o discutirle a Laredo: si él lo decía, era por algo. No por nada se había ganado el apodo de Hacedor. El Hacedor sabía cosas que la demás gente no conocía.

Laredo volvió a intentar con: Turbadora y epifánica aparición nocturna, que ha convertido un solitario corazón en una suma salvaje y contradictoria de esperanzas y desasosiegos. Y: De noche, todos los taxis son pardos, y se llevan a la mujer de mechón blanco, y con ella mi órgano principal de circulación de la sangre. Y: A una cuadra de la Soledad, al final de la tarde, hubo el despertar de un mundo. Los crucigramas mantenían la calidad habitual, pero todos, ahora, llevaban inserta, como una cicatriz que no acababa de cerrarse, una definición que remitiera al talismánico nombre de siete letras. Debía parar. No podía. Hubo algunas críticas; no le interesaba (autor de El Criticón, siete letras). Sus seguidores se fueron acostumbrando, y comenzaron a ver el lado positivo: al menos podían comenzar a resolver el crucigrama con la seguridad de tener una respuesta correcta. Además, ¿no eran los genios extravagantes? Lo único diferente era que a Laredo le había tomado veinticinco años encontrar su lado excéntrico. Al Beethoven de Piedras Blancas bien podían permitirle acciones que se salían de lo acostumbrado.

Hubo cincuenta y siete crucigramas que no encontraron respuesta. ¿Se había esfumado la mujer? ¿O es que Laredo se había equivocado en el método? ¿Debía rondar todos los días la esquina de su casa, hasta volverse a encontrar con ella? Lo había intentado tres noches, la gomina Lord Cheseline refulgiendo en su cabellera como si se tratara de un ángel en una fallida encarnación mortal. Se sintió ridículo y vulgar acosándola como un asaltante. También había visitado, sin suerte, las compañías de taxis en la ciudad, tratando de dar con los taxistas de turno aquella noche (las compañías no guardaban las listas, hablaría con el director del periódico, alguien debía escribir un editorial al respecto). ¿Poner un aviso de una página en El Herald, describiendo a Dochera y ofreciendo dinero al que pudiera darle información sobre su paradero? Pocas mujeres debían tener un mechón de pelo blanco, o un nombre tan singular. No lo haría. No había publicidad superior a la de sus crucigramas: ahora toda la ciudad, incluso quienes no hacían crucigramas, sabía que Laredo estaba enamorado de una mujer llamada Dochera. Para ser un tímido enfermizo, Laredo ya había hecho mucho (cuando la gente le preguntaba quién era ella, él bajaba la mirada y murmuraba que en una tienda de libros usa-

dos había encontrado una invaluable y ya agotada enciclopedia de los Hititas).

¿Y si la mujer le había dado un nombre falso? Esa era la posibilidad más cruel.

Una mañana, se le ocurrió visitar el vecindario de su adolescencia, en la zona noroeste de la ciudad, profusa en sauces llorones. El entrecruzamiento de estilos creaba una zona de abigarradas temporalidades. Las casonas de patios interiores coexistían con modernas residencias, el kiosco del Coronel, con su vitrina de anticuados frascos de farmacia para los dulces y las gomas de mascar perfumadas (siete letras), estaba al lado de una peluquería en la que se ofrecía manicura para ambos sexos. Laredo llegó a la esquina donde se encontraba la revistería. El letrero de elegantes letras góticas, colgado sobre una corrediza puerta de metal, había sido sustituido por un basto anuncio de cerveza, bajo el cual se leía, en letras pequeñas, Restaurante El Palacio de las princesas. Laredo asomó la cabeza por la puerta. Un hombre descalzo y en pijamas azules trapeaba el piso de mosaico de diseños árabes. El lugar olía a detergente de limón.

—Buenos días.

El hombre dejó de trapear.

—Perdone... Aquí antes había una revistería.

—No sé nada. Solo soy un empleado.

—La dueña tenía un mechón de pelo blanco.

El hombre se rascó la cabeza.

—Si es en la que estoy pensando, murió hace mucho. Era la dueña original del restaurante. Fue atropellada por un camión distribuidor de cervezas, el día de la inauguración.

—Lo siento.

—Yo no tengo nada que ver. Solo soy un empleado.

—¿Alguien de la familia quedó a cargo?

—Su sobrino. Ella era viuda, y no tenía hijos. Pero el sobrino lo vendió al poco tiempo, a unos argentinos.

—Un momento... ¿No es usted...?

Laredo se marchó con paso apurado.

Esa tarde, escribía el crucigrama cincuenta y ocho de su nuevo período cuando se le ocurrió una idea. Estaba en su escritorio con un traje negro que parecía haber sido hecho por un sastre

ciego (los lados desiguales, un corte diagonal en las mangas); la corbata de moño rojo y una camisa blanca manchada por gotas del vino tinto que tenía en la mano -Merlot, Les Jamelles-. Había treinta y siete libros de referencia apilados en el suelo y en la mesa de trabajo, los violines de Mendelssohn acariciaban sus lomos y sobrecubiertas ajadas. Hacía tanto frío que hasta Kundt, Carrasco y su madre parecían tiritar en las paredes. Con un Staedtler en la boca, Laredo pensó que la demostración de su amor había sido repetitiva e insuficiente. Acaso Dochera quería algo más. Cualquiera podía hacer lo que él había hecho; para distinguirse del resto, debía ir más allá de sí mismo. Utilizando como piedra angular la palabra Dochera, debía crear un mundo.

Afluyente del Ganges, cuatro letras: Mars. Autor de Todo verdor perecerá, ocho letras: Manterza. Capital de Estados Unidos, cinco letras: Deleu. Romeo y... seis letras: Senera. Dirigirse, tres letras: lei. Colocó las cinco definiciones en el crucigrama que estaba haciendo. Había que hacerlo poco a poco, con tiento.

Adolescentes en los colegios, empleados en sus oficinas y ancianos en las plazas se miraron con asombro: ¿se trataba de un error tipográfico? Al día siguiente descubrieron que no. Laredo se había pasado de los límites, pensaron algunos, rumiando la rabia de tener entre sus manos un crucigrama de imposible resolución. Otros aplaudieron los cambios: eso hacía más interesantes las cosas. Solo lo difícil era estimulante (dos palabras, diez letras). Después de tantos años, era hora de que Laredo se renovara: ya todos conocían de memoria su repertorio, sus trucos de viejo malabarista verbal. El Heraldo comenzó a publicar, aparte del crucigrama de Laredo, uno normal para los descontentos. El crucigrama normal fue retirado once días después.

La furia nominalista del Beethoven de Piedras Blancas se fue acrecentando a medida que pasaban los días y no oía noticias de Dochera. Sentado en su silla de nogal noche tras noche, fue destruyendo su espalda y construyendo un mundo, superponiéndolo al que ya existía y en el que habían colaborado todas las civilizaciones y los siglos que concluían, desde el origen de los tiempos, en un escritorio desordenado en Piedras Blancas. ¡Preclara belleza de lo que se va creando ante nuestros ojos nunca cansados de sorprenderse! ¡Maravilla de la novedad en la novedad! ¡Pasmó

ante el acto siempre nuevo y siempre nuevo! Se veía bailando los aires de una rondalla en el Cielo de los Hacedores -en el que los crucigramistas ocupaban el piso más alto, con una vista privilegiada del Jardín del Paraíso, y los Poetas el último piso-, de la mano de su madre y mientras Kundt y Carrasco lo miraban de abajo arriba. Se veía desprendiéndose de la mano de su madre, convirtiéndose en una figura etérea que ascendía hacia una cegadora fuente de luz.

La labor de Laredo fue ganando en detalle y precisión mientras sus provisiones de papel bond y Staedtlers se acababan más rápido que de costumbre. La capital de Venezuela, por ejemplo, había sido primero bautizada como Senzal. Luego, el país del cual Senzal era capital había sido bautizado como Zardo. La capital de Zardo era ahora Senzal. Los héroes que habían luchado en las batallas de la independencia del siglo pasado fueron rebautizados, así como la orografía y la hidrografía de los cinco continentes, y los nombres de presidentes, ajedrecistas, actores, cantantes, insectos, pinturas, intelectuales, filósofos, mamíferos, planetas y constelaciones. Cima era ruda, sima era redo. Piedras Blancas era Delora. Autor de El mercader de Venecia era Eprmpip Eldat. Famoso creador de crucigramas era Bicbse. Especie de chaleco ajustado al cuerpo era frantzen. Objeto de paño que se lleva sobre el pecho como signo de piedad era vardelt. Era una labor infinita, y Laredo disfrutaba del desafío. La delicada pluma de un ave sostenía un universo.

El atardecer doscientos tres, Laredo volvía a casa después de entregar su crucigrama. Silbaba. La caballería rusticana desafiando. Dio unos pesos al mendigo de la dolutb descoyuntada. Sonrió a una anciana que se dejaba llevar por la correa de un pekinés tuerto (¿pekinés? ¡zendala!). Las luces de sodio del alumbrado público parpadeaban como gigantescas luciérnagas (ierewbons!). Un olor a hierbabuena escapaba de un jardín en el que un hombre calvo y de expresión melancólica regaba las plantas. En algunos años, nadie recordará los verdaderos nombres de esas buganvillas y geranios, pensó Laredo.

En la esquina a cinco cuadras de su casa una mujer con un abrigo negro esperaba un taxi. Laredo pasó a su lado: ella volcó la cara y lo miró. Era joven, de edad indefinida. Tenía un mechón de

pelo blanco que le caía sobre la frente y le cubría el ojo izquierdo. La nariz aguileña, la tez morena y la quijada prominente, la expresión entre recelosa y asustada.

Laredo se detuvo. Ese rostro...

Un taxi se acercaba. Giró y le dijo:

—Usted es Dochera.

—Y usted es Benjamín Laredo.

El Ford Falcon se detuvo. La mujer abrió la puerta trasera y, con una mano llena de anillos de plata, le hizo un gesto invitándolo a entrar.

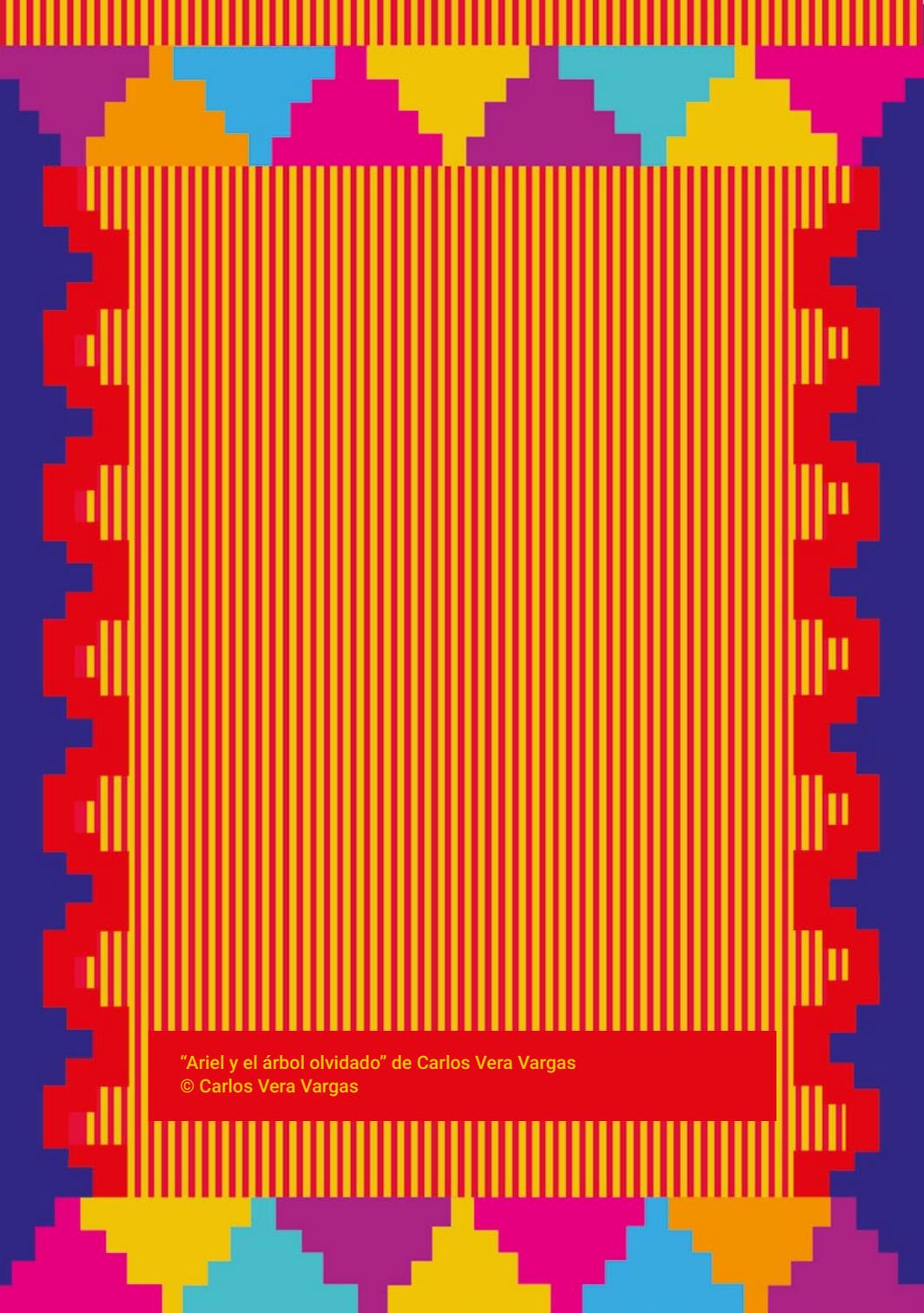
Laredo cerró los ojos. Se vio robando ejemplares de Life en El palacio de las princesas dormidas. Se vio recortando fotos de Jayne Mansfield, y cruzando definiciones horizontales y verticales para escribir en un crucigrama. Puedo resistir a todo menos a las tentaciones. Vio a la mujer del abrigo negro esperando un taxi aquel lejano atardecer. Se vio sentado en su silla de nogal decidiendo que el afluente del Ganges era una palabra de cuatro letras. Vio el fantasmagórico curso de su vida: una pura, asombrosa, translúcida línea recta.

¿Dochera? Ese nombre también debía ser cambiado. ¡iMukhtir!

Se dio la vuelta. Prosiguió su camino, primero con paso cansino, luego a saltos, reprimiendo sus deseos de volcar la cabeza, hasta terminar corriendo las dos cuadras que le faltaban para llegar al escritorio en el que, en las paredes atiborradas de fotos, un espacio lo esperaba.

Edmundo Paz Soldán

Nació en Cochabamba, Bolivia, en 1967. Es considerado uno de los autores más representativos de la generación latinoamericana de la década de 1990, conocida como McOndo. Fue ganador del Premio Erich Guttentag por la novela *Días de papel* y del Premio Juan Rulfo por *Dochera*. Más tarde fue finalista del Premio Rómulo Gallegos con su novela *Río fugitivo*. En el año 2002 fue galardonado con el premio Nacional de Novela de Bolivia por la obra *El delirio de Turing*. Publicó los libros de cuentos *Las máscaras de la nada*, *Desapariciones* y *Amores imperfectos* y las novelas *Días de papel* y *Allá afuera hay monstruos*, entre otras. Paz Soldán pertenece a una nueva corriente narrativa latinoamericana que registra en sus obras el impacto de los medios de comunicación masivos y de las nuevas tecnologías en el paisaje urbano del continente.



"Ariel y el árbol olvidado" de Carlos Vera Vargas
© Carlos Vera Vargas

Ariel y el árbol olvidado

Carlos Vera Vargas

Lejos ya de la gran ciudad ruidosa y oscura, en medio de una inmensa soledad de arena, a Ariel le gustaba quitarse los zapatos y caminar descalzo. Estaba seguro de que sus pequeñas huellas siempre dejaban algo escrito, por lo que, dando vuelo a su imaginación, se deleitaba leyendo sus rastros. Como si estuviera suspendido en el aire, posaba suavemente sus pies para luego, con mucho cuidado, dar vuelta la cabeza y contemplar lo escrito:



Y Ariel sonreía feliz porque andar y escribir eran dos momentos que llenaban de alegría su inocente corazón.

Aquel día, Ariel iba a dar otro paso más para prolongar su emoción; pero ocurrió que en un instante inesperado, descolgándose

del aire tibio y envuelto en el manto rojinegro de sus alas, un tierno gorrión se posó sobre la última de sus huellas.

—¡Hola Ariel! —le dijo el gorrión—, desde hace mucho tiempo ando buscándote y al fin te encuentro.

—¿A mí? —preguntó Ariel sorprendido.

—Sí, a ti. Te busco porque eres un niño que sabe escribir muchas cosas lindas mientras camina... hace rato estuve leyendo lo que escribías con tus huellas.

—¡Ah!, ¡así que tú me conoces muy bien! —exclamó el niño.

—Así es —dijo trinando el gorrión—; además, te diré que me parezco mucho a ti, porque cuando vuelo también dejo escritas mis palabras en el cielo azul.

—¿Y sabes que yo entiendo todo lo que los pajaritos dicen cuando revolotean en el cielo?—. Emocionado por aquel encuentro, Ariel se recostó sobre la arena para aproximarse más al gorrión.

—Claro que lo sé, Ariel, y es justamente por eso que estuve buscándote, pues eres tú, mi niño amigo, el elegido para ayudarnos. Pero, para que entiendas lo que quiero, tienes que escucharme con toda atención. ¿Sabes?, por encargo de mi abuelo, vengo desde el Árbol Olvidado.

—¿El Árbol Olvidado? —preguntó Ariel muy intrigado.

—Eso dije —contestó el gorrión, y continuó con su explicación—. Lo que ocurre es que tú, al igual que yo, todavía eres muy pequeño como para comprender algunas cosas. Sin embargo, a mí me contó mi abuelo que aquí, donde ahora solo abunda la arena y reina el silencio, antes los árboles formaban hermosos bosques y en sus ramas de fresco verdor construían sus nidos las aves del cielo... ¡Ay!, pero un día, sin meditar en lo que estaban haciendo, unos hombres empezaron a talar los árboles y cazar aves. Con la madera de los árboles fabricaron muchas cosas y a los pajaritos los enjaularon para llevárselos a las ciudades frías y oscuras...

—Dime, amigo gorrión —lleno de curiosidad, Ariel interrumpió el relato del gorrión— ¿cómo pudo salvarse tu abuelo?

—¡Yo sabía que te interesarías por todos nosotros! —exclamó el pequeño alado—. Al ver esta terrible destrucción de árboles y aves, un buen hombre quiso impedirla. Entonces trató de hacer reflexionar a quienes, enceguecidos por su ambición, no cesaban

de talar y cazar; pero nadie le hizo caso y, muy por el contrario, lo consideraron su enemigo.

Sin embargo, pese a todo el acoso, nuestro defensor insistió en salvarnos; entonces, para que nosotros siguiésemos compartiendo la vida con los hombres, nos introdujo, a través de las palabras y los dibujos, dentro de un libro maravilloso.

—Por todo lo que me cuentas, ahora empiezo a comprenderte —comentó Ariel.

—Pero ocurrió algo peor —agregó el gorrión.

—¿Qué pasó? —preguntó Ariel, ansioso.

—Los hombres enterraron el libro en este arenal.

—¿En este arenal?, ¡no entiendo cómo no lo pude ver!

—Es que lo cubrieron totalmente; pero como hoy el viento le quitó la arena, dentro de un momento podrás verlo.

—¿Vas a mostrarme el libro? —preguntaba, mientras la emoción estremecía el corazón de Ariel.

—Sí, te lo mostraré, pero espera, que aún tengo que contarte algo más —aclaró el gorrión—. Entonces ocurrió que, así como un libro se muere cuando no lo leen, este que estaba enterrado empezó a deshojarse como se deshojan las ramas de los árboles. Por eso las aves, aleteando apenas su melancolía, empezaron a morir. Así murieron mis padres gorriónes y yo tuve que quedarme con mi abuelo gorrión... ¿Sabes, Ariel?, ahora solamente queda el Árbol Olvidado en el corazón del libro, y si él también muere no quedará memoria de nosotros.

—¡No, no, ustedes no pueden morir! —exclamó el pequeño, y tiernamente cogió al gorrión entre sus inocentes manos.

—Por eso te busqué, Ariel, porque queremos seguir viviendo; como tú, queremos seguir escribiendo en el cielo la historia de nuestro vuelo... Y para que todo lo que acabo de decirte se haga realidad, es preciso que tú, niño amigo, nos ayudes pronto.

—¿Yo? —preguntó sorprendido Ariel.

—Sí, tú, y para que esto sea posible es preciso que entres en las páginas del libro enterrado, rescates las aves que todavía quedan allí y además traigas las semillas que derramó el Árbol Olvidado. Me entiendes, ¿verdad?

—Sí, entiendo lo que quieres decirme, amigo gorrión. Entonces vamos, ya que no hay tiempo que perder...

Desde las manos amigas, el gorrión levantó vuelo y se puso delante de Ariel. El niño, descalzo, empezó a recorrer apresuradamente el arenal. En torno a ellos, algunos remolinos jugueteaban ociosamente con la arena.

—¡Allí está el libro! —gritó el gorrión, y con vuelo ágil fue a posarse sobre las páginas amarillentas que, cubiertas de arena, se resquebrajaban más y más.

—Bueno, ¿y ahora?... —interrogaba Ariel, ya delante del libro.

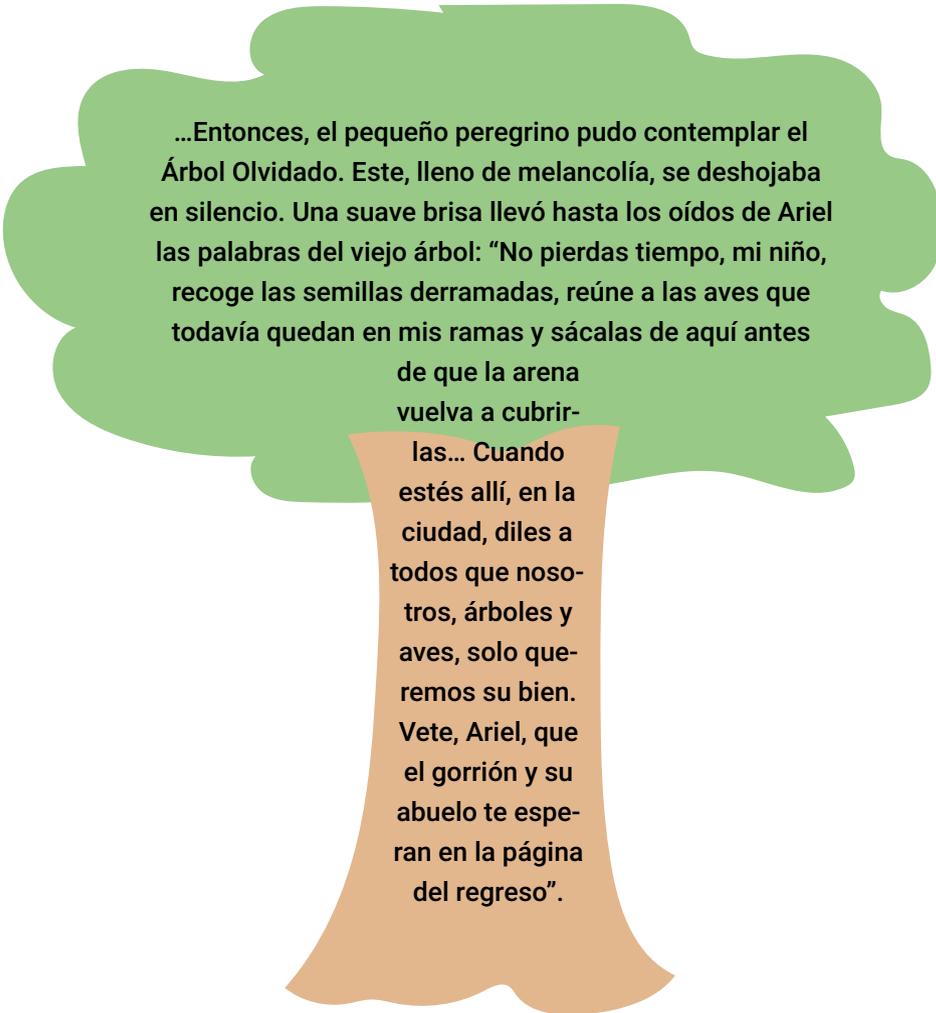
—No te preocupes, Ariel, tú solo debes seguir caminando, ya verás cómo tus huellas te llevarán a escribir en las páginas de este libro una historia llena de esperanza y amor.

Al comprender las palabras del gorrión, Ariel se aproximó al libro, le quitó suavemente la arena que todavía lo cubría, abrió sus hojas y, acompañado por su amigo, se aventuró descalzo por una página amarillenta y agrietada...

***...El resquebrajante
ruido que provocaban
sus pasos en aquellas
páginas secas hizo
estremecer el cora-
zón de Ariel. Por eso,
el niño descalzo pasó
rápidamente a la página
siguiente...***



*En este
espacio, el mustio
resplandor de una
desfalleciente Luna
apenas iluminaba el
camino de papel.
"Sigue adelante Ariel,
el Árbol Olvidado te
espera en la próxima
página", dijo el
gorrión, y el niño
siguió caminando...*



...Entonces, el pequeño peregrino pudo contemplar el Árbol Olvidado. Este, lleno de melancolía, se deshojaba en silencio. Una suave brisa llevó hasta los oídos de Ariel las palabras del viejo árbol: “No pierdas tiempo, mi niño, recoge las semillas derramadas, reúne a las aves que todavía quedan en mis ramas y sácalas de aquí antes

**de que la arena vuelva a cubrir-
las... Cuando estés allí, en la ciudad, diles a todos que nosotros, árboles y aves, solo queremos su bien. Vete, Ariel, que el gorrión y su abuelo te esperan en la página del regreso”.**

Y Ariel inició el retorno... Apresurados, aves y niño salieron por una página libre de arena.

Pronto, las huellas del niño y el vuelo de las aves escribían en la arena y en el cielo palabras de alegría y esperanza...

Carlos Vera Vargas

Nació en Cochabamba. Psicólogo social, ejerció la docencia y la administración académica en la Universidad Católica Boliviana. Es uno de los escritores de literatura infantil y juvenil más importantes del país. Entre sus obras se encuentran: *El hombre de la cueca*, *Este patio es nuestro*, *Ariel* y *el árbol olvidado*, *Entre ladrillos y perejiles*, *El sombrero del señor que no era mi tío* y *El vuelo del murciélago Barba de pétalo*. Fue ganador de: Primer Premio de Novela Juvenil, Premio Nacional de Novela Juvenil, Premio Nacional de Literatura Infantil y Premio Nacional de Literatura para Jóvenes Puraletra. Además, fue finalista en el Concurso Hispanoamericano ENKA y en el Concurso de Literatura Infantil-Juvenil convocado por Norma-Fundalectura en el año 2003.





Brasil

español/portugués



“El hombre que sabía javanés” de Lima Barreto
en *O homem que sabia javanês e outros contos*. Curitiba:
Polo Editorial do Paraná, 1997.



El hombre que sabía javanés

Lima Barreto

En una confitería contaba yo cierta vez a mi amigo Castro las alternativas de mi vida aventurera, las convicciones de que claudiqué y las responsabilidades a las que no guardé la debida consideración, para poder vivir. Incluso aquella ocasión en que residiendo en Ma-naos, en la cual me vi obligado a ocultar mi calidad de bachiller, para obtener más confianza de los clientes, que afluían a mi escritorio de hechicero y de adivino. Eso era lo que yo le contaba.

Mi amigo me escuchaba callado, pendiente de mis palabras, gustando de aquel mi Gil Blas vivido, hasta que en una pausa de nuestra conversación, ya agotados los vasos de cerveza, me observó interesado:

—¡Tu vida ha sido una cosa bien divertida, Castelo!

—Solamente así se puede vivir... Esto de tener una ocupación única: salir de casa a ciertas horas, volver a otras, cansa finalmente, ¿no te parece? ¡Yo no sé cómo he podido aguantar allá, en el consulado!

—Eso cansa, sí, es cierto; pero no es eso lo que me admira. Lo que me llama la atención es que hayas corrido tantas aventuras aquí, en este Brasil pacato y burocrático.

—¿Y por qué no? Aquí mismo, caro amigo Castro, se pueden encontrar y vivir bellas páginas de la vida. ¡Imagínate tú que yo he sido hasta profesor de javanés!

—¿Cuándo? ¿Acaso a tu regreso del consulado?

—No; antes. Y precisamente fui nombrado cónsul por eso.

—Cuenta, entonces, cómo fue la cosa. ¿Aceptas otro vaso de cerveza?

—Acepto.

Mandamos traer otra botella, llenamos los vasos nuevamente y continué mi historia:

—Yo había llegado hacía muy poco tiempo a Río de Janeiro y me encontraba literalmente en la miseria. Vivía huido de la casa

de pensión, sin saber en donde ganar el dinero, cuando leí en el “Journal do Comercio” el anuncio siguiente: “Se precisa un profesor de lengua javanesa. Contestar por escrito etc. etc.”. Me dije entonces que el asunto me convenía; además, esta era una colocación que no tendría muchos concurrentes, y si lograrse dominar por lo menos cuatro palabras, era cosa hecha. Salí del café en donde me encontraba, anduve por las calles, imaginándome que yo era un profesor de javanés, ganando dinero, viajando en tranvía y sin encontrar personas desagradables, víctimas, particularmente.

Sin darme cuenta me encaminé a la Biblioteca Nacional. No sabía bien qué clase de libro tendría que pedir; mas entré, entregué el sombrero en la portería, recibí la tarjeta y subí escaleras arriba. Ya en la ventanilla de pedidos, solicité la Gran Enciclopedia, en la letra J, seguro que en el artículo correspondiente a Java encontraría elementos de la lengua javanesa. Dicho y hecho. Me enteré de que Java era una gran isla del archipiélago de Sonda, colonia holandesa, y el javanés, lengua aglutinante del grupo malayo-polinésico, poseía una literatura digna de nota, escrita en caracteres derivados del antiguo alfabeto hindú. La Enciclopedia me indicaba algunos trabajos sobre la lengua malaya, y sin titubear consulté uno de ellos, allí citados. Copié el alfabeto, como también su pronunciación figurada, y salí. Anduve por las calles, de aquí para allá, rumiando letras y más letras. En mi cabeza danzaban jeroglíficos; de vez en cuando consultaba mis notas; entraba en los jardines y escribía con un palo en la arena de los paseos columnas de signos, para fijarlos bien en mi mente y habituarme en ese ejercicio de la escritura.

Ya de noche, cuando pude entrar en la pensión, sin que me notaran, como para evitar preguntas indiscretas del casero, continué aún en mi cuarto deletreando el alfabeto malayo, y lo hice con tanto ahínco, con tal firmeza, que a la mañana siguiente lo sabía perfectamente de memoria.

Me convencí de que aquella lengua era la más fácil del mundo y salí; mas no tan temprano, que evitase el encuentro del encargado de las habitaciones. Verme y encararse conmigo fue la misma cosa:

—Señor Castelo: ¿cuándo saldamos su cuenta?

Respondíle entonces, con la más encantadora esperanza:

—En fecha muy breve... Espere un poco... Tenga paciencia... Seré nombrado profesor de javanés, y...

Me interrumpió de improviso:

—¿Qué diablo es eso de profesor de javanés, señor Castelo?

Me agradó el interés, por cierto bastante divertido del hombre y, aprovechando la oportunidad, quise herirlo en su patriotismo de buen portugués:

—Javanés es una lengua que se habla cerca de Timor. ¿Sabe en dónde está eso?

¡Oh!, alma ingenua... Aquel hombre se olvidó de mi deuda y me dijo con su hablar fuerte de los portugueses:

—Francamente, yo muy bien no sé dónde está eso ni lo que es, pero tengo entendido que son unas tierras que tenemos por el lado de Macao. ¿Sabe algo de eso, señor Castelo?

Animado por esta escapatoria afortunada que me proporcionó el asunto javanés, volví nuevamente a buscar el anuncio. En efecto, allí estaba. Decidí animosamente proponerme como profesor de idioma oceánico. Redacté la respuesta.

Pasé por el diario y dejé la carta. Volví nuevamente a la Biblioteca Nacional y continué con mis estudios de javanés. No realicé grandes progresos en ese día; ignoro si por entender que era suficiente con el conocimiento del alfabeto o por haberme agradado más los datos sobre literatura y bibliografía que el estudio del idioma, que era precisamente lo que tendría que enseñar...

Al cabo de dos días, me llegó una carta para presentarme en la casa del doctor Manuel Feliciano Soares Albernaz, barón de Jacuecanga, en la calle Conde de Bonfim, no recuerdo bien el número. Es preciso que no olvides que entretanto continué estudiando mi malayo, esto es, el tal javanés. Además del alfabeto, me informé del nombre de algunos autores, como de diversas frases, preguntas y respuestas, tal como: "Cómo está usted" y dos o tres reglas más de gramática, amén del alfabeto y unas veinte palabras más del léxico.

¡No te puedes dar una idea de las grandes dificultades que hallé para proporcionarme los cuatrocientos reis del viaje! Te aseguro que es mucho más fácil aprender javanés, puedes estar cierto, que encontrar unas míseras monedas. Finalmente, tuve que decidirme por ir a pie. Llegué sudado; y, con maternal cariño,

las viejas plantas, que se perfilaban en la alameda, delante de la casa del aristócrata, me recibieron, me acogieron y me reconfortaron. En toda mi vida fue ese el momento en que sentí cierta simpatía por la naturaleza.

Era una casa enorme que parecía estar desierta, mas no sé por qué me vino el pensamiento, ante esa contemplación, de que se notaba, más que pobreza, algo así como cansancio y dejadez. Debía estar despintada desde hacía muchos años; descascaradas las paredes, rotas las salientes del tejado, de esas tejas revestidas de otros tiempos, desguarnecidas aquí y allí, como bocas desdentadas o mal cuidadas.

Miré un poco el jardín y vi la pujanza vengativa de las plantas silvestres junto a las otras domésticas, a varias de las cuales habían expulsado completamente. Algunas, escondidas, casi ocultas, trataban apenas de vivir entre tanta asfixia. Llamé. Tardaron bastante en responder. Por fin, llegó un viejo negro africano, cuyas barbas de algodón rizado, lo mismo que su rala cabellera, daban a su fisonomía una aguda expresión de ancianidad, dulzura y sufrimiento.

En la sala había una galería de retratos: arrogantes señores de luenga barba se perfilaban encuadrados en inmensas molduras doradas, y dulces perfiles de señoras, con peinados imponentes, grandes abanicos, que parecían querer subir a los aires, enfundadas en los redondos y abultados vestidos, como globos; mas de todas aquellas cosas, a las cuales el polvo daba mucha más antigüedad y respeto, lo que más me agradó fue un bello jarrón de porcelana de China o de la India, o algo parecido... Aquella pureza de la alfarería, la fragilidad, la ingenuidad del dibujo, aquel brillo tenue de luna, me decían que aquel objeto había sido hecho por las manos de una criatura, de sueños, para encanto de los ojos ya viejos y cansados, desengañados del mundo...

Esperé un instante al dueño de la casa. Tardó un poco. Un tanto inseguro, con un gran pañuelo de hilo en las manos, tomando de vez en cuando el viejo rapé de antaño, me inspiró un sentimiento de respeto cuando lo vi llegar. Tuve deseos de marcharme. Aunque no fuera él el discípulo, era siempre un crimen engañar a ese anciano, cuya vejez traía asociada a mi mente algo de agosto, de sagrado. Dudé, pero me quedé. Adelantándome, dije:

—Yo soy el profesor de javanés, que el señor ha pedido.

—Tome asiento —me respondió el viejo—. ¿Es usted de Río de Janeiro?

—No señor —respondí—, soy de Canavieiras.

—¿Cómo? —volvió a preguntar el viejo—. Hable un poco más alto, soy un poco sordo.

—Soy de Canavieiras, de Bahía —insistí yo.

—¿En dónde hizo sus estudios?

—En San Salvador.

—¿Y en dónde aprendió javanés? —indagó él, con aquella su manera insistente tan peculiar de los viejos.

Yo no contaba con esa pregunta, mas inmediatamente inventé una mentira. Le conté que mi padre era javanés. Tripulante de un navío mercante, llegó a Bahía, y se estableció cerca de la localidad de Canavieiras como pescador, se casó luego y prosperó, y precisamente aprendí el javanés con mi padre.

—¿Y lo creyó? Pero ¿y la cara, el físico? —preguntó mi amigo, que hasta entonces permanecía en silencio.

—No soy —repliqué— muy diferente de un javanés. Estos mis cabellos recios, duros y bastante gruesos, como mi piel de color mate, pueden darme muy bien un aspecto de mestizo malayo... Tú sabes bien que, entre nosotros, hay de todo: indios, malayos, tahitianos, malgaches, incluso hasta godos. Es una comparsa de razas y de tipos de lo más extraños, capaz de dar envidia al mundo entero.

—Está bien, amigo mío, puedes continuar.

El viejo me escuchaba atentamente, consideró mi físico, pareciéndome que me creía en efecto hijo de malayo, y me preguntó con dulzura:

—¿Entonces está dispuesto a enseñarme javanés?

La respuesta salióme sin querer: —Está bien.

—Usted ha de quedar admirado —añadió el barón de Jacuecanga— que yo con esta edad desee aún saber algunas cosas más...

—No tengo porqué admirarme. Muchos ejemplos se han visto en el mundo, por cierto muy aleccionadores.

—Lo que yo quiero, mi estimado joven...

—Castelo —me adelanté yo.

—Lo que yo quiero, mi estimado señor Castelo, es cumplir un juramento de familia. No sé si el señor sabe que yo soy nieto del consejero Albernaz, aquel que acompañó a don Pedro I, cuando abdicó. A su regreso de Londres trajo al Brasil un libro en una rara lengua, por el cual tenía máxima estimación. Un hindú o un siamés se lo dio en Londres, en prueba de agradecimiento por no sé cual servicio prestado por mi abuelo. Al morir mi antepasado, llamé a mi padre y le dije: "Hijo, tengo este libro aquí, escrito en javanés. Quien me lo dio me aseguró que evita desgracias o trae felicidades para el que lo tiene. Yo no puedo saber si tal cosa es cierta o no lo es. En todo caso, guárdalo; mas si quieres que el hado que me dictó el sabio oriental se cumpla, procura que tu hijo lo entienda, para que siempre nuestra raza sea feliz". Mi padre —continuó el viejo barón— no tuvo mucha fe en esas historias; con todo, guardó el libro. A las puertas de la muerte, me lo dio y me dijo la misma sentencia, lo mismo que prometiera a su padre. Al comienzo, poco caso hice de esa historia del libro. Lo dejé en la biblioteca de la casa y me dediqué a mis actividades. Llegué incluso a olvidarme; mas de un tiempo a esta parte, he pasado por tantos disgustos, tantas desgracias acibararon mi vejez que me acordé de ese talismán de la familia. Tengo que leerlo y saber su contenido, comprenderlo, si no quiero que mis últimos días anuncien el desastre de mi posteridad; y para entenderlo, claro está que preciso saber el javanés. Esto es todo.

Callóse el viejo y noté que sus ojos se le habían puesto húmedos. Discretamente, los secó con el pañuelo y me preguntó si quería ver el libro. Le respondí que sí. Llamó al criado, le dio las instrucciones y me dijo que había perdido todos los hijos y sobrinos, quedándole solamente una hija casada, cuya prole, entretanto, estaba reducida a un hijito, débil de cuerpo y de poca salud, delgado e impresionable. Llegó el libro, era un viejo infolio, antiguo, encuadernado en cuero, impreso en grandes letras en un papel amarillo y grueso. Le faltaba la portada y por tal razón no se podía saber la época de su impresión. Conservaba aún unas páginas de prefacio, escritas en inglés, en donde leí que se trataba de ciertas historias del príncipe Kulanga, escritor javanés de mucho mérito.

Luego informé de eso al viejo barón que no se percató que yo había llegado allí por el conocimiento del idioma inglés. Y quedó

encantado al saber la profundidad de mis conocimientos malayos. Estuve largo rato examinando las páginas de tal cartapacio, haciendo como que leía o deletreaba magistralmente aquella curiosidad, hasta que por fin contratamos las condiciones de los honorarios y las horas, comprometiéndome a que, antes de un año, el viejo pudiese leer ese mamotreto de una manera cabal.

Poco tiempo después daba mi primera lección, mas el viejo no fue tan diligente como yo. No conseguía aprender a distinguir ni a escribir siquiera cuatro letras. En fin, con la mitad del alfabeto llevamos más de un mes y el señor barón de Jacuecanga no llegó a dominar la materia: aprendía y desaprendía fácilmente.

La hija y el yerno (me imagino que hasta ese momento nada sabían de la historia de tal libro) llegaron a tener noticias de los estudios del viejo, pero no se molestaron por eso. Hallaron graciosa tal preocupación y se imaginaron que eran cosas para distraerse o manías de carcamal.

—Aunque te extrañe, caro amigo Castro, el yerno quedóse profundamente admirado al ver la capacidad del profesor de javanés. ¡Qué cosa singular! Él no se cansaba de repetir:

—¡Es algo asombroso! ¡Tan joven y ya con semejantes conocimientos! ¡Si yo supiese eso, dónde estaría!

El marido de doña María de la Gloria (así se llamaba la hija del barón) era juez, hombre relacionado e influyente; mas no ocultaba ante todos su admiración por mi javanés. Por otra parte, el barón estaba contentísimo. Al cabo de dos meses desistió de semejante aprendizaje y me pidió que le tradujese, tres días por semana, fragmentos del libro encantado. Le bastaba con entenderlo; nada se oponía a que otra persona tradujese el libro y él lo escuchase. Así se evitaba la fatiga del estudio y cumplía el encargo.

Debo decirte que hasta hoy nada sé de javanés, mas urdí una historia bien bonita, dándole las características de un viejo cronicón, como muchos que conocía. ¡Cómo escuchaba él aquellas tonterías!... Quedaba extático, como si estuviese oyendo palabras de un ángel. ¡Y más méritos se acrecentaban ante sus ojos!...

Me dio alojamiento en su casa, me colmaba de regalos, y bien pronto me aumentó el sueldo. Pasaba, en fin, una vida regalada.

Contribuyó mucho a eso la circunstancia de haber recibido una herencia de un pariente olvidado que residía en Portugal. El

buen viejo atribuía la causa a mi javanés, y yo mismo casi llegué a creer también tal cosa.

Fui perdiendo mi remordimiento, aunque siempre tuve miedo de que el día menos pensado apareciese alguien versado en javanés, y se evidenciara mi desconocimiento de tal idioma malayo. Ese era mi temor, que llegó a acentuarse cuando el viejo barón me mandó con una carta al vizconde de Carurú, para que me hiciese entrar en la carrera diplomática. Aduje con calor mi falta de elegancia, mi fealdad, mi aspecto tagalo.

—¡Qué importa! —me replicaba—. Vaya, muchacho, ¿usted sabe javanés, y eso basta!

Fui. El vizconde me mandó a la Secretaría de Asuntos Extranjeros con diversas recomendaciones. ¡Fue un éxito rotundo!

El director llamó al jefe de la sección, diciéndole:

—¡Vea, amigo, un hombre que sabe javanés!; ¡qué portentoso!

Los jefes de las diversas secciones me llevaron a los oficiales y estos a los amanuenses y uno de estos me miró con odio, no sé si de envidia o de admiración... Y todos me decían:

—¿Con que sabe javanés? ¡Qué idioma difícil! ¡No hay nadie, salvo usted en esta casa, que sepa javanés!

El amanuense de marras que me miró con odio, acudió entonces:

—Ciertamente, usted sabe javanés, mas yo sé canaque; ¿conoce usted esa lengua?

Le dije que no y pasé a ver al ministro.

El alto funcionario levantóse, puso sus manos en las caderas, luego arregló los lentes sobre la nariz y preguntó:

—¿Así que sabe javanés?

Le respondí que sí; y a sus preguntas de dónde y en qué lugar, le conté la vieja historia de mi padre javanés...

—Bien —díjome el ministro—, usted no puede entrar en la diplomacia: su físico no lo favorece... Lo mejor sería un buen consulado en Asia o tal vez en Oceanía. Por el momento no tenemos vacante, pero como pienso hacer una reforma, usted entrará. De hoy en adelante, queda usted agregado al Ministerio en mi gabinete; además, en breve se realizará un congreso de lingüística en el exterior y usted representará al Brasil. ¡Estudie, lea particularmente a Hovelacque, Max Müller y algunos otros!

Imagínate tú que yo, sin saber nada de javanés, me encontraba empleado en virtud de esos conocimientos, como también nombrado para representar al Brasil en un congreso de sabios...

El viejo barón murió en ese ínterin, pasando el legado del libro al yerno con el deseo de que este lo transmitiese a su vez al nieto, cuando tuviera la edad conveniente. Me dejó también en el testamento alguna cosa.

Me puse a estudiar con afán las lenguas malayo-polinésicas, pero todo era inútil. Bien nutrido, bien vestido, bien dormido, no tenía la energía necesaria para hacer entrar en mi cabeza aquellas cosas tan raras. Compré libros, me subscribí a revistas, tales como: "Revue Anthropologique et Linguistique", "Proceedings of the English", "Oceanic Association", "Archivo Glottológico Italiano", ¡y el diablo!... Y lo más curioso del caso es que mi fama crecía. En las calles, los informados de mis cualidades, me señalaban diciendo a los otros:

—Allí va el sujeto que habla javanés.

En las bibliotecas los gramáticos me consultaban sobre la colocación de los pronombres en tal o cual lugar de las islas de Sonda. Recibía cartas de los eruditos del interior, los diarios citaban mis conocimientos y me negué a aceptar varios alumnos deseosos de aprender el javanés. Por invitación de la dirección del "Journal do Comercio" escribí un artículo de cuatro columnas sobre la literatura javanesa antigua y moderna.

—¿Cómo es que tú sabías eso? —me interrumpió atento Castro.

—Muy sencillo: primero describí la isla de Java, con el auxilio de diccionarios y obras geográficas, y luego comencé a citar nombres a más no poder.

—¿Y nunca dudaron? —me inquirió interesado mi amigo.

—Nunca. Es decir, una vez casi quedé perdido. La policía prendió un sujeto, un marinero bronceado, que solo hablaba una lengua extraña, misteriosa. Llamaron a diversos intérpretes, pero ninguno lo entendía. Fui también llamado, con todos los respetos que mi sabiduría merecía, naturalmente. Tardé en ir, pero me decidí finalmente. El marinero ya estaba en libertad, merced a las gestiones del cónsul holandés, con el cual se pudo entender por media docena de palabras holandesas. ¡El tal marinero era javanés!... ¡Aquello fue terrible!

Llegó entretanto la época del congreso y, como era natural, partí para Europa. ¡Qué delicia! Asistí a la inauguración y también a las sesiones preparatorias. Me inscribieron en la sección de tupi-guaraní, y marché luego para París. Antes, empero, hice publicar en el “Mensajero de Basilea” mi retrato, con una cantidad de notas biográficas y bibliográficas. Cuando regresé, el presidente me pidió disculpas por haberme colocado en aquella sección. No conocían mis trabajos y juzgaron que, por ser un americano-brasileño, me estaba naturalmente indicada la sección de tupi-guaraní. Acepté las explicaciones y hasta hoy no pude escribir mis obras sobre el javanés, para mandárselas, tal como se lo había prometido...

Concluido el congreso, mandé publicar extractos de artículos del “Mensajero de Basilea” en Berlín, en Turín y en París, donde los lectores de mis obras me rodearon y les ofrecí un banquete que me costó casi diez mil francos, lo que me restaba de la herencia del crédulo barón de Jacuecanga...

No perdí tiempo ni mi dinero. Llegué a ser una gloria nacional, y al saltar en el muelle a mi regreso, recibí una ovación de todas las clases sociales y del Presidente de la República, quien días después me invitaba a un almuerzo en su compañía. A los seis meses fui nombrado cónsul en La Habana, en donde estuve seis años y adonde regresaré muy en breve, para perfeccionarme en los estudios de las lenguas malayas, melanesias y de la Polinesia.

—¡Es fantástico! —observó Castro, tomando su vaso de cerveza.

—Pues mira tú, si no fuera porque me encuentro contento con mi profesión, ¿sabes lo que sería?

—¿Qué?

—¡Bacteriólogo eminentel! ¿Vamos?

—Vamos.



O homem que sabia javanês

Lima Barreto

Em uma confeitaria, certa vez, ao meu amigo Castro, contava eu as partidas que havia pregado às convicções e às respeitabilidades, para poder viver.

Houve mesmo, uma dada ocasião, quando estive em Manaus, em que fui obrigado a esconder a minha qualidade de bacharel, para mais confiança obter dos clientes, que afluíam ao meu escritório de feiteiro e adivinho. Contava eu isso.

O meu amigo ouvia-me calado, embevecido, gostando daquele meu Gil Blas vivido, até que, em uma pausa da conversa, ao esgotarmos os copos, observou a esmo:

—Tens levado uma vida bem engraçada, Castelo!

—Só assim se pode viver... Isto de uma ocupação única: sair de casa a certas horas, voltar a outras, aborrece, não achas? Não sei como me tenho agüentado lá, no consulado!

—Cansa-se; mas, não é disso que me admiro. O que me admira, é que tenhas corrido tantas aventuras aqui, neste Brasil imbecil e burocrático.

—Qual! Aqui mesmo, meu caro Castro, se podem arranjar belas páginas de vida. Imagina tu que eu já fui professor de javanês!

—Quando? Aqui, depois que voltaste do consulado?

—Não; antes. E, por sinal, fui nomeado cônsul por isso.

—Conta lá como foi. Bebes mais cerveja?

—Bebo.

Mandamos buscar mais outra garrafa, enchemos os copos, e continuei:

—Eu tinha chegado havia pouco ao Rio estava literalmente na miséria.

Vivia fugido de casa de pensão em casa de pensão, sem saber onde e como ganhar dinheiro, quando li no Jornal do Comércio o anúncio seguinte: "Precisa-se de um professor de língua javanesa. Cartas, etc." Ora, disse cá comigo, está ali uma colocação que não

terá muitos concorrentes; se eu capiscasse quatro palavras, ia apresentar-me. Saí do café e andei pelas ruas, sempre a imaginar-me professor de javanês, ganhando dinheiro, andando de bonde e sem encontros desagradáveis com os “cadáveres”.

Insensivelmente dirigi-me à Biblioteca Nacional. Não sabia bem que livro iria pedir; mas, entrei, entreguei o chapéu ao porteiro, recebi a senha e subi. Na escada, acudiu-me pedir a Grande Encyclopédie, letra J, a fim de consultar o artigo relativo a Java e a língua javanesa. Dito e feito. Fiquei sabendo, ao fim de alguns minutos, que Java era uma grande ilha do arquipélago de Sonda, colônia holandesa, e o javanês, língua aglutinante do grupo malleo-polinésico, possuía uma literatura digna de nota e escrita em caracteres derivados do velho alfabeto hindu.

A Encyclopédie dava-me indicação de trabalhos sobre a tal língua malaia e não tive dúvidas em consultar um deles. Copiei o alfabeto, a sua pronunciação figurada e saí. Andei pelas ruas, perambulando e mastigando letras. Na minha cabeça dançavam hieróglifos; de quando em quando consultava as minhas notas; entrava nos jardins e escrevia estes calungas na areia para guardá-los bem na memória e habituara mão a escrevê-los.

À noite, quando pude entrar em casa sem ser visto, para evitar indiscretas perguntas do encarregado, ainda continuei no quarto a engolir o meu “a-b- c” malaio, e, com tanto afinco levei o propósito que, de manhã, o sabia perfeitamente.

Convenci-me que aquela era a língua mais fácil do mundo e saí; mas não tão cedo que não me encontrasse com o encarregado dos aluguéis dos cômodos:

— Senhor Castelo, quando salda a sua conta?

Respondi—lhe então eu, com a mais encantadora esperança:

— Breve... Espere um pouco... Tenha paciência... Vou ser nomeado professor de javanês, e...

Por aí o homem interrompeu-me:

— Que diabo vem a ser isso, Senhor Castelo?

Gostei da diversão e ataquei o patriotismo do homem:

— É uma língua que se fala lá pelas bandas do Timor. Sabe onde é?

Oh! alma ingênua! O homem esqueceu-se da minha dívida e disse-me com aquele falar forte dos portugueses:

—Eu cá por mim, não sei bem; mas ouvi dizer que são umas terras que temos lá para os lados de Macau. E o senhor sabe isso, Senhor Castelo?

Animado com esta saída feliz que me deu o javanês, voltei a procurar o anúncio. Lá estava ele.

Resolvi animosamente propor-me ao professorado do idioma oceânico. Redigi a resposta, passei pelo Jornal e lá deixei a carta. Em seguida, voltei à biblioteca e continuei os meus estudos de javanês. Não fiz grandes progressos nesse dia, não sei se por julgar o alfabeto javanês o único saber necessário a um professor de língua malaia ou se por ter me empenhado mais na bibliografia e história literária do idioma que ia ensinar.

Ao cabo de dois dias, recebia eu uma carta para ir falar ao doutor Manuel Feliciano Soares Albernaz, Barão de Jacuecanga, à Rua Conde de Bonfim, não me recordo bem que numero. E preciso não te esqueceres que entrementes continuei estudando o meu malaio, isto é, o tal javanês. Além do alfabeto, fiquei sabendo o nome de alguns autores, também perguntar e responder “como está o senhor?” e duas ou três regras de gramática, lastrado todo esse saber com vinte palavras do léxico.

Não imaginas as grandes dificuldades com que lutei, para arranjar os quatrocentos réis da viagem! É mais fácil -podes ficar certo- aprender o javanês... Fui a pé. Cheguei suadíssimo; e, Com maternal carinho, as anosas mangueiras, que se perfilavam em alameda diante da casa do titular, me receberam, me acolheram e me reconfortaram. Em toda a minha vida, foi o único momento em que cheguei a sentir a simpatia da natureza...

Era uma casa enorme que parecia estar deserta; estava mal tratada, mas não sei porque me veio pensar que nesse mau tratamento havia mais desleixo e cansaço de viver que mesmo pobreza. Devia haver anos que não era pintada. As paredes descascavam e os beirais do telhado, daquelas telhas vidradas de outros tempos, estavam desguarnecidos aqui e ali, como dentaduras decadentes ou mal cuidadas.

Olhei um pouco o jardim e vi a pujança vingativa com que a tiririca e o carrapicho tinham expulsado os tinhorões e as begônias. Os crótons continuavam, porém, a viver com a sua folhagem de cores mortiças.

Bati. Custaram-me a abrir. Veio, por fim, um antigo preto africano, cujas barbas e cabelo de algodão davam à sua fisionomia uma aguda impressão de velhice, doçura e sofrimento.

Na sala, havia uma galeria de retratos: arrogantes senhores de barba em colar se perfilavam enquadrados em imensas molduras douradas, e doces perfis de senhoras, em bandós, com grandes leques, pareciam querer subir aos ares, enfunadas pelos redondos vestidos à balão; mas, daquelas velhas coisas, sobre as quais a poeira punha mais antiguidade e respeito, a que gostei mais de ver foi um belo jarrão de porcelana da China ou da Índia, como se diz. Aquela pureza da louça, a sua fragilidade, a ingenuidade do desenho e aquele seu fosco brilho de luar, diziam-me a mim que aquele objeto tinha sido feito por mãos de criança, a sonhar, para encanto dos olhos fatigados dos velhos desiludidos...

Esperei um instante o dono da casa. Tardou um pouco. Um tanto trôpego, com o lenço de alcobaça na mão, tomando veneravelmente o simonte de antanho, foi cheio de respeito que o vi chegar. Tive vontade de ir-me embora. Mesmo se não fosse ele o discípulo, era sempre um crime mistificar aquele ancião, cuja velhice trazia à tona do meu pensamento alguma coisa de Augusto, de sagrado. Hesitei, mas fiquei.

—Eu sou, avancei, o professor de javanês, que o senhor disse precisar.

—Sente-se —respondeu-me o velho—. O senhor é daqui, do Rio?

—Não, sou de Canavieiras.

—Como? —fez ele—. Fale um pouco alto, que sou surdo.

—Sou de Canavieiras, na Bahia —insisti eu.

—Onde fez os seus estudos?

—Em São Salvador.

—Em onde aprendeu o javanês? —indagou ele, com aquela teimosia peculiar aos velhos.

Não contava com essa pergunta, mas imediatamente arquitei uma mentira. Contei-lhe que meu pai era javanês. Tripulante de um navio mercante, viera ter à Bahia, estabelecera-se nas proximidades de Canavieiras como pescador, casara, prosperara e fora com ele que aprendi javanês.

—E ele acreditou? E o físico? —perguntou meu amigo, que até então me ouvira calado.

—Não sou, objetei, lá muito diferente de um javanês. Estes meus cabelos corridos, duros e grossos e a minha pele basané podem dar-me muito bem o aspecto de um mestiço de malaio... Tu sabes bem que, entre nós, há de tudo: índios, malaios, taitianos, malgaches, guanches, até godos. É uma comparsaria de raças e tipos de fazer inveja ao mundo inteiro.

—Bem, fez o meu amigo, continua.

—O velho, emendei eu, ouviu-me atentamente, considerou demoradamente o meu físico, pareceu que me julgava de fato filho de malaio e perguntou-me com doçura:

—Então está disposto a ensinar-me javanês?

—A resposta saiu-me sem querer: —Pois não.

—O senhor há de ficar admirado, aduziu o Barão de Jacuecanga, que eu, nesta idade, ainda queira aprender qualquer coisa, mas...

—Não tenho que admirar. Têm-se visto exemplos e exemplos muito fecundos... ?.

—O que eu quero, meu caro senhor....

—Castelo, adiantei eu.

—O que eu quero, meu caro Senhor Castelo, é cumprir um juramento de família. Não sei se o senhor sabe que eu sou neto do Conselheiro Albernaz, aquele que acompanhou Pedro I, quando abdicou. Voltando de Londres, trouxe para aqui um livro em língua esquisita, a que tinha grande estimação. Fora um hindu ou siamês que lho dera, em Londres, em agradecimento a não sei que serviço prestado por meu avô. Ao morrer meu avô, chamou meu pai e lhe disse: “Filho, tenho este livro aqui, escrito em javanês. Disse-me quem mo deu que ele evita desgraças e traz felicidades para quem o tem. Eu não sei nada ao certo. Em todo o caso, guarda-o; mas, se queres que o fado que me deitou o sábio oriental se cumpra, faze com que teu filho o entenda, para que sempre a nossa raça seja feliz”. Meu pai -continuou o velho barão-, não acreditou muito na história; contudo, guardou o livro. Às portas da morte, ele mo deu e disse-me o que prometera ao pai. Em começo, pouco caso fiz da história do livro. Deitei-o a um canto e fabriquei minha vida. Cheguei até a esquecer-me dele; mas, de uns tempos a esta parte, tenho passado por tanto

desgosto, tantas desgraças têm caído sobre a minha velhice que me lembrei do talismã da família. Tenho que o ler, que o compreender, se não quero que os meus últimos dias anunciem o desastre da minha posteridade; e, para entendê-lo, é claro, que preciso entender o javanês. Eis aí.

Calou-se e notei que os olhos do velho se tinham orvalhado. Enxugou discretamente os olhos e perguntou-me se queria ver o tal livro. Respondi-lhe que sim. Chamou o criado, deu-lhe as instruções e explicou-me que perdera todos os filhos, sobrinhos, só lhe restando uma filha casada, cuja prole, porém, estava reduzida a um filho, débil de corpo e de saúde frágil e oscilante.

Veio o livro. Era um velho calhamaço, um in-quarto antigo, encadernado em couro, impresso em grandes letras, em um papel amarelado e grosso. Faltava a folha do rosto e por isso não se podia ler a data da impressão. Tinha ainda umas páginas de prefácio, escritas em inglês, onde li que se tratava das histórias do príncipe Kulanga, escritor javanês de muito mérito.

Logo informei disso o velho barão que, não percebendo que eu tinha chegado aí pelo inglês, ficou tendo em alta consideração o meu saber malaio. Estive ainda folheando o cartapácio, à laia de quem sabe magistralmente aquela espécie de vasconço, até que afinal contratamos as condições de preço e de hora, comprometendo-me a fazer com que ele lesse o tal alfarrábio antes de um ano.

Dentro em pouco, dava a minha primeira lição, mas o velho não foi tão diligente quanto eu. Não conseguia aprender a distinguir e a escrever nem sequer quatro letras. Enfim, com metade do alfabeto levamos um mês e o Senhor Barão de Jacuecanga não ficou lá muito senhor da matéria: aprendia e desaprendia.

A filha e o genro (penso que até aí nada sabiam da história do livro) vieram a ter notícias do estudo do velho; não se incomodaram. Acharam graça e julgaram a coisa boa para distraí-lo.

Mas com o que tu vais ficar assombrado, meu caro Castro, é com a admiração que o genro ficou tendo pelo professor de javanês. Que coisa Única!

Ele não se cansava de repetir:

—É um assombro! Tão moço! Se eu soubesse isso, ah! onde estava!

O marido de Dona Maria da Glória (assim se chamava a filha do barão), era desembargador, homem relacionado e poderoso; mas não se pejava em mostrar diante de todo o mundo a sua admiração pelo meu javanês. Por outro lado, o barão estava contentíssimo. Ao fim de dois meses, desistira da aprendizagem e pedira-me que lhe traduzisse, um dia sim outro não, um trecho do livro encantado. Bastava entendê-lo, disseme ele; nada se opunha que outrem o traduzisse e ele ouvisse. Assim evitava a fadiga do estudo e cumpria o encargo.

Sabes bem que até hoje nada sei de javanês, mas compus umas histórias bem tolas e impingi-as ao velhote como sendo do crônico. Como ele ouvia aquelas bobagens!...

Ficava extático, como se estivesse a ouvir palavras de um anjo. E eu crescia aos seus olhos!

Fez-me morar em sua casa, enchia-me de presentes, aumentava-me o ordenado. Passava, enfim, uma vida regalada.

Contribui muito para isso o fato de vir ele a receber uma herança de um seu parente esquecido que vivia em Portugal. O bom velho atribuiu a cousa ao meu javanês; e eu estive quase a crê-lo também.

Fui perdendo os remorsos; mas, em todo o caso, sempre tive medo que me aparecesse pela frente alguém que soubesse o tal patuá malaio. E esse meu temor foi grande, quando o doce barão me mandou com uma carta ao Visconde de Caruru, para que me fizesse entrar na diplomacia. Fiz-lhe todas as objeções: a minha fealdade, a falta de elegância, o meu aspecto tagalo.

—Qual! retrucava ele. Vá, menino; você sabe javanês!

Fui. Mandou-me o visconde para a Secretaria dos Estrangeiros com diversas recomendações. Foi um sucesso.

O diretor chamou os chefes de secção:

—Vejam só, um homem que sabe javanês, que portento!

Os chefes de secção levaram-me aos oficiais e amanuenses e houve um destes que me olhou mais com ódio do que com inveja ou admiração. E todos diziam:

—Então sabe javanês? É difícil? Não há quem o saiba aqui!

O tal amanuense, que me olhou com ódio, acudiu então:

—É verdade, mas eu sei canaque. O senhor sabe?

Disse-lhe que não e fui à presença do ministro.

A alta autoridade levantou-se, pôs as mãos às cadeiras, concertou o pince-nez no nariz e perguntou:

—Então, sabe javanês?

Respondi-lhe que sim; e, à sua pergunta onde o tinha aprendido, contei-lhe a história do tal pai javanês.

—Bem —disse-me o ministro—, o senhor não deve ir para a diplomacia; o seu físico não se presta... O bom seria um consulado na Ásia ou Oceania. Por ora, não há vaga, mas vou fazer uma reforma e o senhor entrará. De hoje em diante, porém, fica adido ao meu ministério e quero que, para o ano, parta para Bâle, onde vai representar o Brasil no Congresso de Lingüística. Estude, leia o Hovelacque, o Max Müller, e outros!

Imagina tu que eu até aí nada sabia de javanês, mas estava empregado e iria representar o Brasil em um congresso de sábios.

O velho barão veio a morrer, passou o livro ao genro para que o fizesse chegar ao neto, quando tivesse a idade conveniente e fez-me uma deixa no testamento.

Pus-me com afã no estudo das línguas maleo-polinésicas; mas não havia meio!

Bem jantado, bem vestido, bem dormido, não tinha energia necessária para fazer entrar na cachola aquelas coisas esquisitas. Comprei livros, assinei revistas: *Revue Anthropologique et Linguistique*, *Proceedings of the English - Oceanic Association*, *Archivio Glottologico Italiano*, o diabo, mas nada! E a minha fama crescia. Na rua, os informados apontavam-me, dizendo aos outros:

—Lá vai o sujeito que sabe javanês.

Nas livrarias, os gramáticos consultavam-me sobre a colocação dos pronomes no tal jargão das ilhas de Sonda. Recebia cartas dos eruditos do interior, os jornais citavam o meu saber e recusei aceitar uma turma de alunos sequiosos de entenderem o tal javanês. A convite da redação, escrevi, no *Jornal do Comércio*, um artigo de quatro colunas sobre a literatura javanesa antiga e moderna...

—Como, se tu nada sabias? interrompeu-me o atento Castro.

—Muito simplesmente: primeiramente, descrevi a ilha de Java, com o auxílio de dicionários e umas poucas de geografias, e depois citei a mais não poder.

—E nunca duvidaram? perguntou-me ainda o meu amigo.

—Nunca. Isto é, uma vez quase fico perdido. A polícia prendeu um sujeito, um marujo, um tipo bronzeado que só falava uma língua esquisita. Chamaram diversos intérpretes, ninguém o entendia. Fui também chamado, com todos os respeitos que a minha sabedoria merecia, naturalmente. Demorei-me em ir, mas fui afinal. O homem já estava solto, graças à intervenção do cônsul holandês, a quem ele se fez compreender com meia dúzia de palavras holandesas. E o tal marujo era javanês -uf!

Chegou, enfim, a época do congresso, e lá fui para a Europa. Que delícia! Assisti à inauguração e às sessões preparatórias. Inscreveram-me na secção do tupi-guarani e eu abalei para Paris. Antes, porém, fiz publicar no Mensageiro de Bâle o meu retrato, notas biográficas e bibliográficas.

Quando voltei, o presidente pediu-me desculpas por me ter dado aquela secção; não conhecia os meus trabalhos e julgara que, por ser eu americano brasileiro, me estava naturalmente indicada a secção do tupi-guarani.

Aceitei as explicações e até hoje ainda não pude escreveras minhas obras sobre o javanês, para lhe mandar, conforme prometi.

Acabado o congresso, fiz publicar extratos do artigo do Mensageiro de Bâle, em Berlim, em Turim e Paris, onde os leitores de minhas obras me ofereceram um banquete, presidido pelo Senador Gorot. Custou-me toda essa brincadeira, inclusive o banquete que me foi oferecido, cerca de dez mil francos, quase toda a herança do crédulo e bom Barão de Jacuecanga.

Não perdi meu tempo nem meu dinheiro. Passei a ser uma glória nacional e, ao saltar no cais Pharoux, recebi uma ovação de todas as classes sociais e o presidente da república, dias depois, convidava-me para almoçar em sua companhia.

Dentro de seis meses fui despachado cônsul em Havana, onde estive seis anos e para onde voltarei, a fim de aperfeiçoar os meus estudos das línguas da Malaia, Melanésia e Polinésia.

—É fantástico, observou Castro, agarrando o copo de cerveja.

—Olha: se não fosse estar contente, sabes que ia ser?

—Que?

—Bacteriologista eminente. Vamos?

—Vamos.



Alfonso Henriques De Lima Barreto

Nació en 1881 en Río de Janeiro. Estudió en los mejores colegios y liceos de la época. Hacia 1907 escribió sus primeras novelas: *Recordacoes do escrivão Isaías Caminha* y *Vida e Morte de M. J. Gonzaga de Sá*. Publicó los cuentos *O Homem que sabia javanés* y *Nova California*. Pero es sin duda la novela *Triste Fim de Policarpo Quaresma*, el mejor y más representativo momento de la obra de Lima Barreto. A pesar de su decadencia física, el novelista escribiría *Clara dos Anjos* y publicaría *Numa e a Ninfa*, *Os Bruzundangas* y una colección de notas satíricas, como *Sátiras e Outras Subversões*, entre otras obras. Murió el 10 de noviembre de 1922.







“De carta en carta” (fragmento) de Ana María Machado
en *De carta en carta*, Editorial Alfaguara, Grupo Santillana
Buenos Aires, Argentina, 2004.

© Ana María Machado

© Alfaguara



De carta en carta

Ana María Machado



Érase una vez un niño pequeño que vivía en una ciudad pequeña. Me parece que no fue hace mucho tiempo. Ni muy lejos de aquí. Y que el niño, en realidad, no era tan pequeño. Pero aún no sabía leer ni escribir; como le pasaba a mucha gente en aquella ciudad, incluso a personas mucho mayores y más viejas que él.

La ciudad era antigua y se encontraba a la orilla del mar. Tenía calles estrechas, bonitas iglesias y plazuelas.

Guardaba recuerdos de otros tiempos más ricos. Conservaba unas murallas que ya no servían para nada, pero que antiguamente se habían usado para defender la ciudad del ataque de los piratas. Tenía casas de dos pisos, con jardines en patios interiores, y terrazas con macetas llenas de flores.

Y en algunos lugares, aquellas terrazas del segundo piso eran grandes y estaban sobre unos arcos que se apoyaban en las aceras, formando pórticos alrededor de las plazas y paseos.

Una de esas plazas era la de los Escribidores.

Allí, debajo de las arcadas, se podían ver los bancos donde trabajaban unos hombres que se dedicaban a escribir todas las cosas importantes que las personas de aquella ciudad necesitaban escribir y no sabían: cartas, mensajes, documentos.

Algunos de aquellos escribidores apoyaban la máquina de escribir encima de mesas pequeñas, escritorios o incluso cajones.

Otros, que estaban empezando en la profesión, escribían a mano y cobraban más barato.

Pero todos pasaban el día allí, sentados alrededor de la plaza, conversando y esperando encargos.

Esta es la historia de dos clientes de los escribidores. Un niño llamado Pepe y su abuelo José.

Pepe y José vivían en la misma casa, con el resto de la familia: cuatro niños más y los padres del niño. La madre, Teresa, era hija del abuelo José.

Todos los días, muy temprano, el padre y la madre salían a trabajar. Los hermanos mayores iban a la escuela y Pepe se quedaba con el abuelo. Ya tenía edad para ir al colegio, pero no quería. Prefería quedarse jugando, además decía que tenía que hacer compañía al abuelo, y los padres acababan por dejarlo.

El señor José había sido un excelente jardinero. Ahora estaba cansado, aunque todavía hacía pequeños trabajos en las casas de la vecindad.

Muchas veces José se llevaba a su nieto con él, como ayudante.

Los dos se llevaban muy bien, aunque reñían bastante. Eran muy parecidos, tercos y provocadores.

Discutían por cualquier cosa:

—Escarda ese jardín. Con mimo, ¿eh...? No dejes ni una mala hierba...

—Ay, abuelo, no me apetece. Por qué no hacemos esto, verás, tú quitas las malas hierbas y yo riego.

—Nada de eso. Lo vas a encharcar todo. Tú siempre echas demasiada agua, ahogas las plantas...

—Y tú siempre llevas la regadera medio vacía, porque no puedes cargar con el peso. Las plantas se van a acabar muriendo de sed, ¿no lo ves? Deja que yo lo haga.

—¿Me estás diciendo que no tengo fuerzas? ¿Que estoy viejo y ya no sirvo para nada?

—Es que no tienes fuerzas. Solo estoy diciendo la verdad... No te vayas a enfadar ahora por una tontería.

—Eres un malcriado, eso es lo que pasa. Se lo voy a contar a tu padre. Para que te castigue, vas a ver. Como no te disculpes, cuando llegue, ja, ja, le voy a contar todo lo que haces durante el día.

El niño no quería que lo castigaran. Pero no iba a disculparse. Se quedó callado, conteniendo la rabia. El abuelo seguía rezonando:

—Todos los días lo mismo. No tienes ningún respeto. Nunca he visto que un niño de tu edad diga esas cosas a un viejo. En mis tiempos esto no pasaba... Eres un maleducado. Como me vuelvas a decir algo así, vas a ver...

Furioso, Pepe salió de casa. Dio un portazo, pero no se sintió mejor. Si no quería que lo castigaran, no podía contestar al abuelo, aunque ganas no le faltaban. Si supiera... le diría cuatro cosas,

pero sin hablar. Le escribiría al viejo una carta bien descarada. Pero no sabía escribir. Y tampoco tenía ganas de ir a la escuela a aprender.

Comenzó a andar por la calle, insulto por lo bajo, dio una patada a una lata vacía que estaba en el suelo, pero la rabia no se le pasó. Siguió caminando, hasta que llegó a la plaza de los Escritores. Y tuvo una idea.

Se acercó a uno de los hombres que esperaba clientes delante de su mesa y le preguntó:

—Buenos días, señor Miguel. ¿Cuánto cuesta escribir una carta? (...)



De carta em carta

Ana Maria Machado



Era uma vez um menino pequeno que morava numa cidade pequena. Acho até que não foi há muito tempo. Nem muito longe daqui. E que o menino não era tão pequeno assim. Mas ainda não sabia ler nem escrever. Muita gente na cidadezinha não sabia, mesmo gente muito maior e mais velha do que ele.

A cidade era antiga e ficava na beira do mar. Tinha ruas estreitas, igrejas lindas e pracinhas.

Tinha lembranças de um tempo de muita riqueza.

Tinha fortes que não serviam para mais nada, mas antigamente tinham sido usados para defender a cidade dos ataques de piratas. Tinha casas coloniais de dois andares, com jardins em pátios internos e varandinhas cheias de vasos de flores.

E em alguns lugares, essas varandas eram grandes, no segundo andar, por cima de uns arcos que se apoiavam nas calçadas em volta das praças e largos.

Um desses largos se chamava “Praça dos Escrevedores”.

Lá, debaixo das arcadas, ficavam as bancadas de trabalho dos homens que se encarregavam de escrever todas as coisas importantes que o pessoal da cidade precisava, mas não sabia -cartas, bilhetes, documentos.

Alguns escrevedores apoiavam as máquinas de escrever em cima de pequenas mesas, escrivaninhas ou até caixotes.

Outros ainda estavam começando na carreira -escreviam à mão- e cobravam mais barato. Mas todos passavam o dia ali, sentados em volta da praça, conversando e esperando fregueses.

Esta é a história de dois fregueses dos escrevedores. O menino Pepe e seu avô José.

Eles moravam na mesma casa, com o resto da família -mais quatro crianças, e os pais do menino. A mãe dele, Teresa, era filha do avô José.

Todo dia, bem cedo, o pai e a mãe saíam para trabalhar. Os irmãos mais velhos saíam para a escola. Pepe ficava com o avô. Já tinha idade para ir ao colégio, mas não queria. Preferia ficar brincando e quase sempre faltava à aula. Dizia que precisava fazer companhia ao velho e os pais acabavam deixando.

O velho José tinha um ótimo jardineiro. Agora estava cansado, mas ainda fazia pequenos trabalhos com as plantas nas casas da vizinhança.

E muitas vezes levava o neto junto, de ajudante.

Os dois eram muito amigos, mas também brigavam bastante. Eram muito parecidos -teimosos, implicantes.

Discutiam por qualquer coisa:

—Capine este canteiro. Com capricho, hein... Não deixe nem um pouquinho de mato...

—Ah, vó, não gosto de capinar. Vamos fazer assim: o senhor limpa o mato e eu rego.

—Nada disso. Vai encharcar tudo. Você sempre bota água demais, afoga as plantas...

—O senhor é que traz o regador quase vazio, porque não agüenta carregar peso. As plantas vão acabar morrendo de sede, tá sabendo? Deixe que eu faço isso.

—Está me chamando de fraco? Dizendo que eu estou velho e não presto para mais nada?

—Mas está fraco mesmo... Só estou dizendo a verdade... Também não precisa se zangar à toa.

—Você é muito malcriado, isso sim. Vou contar para seu pai. Ele vai te botar de castigo, você vai ver só. Se não pedir desculpas, já, já, quando ele chegar eu vou contar tudo o que você faz, todo dia.

O menino não queria ir de castigo. Mas não ia pedir desculpas. Ficou quieto, ruminando a raiva. O avô continuava a resmungar:

—Todo dia é a mesma coisa. A maior falta de respeito. Nunca vi um menino de sua idade dizer essas coisas a um mais velho. No meu tempo, não tinha isso... Você está muito mal-educado. Se me disser mais uma coisa dessas, vai ver só...

Furioso, Pepe saiu de casa. Bateu o portão, mas não aliviou a raiva. Não podia responder ao avô, para não ir de castigo. Mas bem que tinha vontade.

Se soubesse, dava um jeito de dizer uns desaforos a ele, mas sem falar. Escrevia uma carta bem malcriada para o velho. Mas não sabia. E não estava com vontade nenhuma de ir à escola para aprender.

Saiu caminhando pela calçada. Xingou baixinho. Chutou uma lata vazia que estava no chão, mas a raiva não passou. Continuou andando. Até que chegou à Praça dos Escrevedores. E teve uma idéia.

Chegou bem perto de um dos homens que estava esperando fregueses diante de sua mesinha e perguntou:

—Bom dia, seu Miguel. Quanto custa escrever uma carta? (...)



Ana María Machado

Nació en Río de Janeiro, Brasil, en 1941. Comenzó a estudiar Pintura, luego Geografía; sin embargo, no tardó en cambiar de carrera. Se matriculó en Letras y realizó un doctorado en Lingüística. Ejerció como profesora universitaria y periodista. En 1969 se vinculó a *Recreio*, una revista para niños, y se inició como autora de literatura infantil. En 2000, su obra fue reconocida con el Premio Hans Christian Andersen, máximo galardón de la literatura infantil y juvenil. Se dedicó a la promoción de la lectura, tanto en su país como en el extranjero, y participó en innumerables seminarios, congresos y conferencias sobre lectura y literatura infantil. Entre sus obras se encuentran: *Siempre con mis amigos*, *Eso no me lo quita nadie*, *Para siempre*, *El domador de monstruos*, *¿Dónde está mi almohada?* y *Un pajarito me contó*.





"Cantinga de esponsales" de Joaquim María Machado de Assis
en *Historias sin fecha*, Centro de Estudios Brasileños, Lima, Perú, 1981.



Cantinga de esponsales

Joaquim María Machado de Assis



Imagínense que están en 1813, en la iglesia del Carmen, en una de aquellas buenas fiestas antiguas, que eran el único entretenimiento público y todo el arte musical. Si saben qué cosa es una misa cantada, ya pueden imaginar cómo sería una misa cantada en aquellos años remotos. No les llamo la atención sobre los curas y los sacristanes, ni sobre el sermón, ni sobre los ojos de los muchachos cariocas, que ya eran bonitos en esa época, ni sobre las mantillas de las señoras, o los calzones, las cabelleras, las cenefas, las luces, los inciensos, nada. No hablo siquiera de la orquesta, que era excelente; me limito a mostrarles una cabeza blanca, la cabeza de ese viejo que dirige la orquesta, con alma y devoción.

Se llama Romáo Pires; tendrá sesenta años, por lo menos. Nació en Valongo, o por ahí. Es buen músico y buen hombre; todos los músicos lo estiman. Maestro Romáo es su nombre familiar; y decir familiar y público era la misma cosa en ese oficio y en aquella época.

“El maestro Romáo dirigirá la misa”, equivalía a decir, años después: “Entra a escena el actor João Caetano”; o entonces: “El actor Martinho cantará una de sus mejores arias”. Era la sazón exacta, la medida delicada y popular. “¡El maestro Romáo dirige la fiesta!” ¿Quién no conocía al maestro Romáo?, con su aire circunspecto, la mirada en el piso, la sonrisa triste y el paso lento. Todo eso desaparecía frente a la orquesta; en ese momento la vida se derramaba por todo el cuerpo y todos los gestos del maestro; su mirada se encendía, su sonrisa se iluminaba: era otro. No es que la misa fuera suya; esta, por ejemplo, que él dirige ahora en la iglesia del Carmen, es de José Mauricio; pero él la dirige con el mismo amor que dedicaría a una misa que fuera suya.

Terminó la fiesta, como si terminara un intenso resplandor, dejando el rostro apenas iluminado por una luz ordinaria. Ya baja del coro, apoyado en su bastón; se dirige a la sacristía a besar la

mano de los padres, y acepta un lugar en su mesa. Indiferente y callado. Cenó, salió, caminó hacia la Rúa da Mae dos Homens, donde reside, con un negro viejo, papá José, que es como si fuera su madre, y que en este momento conversa con una vecina.

—Ahí viene el maestro Romáo, papá José, dijo la vecina.

—¡Eh! Adiós, señora, hasta luego.

Papá José dio un salto, entró en la casa y esperó al señor, que no tardó en entrar con el aire de siempre. La casa no era rica, naturalmente, ni alegre. No había en ella el menor vestigio de una mujer, vieja o joven, ni pajaritos que cantasen, ni flores, ni colores vivos o radiantes. Casa sombría y desnuda. Lo más alegre era un clavicordio, donde el maestro Romáo tocaba a veces, estudiando. Sobre una silla, a su lado, algunos papeles con piezas musicales; ninguna suya...

¡Ah! Si el maestro Romáo pudiera, sería un gran compositor. Parece que hay dos clases de vocación, las que tienen lengua y las que no la tienen. Las primeras se realizan, las últimas representan una lucha constante y estéril entre el impulso interior y la ausencia de un modo de comunicación con los hombres. La de Romáo era de estas. Tenía la vocación íntima de la música; llevaba dentro muchas óperas y misas, un mundo de armonías nuevas y originales, que no alcanzaba a expresar y poner sobre el papel. Esta era la única causa de la tristeza del maestro Romáo. Por supuesto, el vulgo no se daba cuenta de ello; unos decían esto, otros decían aquello: enfermedad, falta de dinero, algún disgusto antiguo; pero la verdad es esta: la causa de la melancolía del maestro Romáo era no poder componer, no poseer el medio para traducir lo que sentía. Y no es que no borronease mucho papel y no interrogase el clavicordio durante horas; pero todo le salía informe, sin idea ni armonía. En los últimos tiempos hasta sentía vergüenza de los vecinos, y no intentaba nada más.

Y, sin embargo, si pudiera, terminaría por lo menos cierta pieza, una cantinga de esponsales comenzada tres días después de casado, en 1779. Su mujer, que tenía entonces veintiún años, y que murió con veintitrés, no era ni bonita ni fea, pero extremadamente simpática, y lo amaba tanto como él a ella. Tres días después de casado, el maestro Romáo sintió algo parecido a la inspiración. Ideó entonces el canto esponsalicio, y quiso

componerlo; pero la inspiración no pudo salir. Como un pájaro que acaba de ser apresado, y forcejea para vencer las paredes de su jaula, abajo, arriba, impaciente, aterrado, así golpeaba la inspiración de nuestro músico, encerrada en él sin poder salir, sin encontrar una puerta, nada. Algunas notas llegaron a hilvanarse; él las escribió; obra de una sola hoja de papel, nada más. Insistió al día siguiente, y diez días después, veinte veces durante el tiempo en que estuvo casado. Cuando su mujer murió, él releó esas primeras notas conyugales, y se sintió aún más triste, por no haber podido fijar en el papel la sensación de la felicidad extinta.

—Papá José, dijo al entrar, hoy me siento enfermo.

—El señor ha comido algo que le ha hecho daño...

—No; ya en la mañana no me sentía bien. Ve a la botica.

El boticario le mandó algo, que él tomó por la noche; al día siguiente, el maestro Romáo no se sentía mejor. Hay que decir que él sufría del corazón, molestia grave y crónica. Papá José se quedó aterrizado cuando vio que el malestar no había cedido al remedio, ni al reposo, y quiso llamar al médico.

—¿Para qué?, dijo el maestro. Esto va a pasar.

El día no terminó peor, y soportó bien la noche, no así el negro, que apenas pudo dormir un par de horas. Los vecinos, apenas se enteraron del malestar, no tuvieron otro tema de conversación; los que eran amigos del maestro fueron a visitarlo. Y le decían que no era nada, que eran achaques de la edad; uno agregaba graciosamente que eran solo mañas, para escapar de las derrotas que el boticario le infligía en el juego; otro, que eran amores. El maestro Romáo sonreía, pero se decía que aquello era el fin.

“Se acabó”, pensaba.

Una mañana, cinco días después de la fiesta, el médico lo encontró realmente mal; y fue eso lo que él vio en su fisonomía, más allá de las palabras engañosas:

—Esto no es nada; no hay que pensar en músicas...

¡Músicas! Justamente esta palabra del médico dio una idea al maestro. Apenas quedó solo, con su esclavo, abrió la gaveta donde guardaba desde 1779 el canto esponsalicio comenzado. Releó esas notas inconclusas, arrancadas con esfuerzo. Y tuvo entonces un pensamiento singular: rematar la obra, ahora, cueste

lo que cueste; cualquier cosa servía, siempre que le permitiera dejar un poco de alma en la tierra.

—¿Quién sabe? En 1880 tal vez se toque esto, y se cuente que cierto maestro Romáo...

El principio del canto remataba en un *la*; este *la*, que estaba bien puesto, era la última nota escrita. El maestro Romáo ordenó que le llevaran el clavicordio al salón del fondo, que daba a la huerta: necesitaba aire. Vio por la ventana a una pareja de ocho días de matrimonio: estaban asomados a la ventana del fondo de su casa, con las manos juntas. El maestro Romáo sonrió con tristeza.

—Acaban de llegar, dijo él, yo parto. Compondré al menos este canto, que ellos podrán tocar...

Se sentó ante el clavicordio, reprodujo las notas y llegó al *la*...

—*La, la, la.*

Nada, no podía continuar. Y, sin embargo, sabía de música como nadie.

La, do... la, mi... la, si, do, re... re... re...

¡Imposible! Ninguna inspiración. No exigía una pieza profundamente original, pero, en fin, algo que no fuese de otro y que se vinculase al pensamiento comenzado. Volvía al principio, repetía las notas, buscaba recuperar un retazo de la sensación extinguida, recordaba a su mujer, los primeros tiempos. Para completar la ilusión, miraba por la ventana hacia la parejita de recién casados. Ellos seguían allí, las manos juntas, los brazos alrededor de los hombros; con la diferencia de que ahora se miraban, en vez de mirar hacia abajo. El maestro Romáo, fatigado por el malestar y la impaciencia, volvía al clavicordio; pero la contemplación de la pareja no había nutrido su inspiración, y las notas siguientes no sonaron.

—*La... la... la...*

Desesperado, dejó el clavicordio, tomó el papel escrito y lo rompió. En ese instante la muchacha, absorta en la contemplación de su esposo, empezó a canturrear inconscientemente algo nunca antes cantado ni sabido, donde un cierto *la* desembocaba en una linda frase musical, justamente la que el maestro Romáo había estado buscando durante años sin encontrarla nunca. El maestro la escuchó con tristeza, sacudió la cabeza y, esa misma noche, expiró.



Cantiga de sponsais

Joaquim María Machado de Assis

Imagine a leitora que está em 1813, na igreja do Carmo, ouvindo uma daquelas boas festas antigas, que eram todo o recreio público e toda a arte musical. Sabem o que é uma missa cantada; podem imaginar o que seria uma missa cantada daqueles anos remotos. Não lhe chamo a atenção para os padres e os sacristães, nem para o sermão, nem para os olhos das moças cariocas, que já eram bonitos nesse tempo, nem para as mantilhas das senhoras graves, os calções, as cabeleiras, as sanefas, as luzes, os incensos, nada. Não falo sequer da orquestra, que é excelente; limito-me a mostrar-lhes uma cabeça branca, a cabeça desse velho que rege a orquestra, com alma e devoção.

Chama-se Romão Pires; terá sessenta anos, não menos, nasceu no Valongo, ou por esses lados. É bom músico e bom homem; todos os músicos gostam dele. Mestre Romão é o nome familiar; e dizer familiar e público era a mesma coisa em tal matéria e naquele tempo. “Quem rege a missa é mestre Romão” -equivalia a esta outra forma de anúncio, anos depois: “Entra em cena o ator João Caetano”; -ou então: “O ator Martinho cantará uma de suas melhores árias.”

Era o tempero certo, o chamariz delicado e popular. Mestre Romão rege a festa! Quem não conhecia mestre Romão, com o seu ar circunspecto, olhos no chão, riso triste, e passo demorado? Tudo isso desaparecia à frente da orquestra; então a vida derramava-se por todo o corpo e todos os gestos do mestre; o olhar acendia-se, o riso iluminava-se: era outro. Não que a missa fosse dele; esta, por exemplo, que ele rege agora no Carmo é de José Maurício; mas ele rege-a com o mesmo amor que empregaria, se a missa fosse sua.

Acabou a festa; é como se acabasse um clarão intenso, e deixasse o rosto apenas alumado da luz ordinária. Ei-lo que desce do coro, apoiado na bengala; vai à sacristia beijar a mão aos padres

e aceita um lugar à mesa do jantar. Tudo isso indiferente e calado. Jantou, saiu, caminhou para a rua da Mãe dos Homens, onde reside, com um preto velho, pai José, que é a sua verdadeira mãe, e que neste momento conversa com uma vizinha.

—Mestre Romão lá vem, pai José, disse a vizinha.

—Eh! eh! adeus, sinhá, até logo.

Pai José deu um salto, entrou em casa, e esperou o senhor, que daí a pouco entrava com o mesmo ar do costume. A casa não era rica naturalmente; nem alegre. Não tinha o menor vestígio de mulher, velha ou moça, nem passarinhos que cantassem, nem flores, nem cores vivas ou jocundas. Casa sombria e nua. O mais alegre era um cravo, onde o mestre Romão tocava algumas vezes, estudando. Sobre uma cadeira, ao pé, alguns papéis de música; nenhuma dele...

Ah! se mestre Romão pudesse seria um grande compositor. Parece que há duas sortes de vocação, as que têm língua e as que a não têm. As primeiras realizam-se; as últimas representam uma luta constante e estéril entre o impulso interior e a ausência de um modo de comunicação com os homens. Romão era destas. Tinha a vocação íntima da música; trazia dentro de si muitas óperas e missas, um mundo de harmonias novas e originais, que não alcançava exprimir e pôr no papel. Esta era a causa única da tristeza de mestre Romão. Naturalmente o vulgo não atinava com ela; uns diziam isto, outros aquilo: doença, falta de dinheiro, algum desgosto antigo; mas a verdade é esta: -a causa da melancolia de mestre Romão era não poder compor, não possuir o meio de traduzir o que sentia. Não é que não rabiscasse muito papel e não interrogasse o cravo, durante horas; mas tudo lhe saía informe, sem idéia nem harmonia. Nos últimos tempos tinha até vergonha da vizinhança, e não tentava mais nada.

E, entretanto, se pudesse, acabaria ao menos uma certa peça, um canto esponsalício, começado três dias depois de casado, em 1779. A mulher, que tinha então vinte e um anos, e morreu com vinte e três, não era muito bonita, nem pouco, mas extremamente simpática, e amava-o tanto como ele a ela. Três dias depois de casado, mestre Romão sentiu em si alguma coisa parecida com inspiração. Ideou então o canto esponsalício, e quis compô-lo; mas a inspiração não pôde sair. Como um pássaro que acaba de

ser preso, e forceja por transpor as paredes da gaiola, abaixo, acima, impaciente, aterrado, assim batia a inspiração do nosso músico, encerrada nele sem poder sair, sem achar uma porta, nada. Algumas notas chegaram a ligar-se; ele escreveu-as; obra de uma folha de papel, não mais. Teimou no dia seguinte, dez dias depois, vinte vezes durante o tempo de casado. Quando a mulher morreu, ele releu essas primeiras notas conjugais, e ficou ainda mais triste, por não ter podido fixar no papel a sensação de felicidade extinta.

—Pai José, disse ele ao entrar, sinto-me hoje adoentado.

—Sinhô comeu alguma coisa que fez mal...

—Não; já de manhã não estava bom. Vai à botica...

O boticário mandou alguma coisa, que ele tomou à noite; no dia seguinte mestre Romão não se sentia melhor. É preciso dizer que ele padecia do coração, moléstia grave e crônica. Pai José ficou aterrado, quando viu que o incômodo não cedera ao remédio, nem ao repouso, e quis chamar o médico.

—Para quê? disse o mestre. Isto passa.

O dia não acabou pior; e a noite suportou-a ele bem, não assim o preto, que mal pôde dormir duas horas. A vizinhança, apenas soube do incômodo, não quis outro motivo de palestra; os que entretinham relações com o mestre foram visitá-lo. E diziam-lhe que não era nada, que eram macacoas do tempo; um acrescentava graciosamente que era manha, para fugir aos capotes que o boticário lhe dava no gamão, -outro que eram amores. Mestre Romão sorria, mas consigo mesmo dizia que era o final.

—Está acabado, pensava ele.

Um dia de manhã, cinco depois da festa, o médico achou-o realmente mal; e foi isso o que ele lhe viu na fisionomia por trás das palavras enganadoras: -Isto não é nada; é preciso não pensar em músicas...

Em músicas! Justamente esta palavra do médico deu ao mestre um pensamento. Logo que ficou só, com o escravo, abriu a gaveta onde guardava desde 1779 o canto esponsalício começado. Releu essas notas arrancadas a custo e não concluídas. E então teve uma idéia singular: -rematar a obra agora, fosse como fosse; qualquer coisa servia, uma vez que deixasse um pouco de alma na terra.

—Quem sabe? Em 1880, talvez se toque isto, e se conte que um mestre Romão...

O princípio do canto rematava em um certo lá; este lá, que lhe caía bem no lugar, era a nota derradeiramente escrita. Mestre Romão ordenou que lhe levassem o cravo para a sala do fundo, que dava para o quintal: era-lhe preciso ar. Pela janela viu na janela dos fundos de outra casa dois casadinhos de oito dias, debruçados, com os braços por cima dos ombros, e duas mãos presas. Mestre Romão sorriu com tristeza.

—Aqueles chegam, disse ele, eu saio. Comporei ao menos este canto que eles poderão tocar...

Sentou-se ao cravo; reproduziu as notas e chegou ao lá....

—Lá, lá, lá...

Nada, não passava adiante. E contudo, ele sabia música como gente.

—Lá, dó... lá, mi... lá, si, dó, ré... ré... ré...

Impossível! nenhuma inspiração. Não exigia uma peça profundamente original, mas enfim alguma coisa, que não fosse de outro e se ligasse ao pensamento começado. Voltava ao princípio, repetia as notas, buscava reaver um retalho da sensação extinta, lembrava-se da mulher, dos primeiros tempos. Para completar a ilusão, deitava os olhos pela janela para o lado dos casadinhos. Estes continuavam ali, com as mãos presas e os braços passados nos ombros um do outro; a diferença é que se miravam agora, em vez de olhar para baixo. Mestre Romão, ofegante da moléstia e de impaciência, tornava ao cravo; mas a vista do casal não lhe supria a inspiração, e as notas seguintes não soavam.

—Lá... lá... lá...

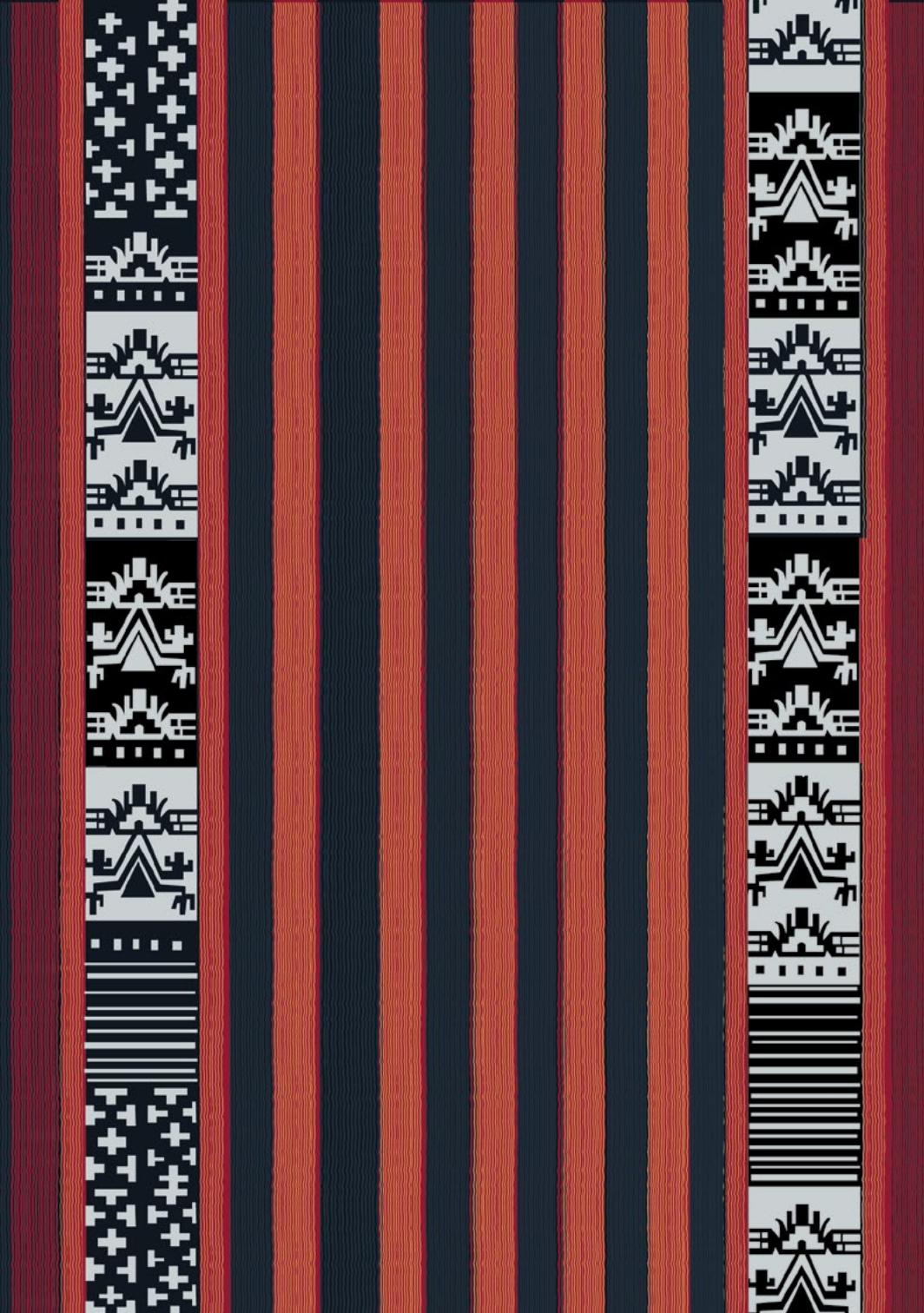
Desesperado, deixou o cravo, pegou do papel escrito e rasgou-o. Nesse momento, a moça embebida no olhar do marido, começou a cantarolar à toa, inconscientemente, uma coisa nunca antes cantada nem sabida, na qual coisa um certo lá trazia após si uma linda frase musical, justamente a que mestre Romão procurara durante anos sem achar nunca. O mestre ouviu-a com tristeza, abanou a cabeça, e à noite expirou.



Joaquim María Machado De Assis

Nació en Río de Janeiro, en el Morro do Livramento, el 21 de julio de 1839. Hijo de un mulato liberto y de una negra, nativa de las Islas Azores, llegó a Brasil en 1836. Fue traductor y escritor de artículos, crónicas, crítica literaria, cuentos, poesía, teatro. Entre sus obras se encuentran: *Crisálidas*, *Poesía completa*, *Contos Fluminenses*, *Historias de meia-noite*, *Ressurreição*, *Memorial de Aires*, *A mão e a luva*, *Helena* y *Esaú e Jacó*. A esta lista hay que agregar su producción dramática y de cronista, reunida más tarde en su *Obra Completa*. En 1896 fue designado presidente de la Academia Brasileña de Letras, cargo que ocupó hasta su muerte en 1908.





Chile



The image features a decorative border on the left and right sides, composed of various geometric patterns including crosses, triangles, and horizontal lines. The central area is dominated by a series of vertical stripes in shades of red and dark blue/black. The text is centered in the lower portion of this central area.

"20" en *Veinte poemas de amor
y una canción desesperada*,
"La palabra" y "C.o.s.c." en *Plenos poderes*
y "Farewell" en *Crepusculario*

© Agencia Balcells

© Fundación Pablo Neruda-Chile

Farewell y otros poemas

Pablo Neruda

20

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.

Escribir, por ejemplo: "La noche está estrellada,
y tiritan, azules, los astros, a lo lejos".

El viento de la noche gira en el cielo y canta.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Yo la quise, y a veces ella también me quiso.

En las noches como esta la tuve entre mis brazos.
La besé tantas veces bajo el cielo infinito.

Ella me quiso, a veces yo también la quería.
Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Pensar que no la tengo. Sentir que la he perdido.

Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella.
Y el verso cae al alma como al pasto el rocío.

Qué importa que mi amor no pudiera guardarla.
La noche está estrellada y ella no está conmigo.

Eso es todo. A lo lejos alguien canta. A lo lejos.
Mi alma no se contenta con haberla perdido.

Como para acercarla mi mirada la busca.
Mi corazón la busca, y ella no está conmigo.

La misma noche que hace blanquear los mismos árboles.

Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.
Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise.
Mi voz buscaba el viento para tocar su oído.

De otro. Será de otro. Como antes de mis besos.
Su voz, su cuerpo claro. Sus ojos infinitos.

Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.
Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido.

Porque en noches como esta la tuve entre mis brazos,
mi alma no se contenta con haberla perdido.

Aunque este sea el último dolor que ella me causa,
y estos sean los últimos versos que yo le escribo.

C.O.5.C

Ha muerto este mi amigo que se llamaba Carlos,
no importa quién, no pregunten, no saben,
tenía la bondad del buen pan en la mesa
y un aire melancólico de caballero herido.

No es él y es él, es todo, es la muerte que toca
la puerta,
de puro bueno salió a abrirle Carlos,
y entre tantos que abrieron esa noche la puerta
él solo quedó afuera,
él entre tantos hombres ahora ya no vuelve.
Y su ausencia me hiere como si me llamara,
como si continuara en la sombra esperándome.
Yo si hubiera escogido para este fin de un día
un dolor entre tantos que me acechan
no hubiera separado de la noche su rostro,
injustamente hubiera pasado sin recuerdo,
sin nombrarlo, y así no hubiera muerto
para mí, su cabeza continuaría gris
y sus tranquilos ojos que ahora ya no miran
seguirían abiertos en las torres de México.

De la muerte olvidar el más reciente ramo,
desconocer el rumbo, la proa o la bodega
en que mi amigo viaja solo o amontonado
y a esta hora creerlo aún dueño del día,
aún dueño de aquella claridad sonriente
que repartió entre tantas tareas y personas.

Escribo estas palabras en mi libro pensando
que este desnudo adiós en que no está presente,
esta carta sencilla que no tiene respuesta,
no es nada sino polvo, nube, tinta, palabras
y la única verdad es que mi amigo ha muerto.

Farewell

1

Desde el fondo de ti, y arrodillado,
un niño triste, como yo, nos mira.

Por esa vida que arderá en sus venas
tendrían que amarrarse nuestras vidas.

Por esas manos, hijas de tus manos,
tendrían que matar las manos mías.

Por sus ojos abiertos en la tierra
veré en los tuyos lágrimas un día.

2

Yo no lo quiero, Amada.

Para que nada nos amarre
que no nos una nada.

Ni la palabra que aromó tu boca,
ni lo que no dijeron las palabras.

Ni la fiesta de amor que no tuvimos,
ni tus sollozos junto a la ventana.

3

(Amo el amor de los marineros
que besan y se van.

Dejan una promesa.
No vuelven nunca más.

En cada puerto una mujer espera:
los marineros besan y se van.

Una noche se acuestan con la muerte
en el lecho del mar.

4

Amo el amor que se reparte
en besos, lecho y pan.

Amor que puede ser eterno
y puede ser fugaz.

Amor que quiere libertarse
para volver a amar.

Amor divinizado que se acerca
Amor divinizado que se va).

5

Ya no se encantarán mis ojos en tus ojos,
ya no se endulzará junto a ti mi dolor.

Pero hacia donde vaya llevaré tu mirada
y hacia donde camines llevarás mi dolor.

Fui tuyo, fuiste mía. ¿Qué más? Juntos hicimos
un recodo en la ruta donde el amor pasó.

Fui tuyo, fuiste mía. Tu serás del que te ame,
del que corte en tu huerto lo que he sembrado yo.

Yo me voy. Estoy triste: pero siempre estoy triste.
Vengo desde tus brazos. No sé hacia dónde voy.

...Desde tu corazón me dice adiós un niño.
Y yo le digo adiós.

La palabra

Nació
la palabra en la sangre,
creció en el cuerpo oscuro, palpitando,
y voló con los labios y la boca.

Más lejos y más cerca
aún, aún venía
de padres muertos y de errantes razas,
de territorios que se hicieron piedra,
que se cansaron de sus pobres tribus,
porque cuando el dolor salió al camino
los pueblos anduvieron y llegaron
y nueva tierra y agua reunieron
para sembrar de nuevo su palabra.
Y así la herencia es esta:
este es el aire que nos comunica
con el hombre enterrado y con la aurora
de nuevos seres que aún no amanecieron.

Aún la atmósfera tiembla
con la primera palabra
elaborada
con pánico y gemido.
Salió
de las tinieblas
y hasta ahora no hay trueno
que truene aún con su ferretería
como aquella palabra,
la primera
palabra pronunciada:
tal vez solo un susurro fue, una gota,
y cae y cae aún su catarata.

Luego el sentido llena la palabra.
Quedó preñada y se llenó de vidas.
Todo fue nacimientos y sonidos:

la afirmación, la claridad, la fuerza,
la negación, la destrucción, la muerte:
el verbo asumió todos los poderes
y se fundió existencia con esencia
en la electricidad de su hermosura.

Palabra humana, sílaba, cadera
de larga luz y dura platería,
hereditaria copa que recibe
las comunicaciones de la sangre:
he aquí que el silencio fue integrado
por el total de la palabra humana
y no hablar es morir entre los seres:
se hace lenguaje hasta la cabellera,
habla la boca sin mover los labios:
los ojos de repente son palabras.

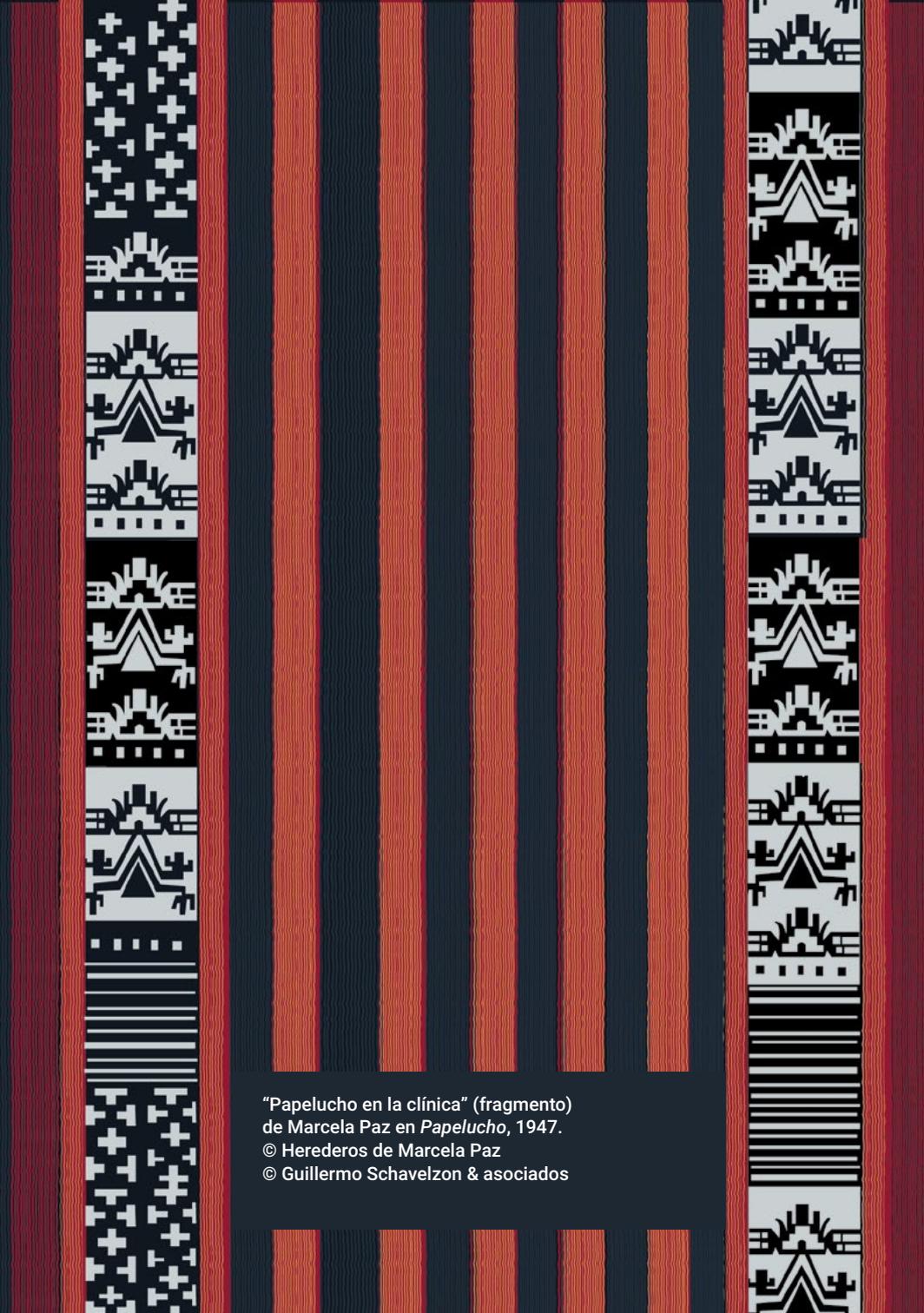
Yo tomo la palabra y la recorro
como si fuera solo forma humana,
me embelesan sus líneas y navego
en cada resonancia del idioma:
pronuncio y soy y sin hablar me acerca
al fin de las palabras, al silencio.

Bebo por la palabra levantando
una palabra o copa cristalina,
en ella bebo
el vino del idioma
o el agua interminable,
manantial maternal de las palabras,
y copa y agua y vino
originan mi canto
porque el verbo es origen
y vierte vida: es sangre,
es la sangre que expresa su substancia
y está dispuesto así su desarrollo:
dan cristal al cristal, sangre a la sangre,
y dan vida a la vida las palabras.

Pablo Neruda

Neftalí Ricardo Reyes Basoalto nació en Parral, Chile, en 1904. A los dieciséis años publicó sus primeros poemas en la revista *Claridad*. Alcanzó fama internacional con *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Los problemas económicos le indujeron a emprender la carrera consular. En España apoyó a los republicanos al estallar la guerra civil y escribió *España en el corazón*. De regreso en Chile, ingresó en el Partido Comunista y su obra experimentó un giro hacia la militancia política que culminó con la exaltación de los mitos americanos de su *Canto general*. Desde su escaño de senador utilizó su oratoria para denunciar los abusos y las desigualdades del sistema. Tal actitud provocó la persecución gubernamental y su posterior exilio en Argentina. Su prestigio internacional fue reconocido en 1971, año en que se le concedió el Premio Nobel de Literatura. El año anterior había renunciado a la candidatura presidencial en favor de Salvador Allende, quien lo nombró poco después embajador en París. Dos años más tarde, ya gravemente enfermo, regresó a Chile. De publicación póstuma es la autobiografía *Confieso que he vivido*. Murió en 1973, luego del golpe militar y la trágica muerte de Salvador Allende.





"Papelucho en la clínica" (fragmento)
de Marcela Paz en *Papelucho*, 1947.

© Herederos de Marcela Paz

© Guillermo Schavelzon & asociados

Papelucho en la clínica

Marcela Paz



Han venido treinta y siete personas a verme, y ninguna era conocida, pero ahora soy amigo de todas. Parece que soy como campeón de algo y las enfermeras, los practicantes y hasta los médicos entran al 15 y dicen: —¡Hola amigo! y me traen revistas y hasta flores. Se ve que a todos los remuerde algo de mi dolor de estómago injusto...

A mí no me gusta que me compadezcan y me quedo mudo cuando me dicen cosas. Y muchos me preguntan si me operaron la lengua. Y yo quiero estar solo para poder pensar y saber qué voy a hacer sin mi apéndice y justo cuando empiezo a pensar entra alguien.

Por fin decidí cerrar los ojos y hacerme el dormido y parece que me dormí de verdad y todo el sueño mío era como un atornillador en el hoyo que me hicieron.

Cuando desperté estaba oscuro, pero había una lucecita roja encima de mi cama. Yo tenía un calor salvaje y un hambre y una sed ídem. Miré a todos lados y no vi a nadie y me empecé a dar la furia de que estaban abusando conmigo ahí solo y a lo mejor me creían muerto y se habían ido todos... Igual que me operaron, si me volvía a dormir, a lo mejor me enterraban ¡y listo!

Entonces me bajé de la cama y salí afuera al famoso pasillo.

Todo estaba en perpetuo silencio, y las puertas con sus números y unas lucecitas rojas haciendo misterio y nadie a la vista. Pensé si sería la otra vida, o el limbo o qué sé yo... Me dolían la cabeza y el hoyo de mi apéndice, pero tenía un hambre de esas que uno se muere de verdad si no come. Así que seguí caminando por el pasillo rojo y llegué a una puerta más misteriosa porque no tenía ni número. Y la abrí. Y había un REFRIGERADOR. Era una maravilla. Adentro medio pollo y miles de cajitas y tubos de inyección y jaleas y frutas.

Me comí el pollo y armé los huesitos otra vez y los dejé ahí. Estaba rico aunque sin sal. También me comí dos peras y un pedazo de sandía que encontré. Ahora no me creerían muerto y nadie me enterraría, porque “enfermo que come no muere”.

Resulta que apenas me dije esto, se me agrandó tremendamente la cuestión del atornillador de mi no apéndice y aunque trataba y trataba de pensar en otra cosa ¡inútil!

Andando por el pasillo, bailaban las luces rojas y eso debe ser lo que llaman “ver estrellas”. Las veía y me mareaban... los números de las puertas también bailaban, ¿dónde habría un cuarto de baño? No estaba seguro si quería vomitar, pero es el colmo que en las clínicas se olviden hacer cuartos de baño.

Tuve que entrar en ese cuarto porque se dio vuelta la perilla y me fui para adentro. Había en la cama un fantasma seco y amarillito (a pesar de la luz roja), y daba miedo. Pero el fantasma sonrió y me alargó su mano de raíces:

—Angelito, ¿vienes del cielo a verme? —dijo.

—Quiero ir al baño —le expliqué apurado y él sonriendo con pocos dientes me dijo: —¡Ahí, bienvenido!— y me mostró una puerta. Entré y era un baño. ¡La suerte mía de abrir esa puerta!

Cuando salí aliviado, ya sin ver estrellas, el fantasma amarillo me llamó a su lado.

—Ven acá, ¡Bienvenido!

—Disculpe, señor, pero soy Papelucho.

—Papelucho Bienvenido —repitió—. Eres un ángel enviado a hacerme compañía en mi soledad... Yo no duermo, y se olvidó el pasado, así que no tengo en qué pensar.

—Eso se llama “magnesia” —le dije—. De repente alguien va a descubrir quién es usted. ¿Está operado?

—No. En realidad no sé... acércate.

Me acerqué y lo vi tan amarillito al caballero, con su pellejito tan pegado a la calavera, que me di cuenta de que tenía miles de años. Así que entonces lo reconocí, y no era raro que se le hubiera olvidado su nombre si era tan requeteviejo.

—¿Le gustaría saber quién es usted? —le pregunté—. Porque yo creo que puedo ayudarlo.

—Me gustaría —dijo— y también me gustaría ser niño y sano como tú.

—Yo no soy sano —le contesté— soy OPERADO y me duele bastante mi herida.

—A ver si me dices quién soy —dijo cerrando sus ojos de fantasma.

—Yo creo que usted es Elías. El profeta Elías —le dije—. El que se fue en el carro de fuego, ¿se acuerda?

—Claro que me acuerdo... ¿De modo que soy Elías? Ya pensaba yo que no era un cualquiera. Pero, ¿por qué estoy aquí?

—Tal vez se ha caído del carro... o bien ya llegó la hora de que vuelva a la tierra. Y como hace tanto tiempo que se fue, ya no conoce a nadie. Hay pura gente nueva.

Él decía que sí con la cabeza como tratando de aprender una lección, y no me daba miedo de que fuera un fantasma, porque el profeta Elías es alguien bien conocido en la Historia Sagrada.

Marcela Paz

Esther Huneeus Salas nació en Santiago en 1902. Su primer cuento, *En el país de Faberfand*, lo escribió a los 7 años. Marcela Paz, seudónimo adoptado en honor a la escritora Marcella Auclair y la palabra Paz, inició su producción literaria en 1927 con *Pancho en la luna*, obra que recibió el premio del Concurso Sanidad. Se desempeñó como directora de la revista *Pandilla* y de la Editorial Zig-Zag. En 1933 publicó *Tiempo, papel y lápiz*. Más tarde publicó *Soy colorina*, obra que fue galardonada con el premio Club Hípico. En 1947 recibió el premio Los Andes y el premio de honor de la Editorial Rapa Nui por *Papelucho*, obra fundamental en la literatura infantil de Chile. Recibió el Diploma de Mérito, concedido por el Congreso Internacional de IBBY que la incluyó en la Lista de Honor Hans Christian Andersen en 1968. El Premio Nacional de Literatura le fue otorgado en 1982, transformándose así en la tercera mujer en recibir este galardón. Desde 1985, año de su fallecimiento, se instauró el Concurso de Literatura Juvenil Marcela Paz, que se realiza cada dos años.





"Antigua vida mía" (fragmento) de Marcela Serrano
en *Antigua vida mía*, Editorial Alfaguara, 1995.

© Marcela Serrano

© Guillermo Schavelzon & asociados

Antigua vida mía (Fragmento)

Marcela Serrano

Primera Parte

FIN DE FIESTA

(Según el grabado de José Clemente Orozco.
Hospicio Cabañas, Guadalajara)

1.

Hoy cayó el muro de Berlín.

Todo ha comenzado este 9 de noviembre de 1989, con la caída del muro. ¿Cómo sospechar cuánto más se derrumba con él?

Fue lo que dijo Violeta Dasinski ese día.

Debí ser testigo, si hubiese estado más atenta.

Su mirada en la fotografía ofrece un desamparo que no he advertido hasta ahora. Como si su conciencia se disolviese en sus ojos.

La fecha del inicio público de la vida de Violeta Dasinski fue el día que apareció su nombre en la primera página de los diarios, el 15 de noviembre de 1991.

Fui despertada, de golpe llegaron el fin de los sueños y el comienzo de la memoria. Bruscamente volví atrás, retomando el recuerdo previo al largo paseo del inconsciente. Andrés me traía el desayuno y, en la bandeja, el diario de la mañana. Entonces la vi.

Escruté ese rostro en la fotografía. Pero es otra la Violeta que me persigue: la escarcha fucsia sobre su máscara de arlequín –¿payaso o Pierrot?– y las manos del maquillador transformándola en la tristeza veneciana, confetti dorado y rojo sobre su cuello.

Yo tenía una tarea.

Tomé las llaves del auto y partí.

—Va a estar toda la prensa, Josefa. ¡No lo hagas!—. Andrés no disimulaba su preocupación.

—No tengo alternativa.

—Entonces voy yo.

—No, este es un asunto mío con Violeta.

A medida que avanzaba hacia el barrio de Ñuñoa, un escalofrío se iba deslizado por mi cuerpo. Al enfilar por la calle Gerona para estacionar frente a la casa de Violeta, vi a dos policías resguardando la puerta de entrada. Efectivamente, toda la prensa estaba allí, al acecho.

Reconocerme pareció darles nuevos bríos, y como una avalancha se lanzaron sobre mí. Los dos policías salieron en mi defensa. Uno me tomó del brazo.

—¡Pero si es usted! ¿Y qué viene a hacer aquí?

—Quiero entrar, tengo que hablar con su hija.

—La casa está vacía. A la niña se la llevaron.

—Por favor, déjeme entrar. Soy amiga de la familia. Necesito sacar algo —el carabinero me miró perplejo—. Son cosas mías, las dejé aquí hace unos días y no quiero que vayan a parar a manos ajenas... —mientras yo bajaba el tono, la perplejidad crecía en su mirada—. Sea bueno...

No me cupo duda de que su deseo era franquearme la entrada, pero le complicaba hacerlo. Miró a su compañero. Este mantenía a raya a los periodistas, que no se daban por vencidos y trataban —a gritos— de hacerme preguntas.

—Venga usted conmigo —le propuse—, así podrá comprobar que no tengo malas intenciones.

—No creo eso, señora. Vamos, por ser usted... La acompaño.

Avancé, sintiendo los pasos del carabinero a mis espaldas e intuendo su curiosidad: casi podría haberla tocado. Ya en el interior de ese largo oscuro corredor ñuñoíno —todas las persianas cerradas—, me dirigí sin titubear al fondo, a la galería. El sol de la mañana entraba sin pedir permiso por los miles de pequeños vidrios del ventanal. Detrás de ellos, el nostálgico patio solo. Me sobresalté, como si Violeta estuviera esperándome sentada en el floreado sillón de lino. En el aire, algo de sus inciensos, de sus velas perfumadas. Es que Violeta y esa galería eran la misma cosa, una le traspasaba su sentido a la otra, asimilándose, fundiéndose. Pero por cierto, ella no estaba.

En el costado derecho, apoyado contra el grueso muro verde, reposaba el baúl. La caja rectangular, de mimbre barnizado entre

castaño y amarillo, hacía frente a los mil vidrios y me aguardaba. “Mi abuela Carlota lo salvó del terremoto de Chillán”, me había contado muchas veces Violeta, como si yo no lo supiera. Lo abrí con prisa —nunca funcionó su llave— y hurgué en aquel orden desordenado: libros, libretas, blocks, impresos, dibujos. Mi mente trabajaba: dónde están, no puede registrarlo todo, se supone que son míos, que debo saber... Los vi, eran varios cuadernos desiguales, atados con un simple cordón. Y sobre ellos, un gran cuaderno empastado en cuero marrón. Si no se lo hubiese regalado yo misma, difícilmente habría podido reconocerlo. Lo tomé resuelta y el carabinero pareció aliviado.

—¿Eso es todo?

Vacilé. ¿Y los otros, estaban amarrados?

Un solo cuaderno en mis manos parecía inofensivo, creíble, un objeto que yo misma hubiese olvidado. Pero, ¿todos los demás? No tenía corazón para dejarlos allí. Se lo debo a Violeta, me dictó la culpa, envalentonándome.

Los tomé.

—Esto es todo —lo miré, asertiva, mientras trataba de amoldar todo aquel bulto dentro de mi bolso.

—Señora... —titubeaba el pobre, su mirada oscura yendo del bolso a mis ojos, de mis ojos al bolso. Entonces hice algo impropio de mi carácter: le ofrecí un autógrafo. Aquella mirada oscilante se iluminó.

Avancé hasta el escritorio de Violeta. Por principio, ella siempre tenía papel fresco en la mano. Al lado de la resma descansaba un libro abierto en la página 90.

Luego de preguntarle al policía por su nombre de pila, le dediqué un largo y cariñoso saludo.

Mi salida fue triunfal. (Pobre Andrés, ¿cómo explicarle que él no lo había conseguido?). Tan concentrada había estado en mi tarea que había olvidado a la prensa. Me dio una rabia tremenda cuando, al cruzar el portón, sentí el calor de los focos en la cara: la televisión había llegado. Le pedí sin vacilar al carabinero, con su autógrafo en el bolsillo, que me escoltara hasta el auto: yo no tenía nada que declarar.

A las tres cuerdas mi aparente prestancia se derrumbó. Es que al acercarme al escritorio de Violeta había leído la página 90 de

ese libro abierto. No pude dejar de hacerlo. Supongo que fue lo último que Violeta leyó. Aquellos dos párrafos, subrayados con línea insegura y en tinta café, me sobrecogieron.

La página era "Poem of Women", de Adrienne Rich. Ay, Violeta, no fue mi deseo afanarme en el desencuentro. No, créeme que no elegí ser esa testigo desatenta de lo que estaba pasando.

Puedo reproducir lo subrayado, me lo sé de memoria:

*And all the limbs of a woman plead for the ache of birth.
And women come sown to lie sick sheep
By the wells –to heal their bodies–,
Their faces blackened with year long thirst for a child's cry*

...

*and pregnant women approach the white tables of the hospital
with quiet steps
and smile at the unborn child
and perhaps at death.*¹

Violeta, dime que tu sonrisa fue para el niño no nacido, pero no me lo digas si fue para la muerte.

Es que durante el sueño había vuelto a mí una imagen olvidada. Esta imagen estableció, en ese difícil momento del despertar, una relación entre el presente y la víspera. Andrés apareció con el diario. Comencé a adaptarme a esta nueva realidad cuando sentí la puntada en la sien, no antes.

Una imagen de la infancia.

Violeta llegando a mi casa con una caja de cartón en las manos. Era bastante grande y el leve temblor de su cuerpo delataba el esfuerzo que había hecho para sostenerla, cuidadosamente, durante el recorrido en micro de su casa a la mía.

¹ Y el cuerpo entero de la mujer suplica por el dolor del parto. / Y entonces bajan ellas, las mujeres, cual ovejas heridas, / buscando la sanación de sus cuerpos –junto a los pozos–, / sus rostros ensombrecidos por la larga y sedienta espera del llanto de un recién nacido. / (...) y las mujeres encinta se acercan a las blancas camillas del hospital / con pasos silenciosos / y le sonríen al niño aún no nacido / y le sonríen, acaso, a la muerte.

—¿Me la puedes guardar? —sus ojos de niña, interrogantes y recelosos a la vez.

Con el mismo resquemor con que se entrega un botín en custodia, estiró sus manos depositando la caja en las mías.

—¿Cuál es el lugar más tuyo de toda tu casa, donde no llegue nadie más que tú?

Tan serias sonaban sus palabras, que hice un esfuerzo para responder a su altura.

—Mi cama.

—Ya. Vamos.

Subimos silenciosas hasta mi habitación. Me quitó la caja y ella misma la metió debajo de la cama.

—Listo.

Se disponía a partir cuando le pedí una explicación.

—Mañana es la famosa mudanza y sé que nadie va a respetar mis cosas. Los grandes creen que son cachivaches. Por eso quiero que tú guardes todos mis tesoros hasta que pase el peligro, cuando hayan arreglado la casa nueva. Así, nadie puede botarlos. Al irse me clavó la mirada.

—Me los vas a cuidar, ¿verdad, Josefa?

Al día siguiente me abordó en el primer recreo.

—¿Dormiste sobre mis papeles? ¿Nadie los ha tocado?

—¿Son papeles? —pregunté asombrada. No me había prohibido abrir la caja, pero fue como si lo hiciera, a pesar de mi curiosidad no me atreví—. ¿No me dijiste que eran tesoros?

Me miró entre arrogante y sorprendida.

—Sí, son tesoros.

Transcurrida una semana, le recordé la caja.

—No, no me la devuelvas ahora. Yo te aviso cuándo.

Pasado el tiempo que consideró prudente, fue a recogerla. La acompañé al paradero del bus. Iba muy concentrada. Cuando nos despedimos, me dijo:

—Este es un acto de confianza muy grande. Serás mi amiga de toda la vida.

Violeta siempre escribió. ¿Diarios? Ella no los llamaría así. Apuntes. "Para ordenarme la cabeza", decía. Era fácil contentarla. De cada viaje yo le traía algún cuaderno bonito. Notebooks, but not golden.

Recuerdo uno con la fotografía de Virginia Wolf en la portada.

Otro en cuyo cartón reluciente se producía el Senecio de Paul Klee. Y los que se forraban con telas de colores, esos eran sus favoritos. Sus páginas vírgenes, suaves, incitadoras como el cuerpo de una joven para un hombre maduro, decía Violeta al pasar sus manos por ellas.

Los pistachos y los cuadernos: fácil Violeta para regalar. No me exigía concentración.

Los acumulaba. Su letra era muy grande, bonita, desordenada y generosa. Los consumía rápido, más aún si llegaba a sus manos en algún momento de crisis. Me atrevería a afirmar que durante su matrimonio con Eduardo llenó más cuadernos que en el resto de su vida.

Logré salvarlos. No resistí la idea de ver su intimidad en manos de la prensa o la policía, a cuál de ambas más despiadada. Es que fue tan casual ese día, hace un par de meses... Estábamos en la galería –nunca se estaba en otro lugar con Violeta, dentro de su casa– y ella interrumpió la conversación al mirar el baúl, como si recordara algo que temía olvidar pronto:

—Sabes, ya no retengo nada. No sé qué le pasa a mi pobre cabeza, el día que estalle encontrarán adentro miles de cuadraditos con anotaciones de todo lo que no debía olvidar, las mil estupideces diarias. Para eso solamente parece estar la cabeza, o al menos la mía... y detrás de los cuadraditos aparecerá un polvo negro que será la medida del esfuerzo que he hecho por acordarme de una de esas cosas. Y créeme que habrá más polvo que cuadrados...

—¿Y qué es lo que no tienes que olvidar de ese baúl?

—Ah, sí. Eso... si me pasa algo, Josefa imagínate que me muerro sin aviso, un ataque en plena calle, cualquier cosa: mis diarios están en el baúl. Por favor, haz algo con ellos, protégelos.

Me reí.

—¿Para qué los escribes, entonces?

—Porque no puedo dejar de hacerlo, es mi único orden posible.

¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo.

—Ya, despachado: una variable menos. Tantas veces me he dicho: tengo que pedirle a Josefa... Luego te veo y se me olvida. ¿En qué estábamos? Ah, en la Pamela. Sigue contándome.

No necesité mirar los diarios a la mañana siguiente: las llamadas telefónicas de innumerables periodistas me lo hicieron suponer. Era *mi* fotografía esta vez, entrando en la casa de Violeta, y la prensa haciendo conjeturas sobre nuestra relación.

¿Qué hacía yo ahí? Esa era la gran pregunta.

Nada que responder. No acepté que me pasaran ni un solo llamado. Si en tiempos normales no los tolero, mucho menos ese día. Me encerré en el estudio. Ni a los niños les abrí la puerta.

Le pedí a Andrés que llegara temprano y se hiciera cargo... La casa entera vibra, convulsionada. Estamos todos igualmente inquietos. Hago esfuerzos para disimular.

Tengo que acomodar un lugar para Jacinta entre nosotros.

Me sorprende cómo se repite la historia: mi mamá trajo a Violeta a nuestra casa cuando éramos niñas. Bueno, las circunstancias eran distintas, aunque no debo suponer que el abandono en que se debate ahora Jacinta sea mayor que el de Violeta en esa época.

Tarde o temprano tendré que declarar.

¿De qué hablaré? ¿De la infancia? ¿Del colegio?

¿De los anteojos celestes con marco de carey, alargados en sus puntas? No, no basta. Voy a tener que hablar sobre la fiesta de disfraces, sobre el atraso de Violeta esa noche, cuando mi maquilador la convirtió en ese precioso payaso de cara fucsia. Y sobre el gin. También sobre su temor:

Josefa, avisale tú, me atrasé tanto, Eduardo se va a enojar.

Pero no basta. La única defensa posible sería hablar sobre el último bosque, el lugar aquel para guarecerse, el sueño de Violeta. Y sobre la casa del molino. Sí, es lo único de lo que debo hablar.

Contar la historia de una mujer.

Una mujer es la historia de sus actos y pensamientos, de sus células y neuronas, de sus heridas y entusiasmos, de sus amores y desamores. Una mujer es inevitablemente la historia de su vientre, de las semillas que en él fecundaron, o no lo hicieron, o dejaron de hacerlo, y del momento aquel, el único en que se es diosa. Una mujer es la historia de lo pequeño, lo trivial, lo cotidiano, la suma de lo callado. Una mujer es siempre la historia de muchos hombres. Una mujer es la historia de su pueblo y de su raza. Y es la historia de sus raíces y de su origen, de cada mujer que fue alimentada por la anterior para que ella naciera:

Una mujer es la historia de su sangre.

Pero también es la historia de una conciencia y de sus luchas anteriores. También una mujer es la historia de su utopía.

Violeta.

Esta quisiera ser la historia de Violeta, si la mía no se entretijera tanto con la de ella. Pero nuestras biografías no me permiten la distancia necesaria. Tampoco algunas marcas comunes, como el sentido de la pérdida, el de la exclusión y cierto desprecio por lo opaco.

Probablemente, ella definiría su vida como una historia de pasión. Sin embargo, si extendiendo la mirada, creo que no, no es solo la pasión. La historia de Violeta es una historia de añoranza.

Marcela Serrano

Es una de las figuras más destacadas de la nueva narrativa de su país y de América Latina. Nació en Santiago de Chile en 1951. Estuvo siempre comprometida con la realidad política de su país, siendo militante de la izquierda y defensora de las reivindicaciones feministas. Tras el golpe de Estado se exilió en Roma. A su regreso a Chile, en 1977, trabajó en diversos ámbitos de las artes visuales, ganando un premio del Museo de Bellas Artes por un trabajo acerca de las mujeres del sur de Chile. Su primera novela, *Nosotras que nos queremos tanto*, fue la ganadora del Premio Sor Juana Inés de la Cruz y del premio de la Feria del Libro de Guadalajara de México a la mejor novela hispanoamericana escrita por una mujer. Más tarde publicó *Para que no me olvides* que obtuvo el Premio Municipal de Literatura en Santiago de Chile. Escribió *Antigua vida mía* y *El albergue de las mujeres tristes*. Tras múltiples ediciones de las anteriores, publicó la novela negra *Nuestra señora de la soledad*.



Paraguay





Feliciano Acosta Alcaraz "La vida de Ca'í - La pulseada de Ca'í y Carayá" (bilingüe)
en la serie guaraní tomo 1 *Ka'í REKOVEKUE*, SERVILIBRO, Asunción, 2010.

La vida de Ca'í

La pulseada de Ca'í y Carayá

Feliciano Acosta Alcaraz

Se dice por ahí que el mono Carayá siempre se está escarbando la nariz. Del monito Ca'í, en cambio, se dice que le gusta mucho rascarse. También que ninguno de los dos puede aguantarse de hacerlo. Una vez se encontraron los dos cerca de una capuera. Se saludaron y después dijo Ca'í:

—Vamos a jugar a quién puede aguantarse por más tiempo, amigo Carayá.

—Eh, ¿qué querés decir con eso?

—Y vos siempre te estás tocando la nariz y a mí me gusta mucho rascarme. Los dos vamos a procurar atajarnos.

—Bueno, listo, vamos a jugar —se entusiasmó Carayá.

Estuvieron sentados uno delante del otro un buen rato; se miraban el uno al otro, muy serios los dos. En eso empezó Carayá:

—¿Qué vas a hacer, amigo Ca'í, si de aquí nos sale un perro y de allá su dueño? —dijo Carayá fregándose la nariz de acá para allá para indicar lo que decía.

—Nada —contestó rápido Ca'í— saco de aquí el cuchillo y de acá el revólver —dijo mostrando y rascándose de paso.

Ka'í rekove kue (Guaraní)

Ka'í ha Karaja oñombohovakéramoguare

Feliciano Acosta Alcaraz

Oje'éniko upérupi Karaja oñetĩkytývonte oikoha. Ka'íre katu oje'e oñehe'yise etereiha. Mokõivévaje ndaikatúi ojejoko.

Peteĩ jeýje ojojuhu hikuái kokue akâme. Ojoguero hory rire ndaje Ka'í osê he'i:

—Ñaha'ãna ojejokovéva, che irũ Karaja.

—He, he, mba'éiko aipóva —oporandu Karaja.

—Ha nde niko reikytyvo ne tĩnte reiko ha che katu añe-he'yise eterei. Mokõivéva ñañeha'ãta jajejoko.

—E'a, jatu'u katu hese —ikyreyy Karaja.

Oguapy ojavái are porã. Oma'ẽ ojuehe hovasy guasu mokõivéva. Upeichahágui osoro Karaja:

—Mba'épa rejapóne, che irũ Ka'í, águio osêrõ ñandéve jagua, ha péguio ijára - he'i Karaja oñetĩkytyvo.

—Mba'ëve —ombohovái pya'e Ka'í —anohe águio che kyse ha águio che mboka —he'i oñehe'yinguévo.

Feliciano Acosta Alcaraz

Nació en Concepción en 1943. Cursó sus estudios primarios y secundarios en su ciudad natal. Licenciado en Lengua Guaraní por el Instituto de Lingüística Guaraní (nivel medio), Licenciado en Lengua Guaraní por el Instituto Superior de Lenguas de la Universidad Nacional de Asunción. Fue director de la Revista bilingüe *Ñemity*. Miembro de número de la Academia de la Lengua Guaraní, de la cual actualmente es vicepresidente.





**“Atardecer” de Ramiro Domínguez
en *El primo Juan*, SERVILIBRO, Asunción, 2009.**

Atardecer

Ramiro Domínguez

A la vuelta de los años, Juan se muestra un viejo gruñón, muy poco dispuesto a comprender las extravagancias de la así llamada “nueva onda”, pero siempre abierto a aceptar el lado positivo de las cosas.

Le rodean su hija y un perro fiel, con el pequeño repertorio de los amigos que se congregan con él en largas ceremonias para poner aceite a las lámparas del recuerdo.

Con temblorosa mano, va hojeando las amarillas páginas de su memoria, con el pudor de no profanar entrañables nombres que ya apenas levantan su voz desde la tumba. En todo caso, la muerte es ya para él una confidente amable que le aguarda impaciente todas las tardes, y acoge sus soliloquios empapados de nostalgias de Dios.

Le he preguntado más de una vez si se siente a gusto en el quehacer diario, a lo que me responde y con sorna, que como a viejo músico de aldea, solo le quedan la postura y el compás. Un obstinado optimismo lo mantiene adicto a un catálogo de valores que fueron siempre el puerto seguro de todos sus naufragios y el norte abierto a las más disparatadas aventuras.

Entre tanto, su hija ha formado su propio hogar, y con el marido se esmeran en atender a la crianza de sus tres hijos pequeños, que atiborran de paños húmedos y alegre bullicio todos los espacios de la casa. Juan al verlos suele quedar absorto en los caminos posibles de sus vidas.

La última vez que lo vi, todavía abrigaba la esperanza de ver reverdecer la planta de jazmín-paraguay que ha rescatado en su balcón, y aún se enreda en un lenguaje poético que parece no querer abandonarlo. Como excusa a sus impertinencias, suele jactarse de que un privilegio que les queda a los viejos es pasar por alto la fórmula cortesana de observar buenos modales. Echando cuentas, encuentra que su vida, amén de tantas peri-

pecias, ha sido por demás generosa con él, prodigándole toda suerte de beneficios y el retorno afectuoso de quienes alguna vez se cruzaron en su camino.

Ramiro Jesús Domínguez Codas

Docente, escritor, abogado, dramaturgo, ensayista, sociólogo, poeta y antropólogo paraguayo. Miembro de la generación de 1950, es considerado uno de los mejores poetas paraguayos de los últimos años. Graduado en Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Asunción, fue miembro también de la Comisión Nacional de Bilingüismo hasta su fallecimiento.





**“La cita” de Augusto Roa Bastos
en *Cuentos completos*, tomo 4, SERVILIBRO, Asunción, 2012.**

La cita

Augusto Roa Bastos

Frente al portón del parque le volvió a asaltar la misma duda. ¿Dónde era? ¿Qué sitio había sido el elegido? La duda le proponía un problema insoluble. Por cualquier camino, su pensamiento llegaba siempre a este espacio en blanco, imposible de llenar. Trató de prescindir de ese engranamiento de asociaciones que le fallaba invariablemente al llegar a un punto fuera de su voluntad. Procuró entonces abrirse paso a través de sus sensaciones. El mismo resultado negativo. El mismo límite invulnerable. Había una finísima lámina aisladora interpuesta entre la hora de la cita y el sitio fijado para el encuentro. Podía recordar claramente la primera. Lo segundo era un misterio.

Este parque... Sí, tal vez este parque... Tenía que ser este parque... Allí a la entrada, en la segunda rotonda de la izquierda, junto al pequeño estanque.

El penetrante olor de aquellos nenúfares blanquecinos descomponiéndose a flor del agua verdosa acudió a él. Lo aspiró con ansia. Se aferró a ese olor persistente para recordar.

Miró a la garza, inmóvil, casi apoyándose contra el montículo de césped. Sí. Aquí debía de ser... aquí tenía que ser. Pero cuando quería vincular todo esto al recuerdo de la cita, el parque quedaba vacío, sin vida, desconocido.

Era necesario recordar, sin embargo. La hora de la cita iba llegando aceleradamente. Apenas restaban unos instantes. ¡Cuál era el lugar, Dios mío!

Trajo todas las palabras de ella. Las despertó de donde dormían. Las acumuló como gemas preciosas sobre el terciopelo oscuro de su recuerdo.

Tras las palabras llegó hasta los labios de ella. Pudo contemplar con los ojos cerrados como volvían a moverse dulce, deliciosamente, para pronunciarlas una por una, como él las había oído, inclinándose un poco hacia donde se inclinan los sueños...

Pero también los labios de ella se detenían en el momento preciso de decir el lugar de la cita. Se desdibujaban repentinamente y las palabras y la voz morían un brevísimo instante, o esculpían un signo indefinible, duro, fatal, sobre esa misma superficie en blanco que él no podía descifrar de ningún modo.

¡Pronto! Era necesario saberlo ahora mismo.

¡Dónde, Dios mío, dónde... dónde!

Sobre sus muñecas temblorosas el tic-tac de su reloj-pulsera con fuerza prodigiosa le arrastraba hacia lo irreparable. Latido a latido...

Tenía que verla. Pero... ¡dónde! Ella se iba a perder para siempre si no la veía ahora... Aquí, por última vez o nunca más..., nunca más.

Echó a andar. La vida o la muerte divididas por esa hoja delgada, opaca, invulnerable.

La vida o la muerte ahora, a cada paso. El sendero lleno de sombra empezó a desenvolverse ante él; empezó a arrastrarlo, poco a poco, cada vez más rápido.

El tic-tac del reloj-pulsera se trasladó a sus sienes, a su garganta, a su corazón, a sus pasos. Le atenaceó con sus dos leves, pero metálicos dedos acorazados de tiempo... Tic... tac... Un paso y otro...

¡Ah!, este banco, en una curva del sendero. Un rústico banco de ramas trabadas. Es preciso huir de su tentación, correr más ligero... salir de este parque..., buscarla a ella en otro sitio. Pero el parque gira como un carrusel sombrío. Es inútil correr... El banco aparece una y otra vez ofreciendo su tremenda tentación de descanso al que corre y no puede huir.

Las ramas del banco sacan una sombra neblinosa por sus cortezas aserradas.

Por sus muñones pulidos también empieza a retoñar la neblina que se esparce por todo el parque...

¡A correr...! Otro recodo y otro... Otro más.

La curva otra vez, y otra vez el banco, en el mismo sitio. La música metálica del tic-tac, más rápida. El sendero se despereza ahora en una distancia inacabable. Allá, en el fondo hay un boquete vagamente luminoso, como la salida de un túnel, cada vez más lejano, cada vez menos luminoso. ¡Y la desesperada carrera

impotente para alcanzarlo, para acercarse a esa vaga salida! Y el banco siempre en la misma curva, con sus ramas manando niebla..., niebla...

Es preciso huir. Una vez más es preciso intentarlo.

¡En este parque, no! Ella está esperando en otro sitio más claro, más tibio..., lejos de aquí, y la hora ya ha llegado... Pero ella tal vez pueda esperar un poco más...

Voy a correr..., voy a salir de aquí por esa claraboya tan distante... ¡Espérame... espérame! ¡Oh!..., el banco de nuevo. Me llama, me atrae, me está inoculando un sueño extraño... ¡Oh, qué cansado me siento... qué cansado! Me atrae, me voy a sentar... ya no puedo más... Me caigo de sueño... Aquí estoy... Ven, me muero de sueño... Quiero dormir en tus brazos, en tus brazos... ¡Qué suave y blando es este banco...! ¡Ah...! Ya no podría levantarme nunca más de aquí... Me rodean dos gruesas ramas que echan por las cortezas mucha niebla... Son como los brazos del banco... ¡Infinitamente suaves, infinitamente poderosos...! ¡Todo un bosque ha crecido a mi alrededor!

¡Oh, tú! Avanzas por el sendero... ¡Por fin! ¡Has llegado! Tu paso es fino, rápido y flexible... Eres hermosa... Estás más hermosa que nunca... Te veo entre la niebla... Pareces la luna... Te rodea un oleaje azulado, una anilla mágica en torno a tu cuerpo divino...

Tus ojos preguntan... Siento que indagan por mí... Te detienes...

Contempla el banco fijamente... No ves nada... No puedes ver nada... Luego giran tus miradas por todo el parque... Tampoco puedes verme... Te llamo... Grito tu nombre... No me escuchas. Sin embargo, un pequeño murmullo ha llegado a tus oídos... Te das vuelta. Sientes que alguien te ha llamado... Nadie... Quizás el aire frotándose en la corteza de los árboles... Miras por última vez, levemente irritada... Encoges levemente los hombros... Miras tu pequeño reloj-pulsera... Te alisas el pelo y vas a marcharte... La niebla deja caer su antifaz de raso gris sobre tu rostro... Te llamo aún, débilmente... Te alejas... No me oyes... Tu paso vuelve a ser rápido, suave, flexible, como el andar de la luna... Te llamo todavía... No me oyes... No puedes oírme... Estoy muy lejos... Has llegado a la claraboya distante... La vas a traspasar ahora... Tu silueta traspone la indecisa y lejana salida... Tu silue-

ta la atraviesa... Has atravesado mi propia vida, como la espina perfora un pétalo moribundo... Has atravesado la fina lámina que me impedía recordar... ¡Y ahora recuerdo! La cita contigo era aquí..., aquí... aquí...

Augusto José Antonio Roa Bastos

Nació en el año 1917 en Asunción. Fue uno de los grandes narradores latinoamericanos. Enfermero voluntario durante la etapa final de la Guerra del Chaco contra Bolivia. En 1947 debió exiliarse en Buenos Aires donde sobrevivió con trabajos muy diversos y dio a conocer buena parte de su obra. En 1976 la dictadura lo obligó a abandonar la Argentina. En Francia enseñó literatura y guaraní. Algunas de sus obras más notables: *El trueno entre las hojas*, *Hijo de hombre*, *Yo el Supremo*, *Los pies sobre el agua*. Fue merecedor de prestigiosos premios y condecoraciones, entre las que se destacan el Concurso Internacional de Novelas Editorial Losada, Premio de las Letras Memorial de América Latina y el Premio Cervantes. Falleció en su ciudad natal, el 26 de abril de 2005, a los 87 años de edad.



.....



.....

Uruguay





“Los pocillos” de Mario Benedetti en *Montevideano*
© Mario Benedetti
© Guillermo Schavetzon & asociados



Los pocillos

Mario Benedetti



Los pocillos eran seis: dos rojos, dos negros, dos verdes, y además importados, irrompibles, modernos. Habían llegado como regalo de Enriqueta, en el último cumpleaños de Mariana, y desde ese día el comentario de cajón había sido que podía combinarse la taza de un color con el platillo de otro. “Negro con rojo queda fenomenal”, había sido el consejo estético de Enriqueta. Pero Mariana, en un discreto rasgo de independencia, había decidido que cada pocillo sería usado con su plato del mismo color.

“El café ya está pronto. ¿Lo sirvo?”, preguntó Mariana. La voz se dirigía al marido, pero los ojos estaban fijos en el cuñado. Este parpadeó y no dijo nada, pero José Claudio contestó: “Todavía no. Esperá un ratito. Antes quiero fumar un cigarrillo”. Ahora sí, ella miró a José Claudio y pensó, por milésima vez, que aquellos ojos no parecían de ciego.

La mano de José Claudio empezó a moverse, tanteando el sofá. “¿Qué buscás?”, preguntó ella. “El encendedor”. “A tu derecha”. La mano corrigió el rumbo y halló el encendedor. Con ese temblor que da el continuado afán de búsqueda, el pulgar hizo girar varias veces la ruedita, pero la llama no apareció. A una distancia ya calculada, la mano izquierda trataba infructuosamente de registrar la aparición del calor. Entonces Alberto encendió un fósforo y vino en su ayuda. “¿Por qué no lo tirás?” dijo, con una sonrisa que, como toda sonrisa para ciegos, impregnaba también las modulaciones de la voz. “No lo tiro porque le tengo cariño. Es un regalo de Mariana”.

Ella abrió apenas la boca y recorrió el labio inferior con la punta de la lengua. Un modo como cualquier otro de empezar a recordar. Fue en marzo de 1953, cuando él cumplió 35 años y todavía veía. Habían almorzado en casa de los padres de José Claudio, en Punta Gorda, habían comido arroz con mejillones, y después se habían ido a caminar por la playa. Él le había pasado un brazo

por los hombros y ella se había sentido protegida, probablemente feliz o algo semejante. Habían regresado al apartamento y él la había besado lentamente, amorosamente, como besaba antes. Habían inaugurado el encendedor con un cigarrillo que fumaron a medias.

Ahora el encendedor ya no servía. Ella tenía poca confianza en los conglomerados simbólicos, pero, después de todo, ¿qué servía aún de aquella época?

“Este mes tampoco fuiste al médico”, dijo Alberto.

“No”.

“¿Querés que te sea sincero?”.

“Claro”.

“Me parece una idiotez de tu parte”.

“¿Y para qué voy a ir? ¿Para oírle decir que tengo una salud de roble, que mi hígado funciona admirablemente, que mi corazón golpea con el ritmo debido, que mis intestinos son una maravilla? ¿Para eso querés que vaya? Estoy podrido de mi notable salud sin ojos”.

En la época anterior a la ceguera, José Claudio nunca había sido un especialista en la exteriorización de sus emociones, pero Mariana no se ha olvidado de cómo era ese rostro antes de adquirir esta tensión, este resentimiento. Su matrimonio había tenido buenos momentos, eso no podía ni quería ocultarlo. Pero cuando estalló el infortunio, él se había negado a valorar su amparo, a refugiarse en ella. Todo su orgullo se concentró en un silencio terrible, testarudo, un silencio que seguía siendo tal, aún cuando se rodeara de palabras. José Claudio había dejado de hablar de sí.

“De todos modos deberías ir”, apoyó Mariana. “Acordate de lo que siempre te decía Menéndez”.

“Cómo que no me acuerdo: Para Usted No Está Todo Perdido. Ah, y otra frase famosa: La Ciencia No Cree En Milagros. Yo tampoco creo en milagros”.

“¿Y por qué no aferrarte a una esperanza? Es humano”.

“¿De veras?”. Habló por el costado del cigarrillo.

Se había escondido en sí mismo. Pero Mariana no estaba hecha para asistir, simplemente para asistir a un reconcentrado. Mariana reclamaba otra cosa. Una mujercita para ser exigida con mucho tacto, eso era. Con todo, había bastante margen para esa

exigencia; ella era dúctil. Toda una calamidad que él no pudiese ver; pero esa no era la peor desgracia. La peor desgracia era que estuviese dispuesto a evitar, por todos los medios a su alcance, la ayuda de Mariana. Él menospreciaba su protección. Y Mariana hubiera querido –sinceramente, cariñosamente, piadosamente– protegerlo.

Bueno, eso era antes; ahora no. El cambio se había operado con lentitud. Primero fue un decaimiento de la ternura. El cuidado, la atención, el apoyo, que desde el comienzo estuvieron rodeados de un halo constante de cariño, ahora se habían vuelto mecánicos. Ella seguía siendo eficiente, de eso no cabía duda, pero no disfrutaba manteniéndose solícita. Después fue un temor horrible frente a la posibilidad de una discusión cualquiera. Él estaba agresivo, dispuesto siempre a herir, a decir lo más duro, a establecer su crueldad sin posible retroceso. Era increíble cómo hallaba a menudo, aún en las ocasiones menos propicias, la injuria refinadamente certera, la palabra que llegaba hasta el fondo, el comentario que marcaba a fuego. Y siempre desde lejos, desde muy atrás de su ceguera, como si esta oficiara de muro de contención para el incómodo estupor de los otros.

Alberto se levantó del sofá y se acercó al ventanal.

“Qué otoño desgraciado”, dijo. “¿Te fijaste?”. La pregunta era para ella.

“No”, respondió José Claudio. “Fijate vos por mí”.

Alberto la miró. Durante el silencio, se sonrieron. Al margen de José Claudio, y sin embargo, a propósito de él. De pronto Mariana supo que se había puesto linda. Siempre que miraba a Alberto se ponía linda. Él se lo había dicho por primera vez la noche del 23 de abril del año pasado, hacía exactamente un año y ocho días: una noche en que José Claudio le había gritado cosas muy feas, y ella había llorado, desalentada, torpemente triste, durante horas y horas, es decir, hasta que había encontrado el hombro de Alberto y se había sentido comprendida y segura. ¿De dónde extraería Alberto esa capacidad para entender a la gente? Ella estaba con él, o simplemente lo miraba, y sabía de inmediato que él la estaba sacando del apuro. “Gracias”, había dicho entonces. Y todavía ahora la palabra llegaba a sus labios directamente desde su corazón, sin razonamientos intermediarios, sin usura. Su amor hacia Alberto

había sido en sus comienzos gratitud, pero eso (que ella veía con toda nitidez) no alcanzaba a despreciarlo. Para ella, querer había sido siempre un poco agradecer y otro poco provocar la gratitud. A José Claudio, en los buenos tiempos, le había agradecido que él, tan brillante, tan lúcido, tan sagaz, se hubiera fijado en ella, tan insignificante. Había fallado en lo otro, en eso de provocar la gratitud, y había fallado tan luego en la ocasión más absurdamente favorable, es decir, cuando él parecía necesitarla más.

A Alberto, en cambio, le agradecía el impulso inicial, la generosidad de ese primer socorro que la había salvado de su propio caos, y, sobre todo, ayudado a ser fuerte. Por su parte, ella había provocado su gratitud, claro que sí. Porque Alberto era un alma tranquila, un respetuoso de su hermano, un fanático del equilibrio, pero también, y en definitiva, un solitario. Durante años y años, Alberto y ella habían mantenido una relación superficialmente cariñosa, que se detenía con espontánea discreción en los umbrales del tuteo y solo en contadas ocasiones dejaba entrever una solidaridad algo más profunda. Acaso Alberto envidiara un poco la aparente felicidad de su hermano, la buena suerte de haber dado con una mujer que él consideraba encantadora. En realidad, no hacía mucho que Mariana había obtenido la confesión de que la imperturbable soltería de Alberto se debía a que toda posible candidata era sometida a una imaginaria y desventajosa comparación.

“Y ayer estuvo Trelles”, estaba diciendo José Claudio, “a hacerme la clásica visita adulona que el personal de la fábrica me consagra una vez por trimestre. Me imagino que lo echarán a la suerte y el que pierde se embroma y viene a verme”.

“También puede ser que te aprecien”, dijo Alberto, “que conserven un buen recuerdo del tiempo en que los dirigías, que realmente estén preocupados por tu salud. No siempre la gente es tan miserable como te parece de un tiempo a esta parte”.

“Qué bien. Todos los días se aprende algo nuevo”. La sonrisa fue acompañada de un breve resoplido, destinado a inscribirse en otro nivel de ironía. Cuando Mariana había recurrido a Alberto en busca de protección, de consejo, de cariño, había tenido de inmediato la certidumbre de que a su vez estaba protegiendo a su protector, de que él se hallaba tan necesitado de amparo como

ella misma, de que allí, todavía tensa de escrúpulos y quizás de pudor, había una razonable desesperación de la que ella comenzó a sentirse responsable. Por eso, justamente, había provocado su gratitud, por no decírselo con todas las letras, por simplemente dejar que él la envolviera en su ternura acumulada de tanto tiempo atrás, por solo permitir que él ajustara a la imprevista realidad aquellas imágenes de ella misma que había hecho transcurrir, sin hacerse ilusiones, por el desfiladero de sus melancólicos insomnios. Pero la gratitud pronto fue desbordada. Como si todo hubiera estado dispuesto para la mutua revelación, como si solo hubiera faltado que se miraran a los ojos para confrontar y compensar sus afanes, a los pocos días lo más importante estuvo dicho y los encuentros furtivos menudearon. Mariana sintió de pronto que su corazón se había ensanchado y que el mundo era nada más que eso: Alberto y ella.

“Ahora sí podés calentar el café”, dijo José Claudio, y Mariana se inclinó sobre la mesita ratona para encender el mecherito. Por un momento se distrajo contemplando los pocillos. Solo había traído tres, uno de cada color. Le gustaba verlos así, formando un triángulo.

Después se echó hacia atrás en el sofá y su nuca encontró lo que esperaba: la mano cálida de Alberto, ya ahuecada para recibirla. Qué delicia, Dios mío. La mano empezó a moverse suavemente y los dedos largos, afilados, se introdujeron por entre el pelo. La primera vez que Alberto se había animado a hacerlo, Mariana se había sentido terriblemente inquieta, con los músculos anudados en una dolorosa contracción que le había impedido disfrutar de la caricia. Ahora no. Ahora estaba tranquila y podía disfrutar. Le parecía que la ceguera de José Claudio era una especie de protección divina.

Sentado frente a ellos, José Claudio respiraba normalmente, casi con beatitud. Con el tiempo, la caricia de Alberto se había convertido en una especie de rito y, ahora mismo, Mariana estaba en condiciones de aguardar el movimiento próximo y previsto. Como todas las tardes, la mano acarició el pescuezo, rozó apenas la oreja derecha, recorrió lentamente la mejilla y el mentón. Finalmente se detuvo sobre los labios entreabiertos. Entonces ella, como todas las tardes, besó silenciosamente aquella palma y

cerró por un instante los ojos. Cuando los abrió, el rostro de José Claudio era el mismo. Ajeno, reservado, distante. Para ella, sin embargo, ese momento incluía siempre un poco de temor. Un temor que no tenía razón de ser, ya que en el ejercicio de esa caricia púdica, riesgosa, insolente, ambos habían llegado a una técnica tan perfecta como silenciosa.

“No lo dejes hervir”, dijo José Claudio.

La mano de Alberto se retiró y Mariana volvió a inclinarse sobre la mesita. Retiró el mechero, apagó la llamita con la tapa de vidrio, llenó los pocillos directamente desde la cafetera.

Todos los días cambiaba la distribución de los colores. Hoy sería el verde para José Claudio, el negro para Alberto, el rojo para ella. Tomó el pocillo verde para alcanzárselo a su marido, pero antes de dejarlo en sus manos, se encontró con la extraña, apretada sonrisa. Se encontró, además, con unas palabras que sonaban más o menos así: “No, querida. Hoy quiero tomar en el pocillo rojo”.



Mario Benedetti

Nació en Paso de los Toros, Uruguay, en 1920. Se educó en un colegio alemán y se ganó la vida como taquígrafo, cajero, vendedor, contable, funcionario público, periodista, traductor. Hizo periodismo en el semanario *Marcha*, clausurado por la dictadura. Fue autor de novelas, cuentos, poesía, teatro, ensayos, crítica literaria, crónicas humorísticas, guiones cinematográficos, letras de canciones. Tras el golpe militar de 1973, tuvo que exiliarse, primero en Argentina y luego en Perú, Cuba y España. En 1987 recibió el Premio Llama de Oro de Amnistía Internacional por su novela *Primavera con una esquina rota*. Publicó más de cuarenta obras: *La víspera indeleble*, *Esta mañana*, *El último viaje y otros cuentos*, *Poemas de oficina*, *Montevideanos*, *La tregua*, *El país de la cola de paja*, *Ida y vuelta*, *La casa y el ladrillo*, *Pedro y el capitán*, *El olvido está lleno de memoria*, *Andamios*, *La vida ese paréntesis*, *Rincón de Haikus*, entre otras.





“La cuna” y “Silba esta noche el viento” de Juana de Ibarbourou
en *Las Lenguas de Diamante*.
“La higuera”, “Encuentro” y “Una voz” de Juana de Ibarbourou
en *Raíz Salvaje*.



La cuna y otros poemas

Juana de Ibarbourou

La cuna

Si yo supiera de qué selva vino
el árbol vigoroso que dio el cedro
para tornear la cuna de mi hijo...
Quisiera bendecir su nombre exótico.
Quisiera adivinar bajo qué cielo,
bajo qué brisas fue creciendo lento,
el árbol que nació con el destino
de ser tan puro y diminuto lecho.

Yo elegí esta cunita
una mañana cálida de enero.
Mi compañero la quería de mimbre,
blanca y pequeña como un lindo cesto.
Pero hubo un cedro que nació hace años
con el sino de ser para mi hijo
y preferí la de madera rica
con adornos de bronce. ¡Estaba escrito!

A veces, mientras duerme el pequeñuelo
yo me doy a forjar bellas historias:
tal vez bajo su copa una cobriza
madre venía a amamantar su niño
todas las tardecitas, a la hora
en que este cedro amparador de nidos
se llenaba de pájaros con sueño,
de música, de arrullos y de píos.

¡Debió de ser tan alto y tan erguido,
tan fuerte contra el cierzo y la borrasca,

que jamás el granizo le hizo mella
ni nunca el viento doblégó sus ramas!

Él, en las primaveras, retoñaba
primero que ninguno. ¡Era tan sano!
Tenía el aspecto de un gigante bueno
con su gran tronco y su ramaje amplio.

Árbol inmenso que te hiciste humilde
para acunar a un niño entre tus gajos:
¡Has de mecer los hijos de mis hijos!
Toda mi raza dormirá en tus brazos!

La higuera

Porque es áspera y fea;
porque todas sus ramas son grises,
yo le tengo piedad a la higuera.

En mi quinta hay cien árboles bellos:
ciruelos redondos,
limoneros rectos
y naranjos de brotes lustrosos.

En las primaveras,
todos ellos se cubren de flores
en torno a la higuera.

Y la pobre parece tan triste
con sus gajos torcidos que nunca
de apretados capullos se visten...

Por eso,
cada vez que yo paso a su lado
digo, procurando
hacer dulce y alegre mi acento:
–es la higuera el más bello
de los árboles todos del huerto.

Si ella escucha,
si comprende el idioma en que hablo,
¡qué dulzura tan honda hará nido
en su alma sensible de árbol!

Y tal vez, a la noche,
cuando el viento abanique su copa,
embriagada de gozo le cuente:
–hoy a mí me dijeron hermosa.

Encuentro

Olor de manzanillas curativas.

Manzanillas doradas y nevadas
que guardan las abuelas campesinas.

En el flanco dulzón de las cuchillas
y en la húmeda axila de los bajos;
junto al camino zigzagueador
y en torno de los ranchos,
la manzanilla da su aroma áspero
en los meses de sol.

Yo la he sentido hoy en el camino
que bordean podados tamarindos
y me saltó al encuentro como un perro
festejador y amigo.

Fragancia amarga y sana
que araña un poco la garganta,
pero que tiene una bondad
de agua.

He vuelto a hundir la cara entre las flores
de olor cordial y antiguo.
Rueda-rueda de hojuelas cándidas
en torno del redondo corazón amarillo.

Y toda la mentira del mar se me ha hecho clara
de un golpe. Quiero al campo
como todos los hombres de América lo quieren.
No tenemos entrañas de marinos. Un ancho
amor de labradores en la sangre nos viene.

La montaña y la pampa, la colina y la selva
la altiplanicie brava y los llanos verdeantes

donde pasta la vaca y galopa el bisonte,
están más cerca nuestro que el mar innumerable.

Al tornar a mi casa he sentido en el viento
el vaho de mis campos fuertes del Cerro Largo.
Me emana una alegría honda de reconquista.
El ramo puro albea en mi mano.

Una voz

Yo no sé qué alma sola
va cantando ese tango por la calle.

Debe ser algún alma,
así como la mía,
loca y reconcentrada
ardorosa y huraña.

He hundido la cabeza entre las manos.

El cantor invisible
se alejó por la calle
blanda de pastos viejos.
Y dentro de las cuatro paredes de mi cuarto
me he quedado soñando.

Por un montón de noches
ya tengo compañero.

Silba esta noche el viento

Silba esta noche el viento
con un jadear de perro fatigado.
Me lo imagino un galgo agudo y negro
saltando sin cesar entre los árboles.

Mi alma se agazapa
como una araña torva,
en mi boca, en mis ojos.
en la punta afilada de mis dedos,

para marearte con mis magnetismos
y obligarte a olvidar por esta noche
el lugar de mi alcoba donde se halla
la puerta que se abre hacia el camino.

El viento imita ahora el silbo
de los encantadores de serpientes.



Juana De Ibarbourou

Juana Fernández Morales alcanzó una gran popularidad en el ámbito hispanohablante por sus primeras colecciones de poemas. Nació en Melo, Cerro Largo, en 1892. Sus dos primeras colecciones de poemas, *Las lenguas de diamante* y *El cántaro fresco*, le procuraron una gran popularidad. A partir de entonces publicó más de treinta libros, la mayoría de los cuales fueron colecciones de poesía. Mientras que sus primeras obras estaban marcadas por una exuberante sensualidad, sus últimos libros de poemas –entre los cuales se encuentran *Perdida*, *Oro y tormenta* y *La pasajera*– muestran una mayor madurez y un carácter más reflexivo. Su amplia popularidad la hizo merecedora del sobrenombre de Juana de América.





“La abeja haragana” de Horacio Quiroga
en *Cuentos de la selva*.



La abeja haragana

Horacio Quiroga



Había una vez en una colmena una abeja que no quería trabajar, es decir, recorría los árboles uno por uno para tomar el jugo de las flores; pero en vez de conservarlo para convertirlo en miel, se lo tomaba del todo.

Era, pues, una abeja haragana. Todas las mañanas, apenas el sol calentaba el aire, la abejita se asomaba a la puerta de la colmena, veía que hacía buen tiempo, se peinaba con las patas, como hacen las moscas, y echaba entonces a volar, muy contenta del lindo día. Zumbaba muerta de gusto de flor en flor, entraba en la colmena, volvía a salir, y así se lo pasaba todo el día mientras las otras abejas se mataban trabajando para llenar la colmena de miel, porque la miel es el alimento de las abejas recién nacidas.

Como las abejas son muy serias, comenzaron a disgustarse con el proceder de la hermana haragana. En la puerta de las colmenas hay siempre unas cuantas abejas que están de guardia para cuidar que no entren bichos en la colmena. Estas abejas suelen ser muy viejas, con gran experiencia de la vida y tienen el lomo pelado porque han perdido todos los pelos de rozar contra la puerta de la colmena.

Un día, pues, detuvieron a la abeja haragana cuando iba a entrar, diciéndole:

—Compañera, es necesario que trabajes porque todas las abejas debemos trabajar.

La abejita contestó:

—Yo ando todo el día volando, y me canso mucho.

—No es cuestión de que te canses mucho —respondieron—, sino que trabajes un poco. Es la primera advertencia que te hacemos.

Y diciendo así la dejaron pasar.

Pero la abeja haragana no se corregía. De modo que a la tarde siguiente las abejas que estaban de guardia le dijeron:

—Hay que trabajar, hermana.

Y ella respondió enseguida:

—¡Uno de estos días lo voy a hacer!

—No es cuestión de que lo hagas uno de estos días —le respondieron— sino mañana mismo. Acuérdate de esto.

Y la dejaron pasar.

Al anochecer siguiente se repitió la misma cosa. Antes de que le dijeran nada, la abejita exclamó:

—¡Sí, sí, hermanas! ¡Ya me acuerdo de lo que he prometido!

—No es cuestión de que te acuerdes de lo prometido —le respondieron—, sino de que trabajes. Hoy es 19 de abril. Pues bien: trata de que mañana, 20, hayas traído una gota siquiera de miel. Y ahora, pasa.

Y diciendo esto, se apartaron para dejarla entrar.

Pero el 20 de abril pasó en vano como todos los demás.

Con la diferencia de que al caer el sol el tiempo se descompuso y comenzó a soplar un viento frío.

La abejita haragana voló apresurada hacia su colmena, pensando en lo calentito que estaría allá dentro. Pero cuando quiso entrar, las abejas que estaban de guardia se lo impidieron.

—¡No se entra! —le dijeron fríamente.

—¡Yo quiero entrar! —clamó la abejita—. Esta es mi colmena.

—Esta es la colmena de unas pobres abejas trabajadoras —le contestaron las otras—. No hay entrada para las haraganas.

—¡Mañana sin falta voy a trabajar! —insistió la abejita.

—No hay mañana para las que no trabajan —respondieron las abejas, que saben mucha filosofía.

Y esto diciendo la empujaron afuera.

La abejita, sin saber qué hacer, voló un rato aún; pero ya la noche caía y se veía apenas. Quiso cogerse de una hoja, y cayó al suelo. Tenía el cuerpo entumecido por el aire frío, y no podía volar más.

Arrastrándose entonces por el suelo, trepando y bajando de los palitos y piedritas, que le parecían montañas, llegó a la puerta de la colmena, a tiempo que comenzaban a caer frías gotas de lluvia.

—¡Ay, mi Dios! —clamó la desamparada—. Va a llover, y me voy a morir de frío.

Y tentó entrar en la colmena.

Pero de nuevo le cerraron el paso.

—¡Perdón! —gimió la abeja—. ¡Déjenme entrar!

—Ya es tarde —le respondieron.

—¡Por favor, hermanas! ¡Tengo sueño!

—Es más tarde aún.

—¡Compañeras, por piedad! ¡Tengo frío!

—Imposible.

—¡Por última vez! ¡Me voy a morir!

Entonces le dijeron:

—No, no morirás. Aprenderás en una sola noche lo que es el descanso ganado con el trabajo. Vete.

Y la echaron.

Entonces, temblando de frío, con las alas mojadas y tropezando, la abeja se arrastró, se arrastró hasta que de pronto rodó por un agujero; cayó rodando, mejor dicho, al fondo de una caverna.

Creyó que no iba a concluir nunca de bajar. Al fin llegó al fondo, y se halló bruscamente ante una víbora, una culebra verde de lomo color ladrillo, que la miraba enroscada y presta a lanzarse sobre ella.

En verdad, aquella caverna era el hueco de un árbol que habían trasplantado hacía tiempo, y que la culebra había elegido de guarida.

Las culebras comen abejas, que les gustan mucho. Por esto la abejita, al encontrarse ante su enemiga, murmuró cerrando los ojos:

—¡Adiós mi vida! Esta es la última hora que yo veo la luz.

Pero con gran sorpresa suya, la culebra no solamente no la devoró, sino que le dijo:

—¿Qué tal, abejita? No has de ser muy trabajadora para estar aquí a estas horas.

—Es cierto —murmuró la abeja—. No trabajo, y yo tengo la culpa.

—Siendo así —agregó la culebra, burlona—, voy a quitar del mundo a un mal bicho como tú. Te voy a comer, abeja.

La abeja, temblando, exclamó entonces:

—¡No es justo eso, no es justo! No es justo que usted me coma porque es más fuerte que yo. Los hombres saben lo que es justicia.

—¡Ah, ah! —exclamó la culebra, enroscándose ligero—. ¿Tú conoces bien a los hombres? ¿Tú crees que los hombres que les quitan la miel a ustedes, son más justos, grandísima tonta?

—No, no es por eso que nos quitan la miel —respondió la abeja.

—¿Y por qué entonces?

—Porque son más inteligentes.

Así dijo la abejita. Pero la culebra se echó a reír, exclamando:

—¡Bueno! Con justicia o sin ella, te voy a comer; apróntate.

Y se echó atrás, para lanzarse sobre la abeja. Pero esta exclamó:

—Usted hace eso porque es menos inteligente que yo.

—¿Yo menos inteligente que tú, mocosa? —se rió la culebra.

—Así es —afirmó la abeja.

—Pues bien —dijo la culebra—, vamos a verlo. Vamos a hacer dos pruebas. La que haga la prueba más rara, esa gana. Si gano yo, te como.

—¿Y si gano yo? —preguntó la abejita.

—Si ganas tú —repuso su enemiga—, tienes el derecho de pasar la noche aquí hasta que sea de día. ¿Te conviene?

—Aceptado —contestó la abeja.

La culebra se echó a reír de nuevo, porque se le había ocurrido una cosa que jamás podría hacer una abeja. Y he aquí lo que hizo:

Salió un instante afuera, tan velozmente que la abeja no tuvo tiempo de nada. Y volvió trayendo una cápsula de semillas de eucalipto, de un eucalipto que estaba al lado de la colmena y que le daba sombra.

Los muchachos hacen bailar como trompos esas cápsulas, y les llaman trompitos de eucalipto.

—Esto es lo que voy a hacer —dijo la culebra—. ¡Fíjate bien, atención!

Y arrollando vivamente la cola alrededor del trompito como un piolín la desenvolvió a toda velocidad, con tanta rapidez que el trompito quedó bailando y zumbando como un loco.

La culebra se reía, y con mucha razón, porque jamás una abeja ha hecho ni podrá hacer bailar a un trompito. Pero cuando el trompito, que se había quedado dormido zumbando, como les pasa a los trompos de naranjo, cayó por fin al suelo, la abeja dijo:

—Esa prueba es muy linda, y yo nunca podré hacer eso.

—Entonces, te como —exclamó la culebra.

—¡Un momento! Yo no puedo hacer eso, pero hago una cosa que nadie hace.

—¿Qué es eso?

—Desaparecer.

—¿Cómo? —exclamó la culebra, dando un salto de sorpresa—. ¿Desaparecer sin salir de aquí?

—Sin salir de aquí.

—¿Y sin esconderte en la tierra?

—Sin esconderme en la tierra.

—Pues bien, ¡hazlo! Y si no lo haces, te como enseguida —dijo la culebra.

El caso es que mientras el trompito bailaba, la abeja había tenido tiempo de examinar la caverna y había visto una plantita que crecía allí. Era un arbustillo, casi un yuyito, con grandes hojas del tamaño de una moneda de dos centavos.

La abeja se arrimó a la plantita, teniendo cuidado de no tocarla, y dijo así:

—Ahora me toca a mí, señora Culebra. Me va a hacer el favor de darse vuelta, y contar hasta tres. Cuando diga “tres”, búsqieme por todas partes, ¡ya no estaré más!

Y así pasó, en efecto. La culebra dijo rápidamente:

“Uno... dos... tres”, y se volvió y abrió la boca cuan grande era, de sorpresa: allí no había nadie. Miró arriba, abajo, a todos lados, recorrió los rincones, la plantita, tanteó todo con la lengua. Inútil: la abeja había desaparecido.

La culebra comprendió entonces que si su prueba del trompito era muy buena, la prueba de la abeja era simplemente extraordinaria. ¿Qué se había hecho? ¿Dónde estaba?

No había modo de hallarla.

—¡Bueno! —exclamó por fin—. Me doy por vencida. ¿Dónde estás?

Una voz que apenas se oía -la voz de la abejita- salió del medio de la cueva.

—¿No me vas a hacer nada? —dijo la voz. —¿Puedo contar con tu juramento?

—Sí —respondió la culebra—. Te lo juro. ¿Dónde estás?

—Aquí —respondió la abejita, apareciendo súbitamente de entre una hoja cerrada de la plantita.

¿Qué había pasado? Una cosa muy sencilla: la plantita en cuestión era una sensitiva, muy común también aquí en Buenos Aires, y que tiene la particularidad de que sus hojas se cierran al

menor contacto. Solamente que esta aventura pasaba en Misiones, donde la vegetación es muy rica, y por lo tanto muy grandes las hojas de las sensitivas. De aquí que al contacto de la abeja, las hojas se cerraran, ocultando completamente al insecto.

La inteligencia de la culebra no había alcanzado nunca a darse cuenta de este fenómeno; pero la abeja lo había observado, y se aprovechaba de él para salvar su vida.

La culebra no dijo nada, pero quedó muy irritada con su derrota, tanto que la abeja pasó toda la noche recordando a su enemigo la promesa que había hecho de respetarla.

Fue una noche larga, interminable, que las dos pasaron arriadas contra la pared más alta de la caverna, porque la tormenta se había desencadenado, y el agua entraba como un río adentro.

Hacía mucho frío, además, y adentro reinaba la oscuridad más completa. De cuando en cuando la culebra sentía impulsos de lanzarse sobre la abeja, y esta creía entonces llegado el término de su vida.

Nunca, jamás, creyó la abejita que una noche podría ser tan fría, tan larga, tan horrible. Recordaba su vida anterior, durmiendo noche tras noche en la colmena, bien calentita y lloraba entonces en silencio.

Cuando llegó el día, y salió el sol, porque el tiempo se había compuesto, la abejita voló y lloró otra vez en silencio ante la puerta de la colmena hecha por el esfuerzo de la familia. Las abejas de guardia la dejaron pasar sin decirle nada, porque comprendieron que la que volvía no era la paseandera haragana, sino una abeja que había hecho en solo una noche un duro aprendizaje de la vida.

Así fue, en efecto. En adelante, ninguna como ella recogió tanto polen ni fabricó tanta miel. Y cuando el otoño llegó, y llegó también el término de sus días, tuvo aún tiempo de dar una última lección antes de morir a las jóvenes abejas que la rodeaban:

—No es nuestra inteligencia, sino nuestro trabajo quien nos hace tan fuertes. Yo usé una sola vez de mi inteligencia, y fue para salvar mi vida. No habría necesitado de ese esfuerzo, si hubiera trabajado como todas. Me he cansado tanto volando de aquí para allá, como trabajando. Lo que me faltaba era la noción del deber, que adquirí aquella noche.

Trabajen, compañeras, pensando que el fin a que tienden nuestros esfuerzos -la felicidad de todos- es muy superior a la fatiga de cada uno. A esto los hombres llaman ideal, y tienen razón. No hay otra filosofía en la vida de un hombre y de una abeja.



Horacio Quiroga

Uno de los mayores cuentistas del Uruguay. Nació en la ciudad de Salto, el 31 de diciembre de 1878, hijo de madre uruguaya y de padre argentino. Sus primeros relatos, poemas y ensayos fueron publicados en la *Revista de Salto* que él dirigía. En 1904 publicó su libro de cuentos *El crimen del otro*, que incluyó relatos muy influidos por Edgar Allan Poe, el primero de sus maestros. Colaboró en *Caras y Caretas* y en *La Nación* de Buenos Aires. Entre sus obras se encuentran: *Historia de un amor turbio*, *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, *Cuentos de la Selva*, *El salvaje*, *El desierto*, *La gallina degollada*. En 1935 apareció su último libro *Más allá*, integrado por cuentos escritos en años anteriores. El 19 de febrero de 1936, enterado de que tenía cáncer, se suicidó.





Leer, contar y escribir jugando

Actividades y propuestas lúdico-literarias

Juan Martín Tapia



Leer, contar y escribir jugando

Actividades y propuestas lúdico-literarias

Prof. Juan Martín Tapia



Leer es siempre un ida y vuelta con otras actividades. Cuando leemos imaginamos, nos inspiramos, levantamos la cabeza y por un instante nos vamos del texto hacia algún lugar, una persona, un recuerdo o un proyecto. Leer muchas veces nos lleva a escribir o a conversar con otros sobre lo que leímos.

La práctica lectora está atravesada por estas y otras alegrías que implican en algún punto su detención o, al menos, su continuación por otros medios. El gran juego de la literatura admite muchos movimientos. La única regla fija es la que nos indica que debemos partir siempre del primer casillero: el texto. A partir de ahí podemos jugar a interpretar, a contar o a escribir. Todo parte de ese mismo lugar al que siempre terminamos volviendo.

En este apartado vas a encontrar una serie de propuestas organizadas en tres ejes:

- **jugar leyendo**
- **jugar contando**
- **jugar escribiendo**

En cada sección se presentan actividades, consignas y sugerencias para realizar una lectura personal y a la vez comunitaria de los textos de esta antología.

Jugar leyendo

Aquí vas a encontrar consignas de exploración e interpretación lectora.

Cuando hablamos de textos literarios estamos haciendo referencia a un objeto que no puede existir de manera plena sin un lector enfrente que sea capaz de encontrarlo y completarlo.

¿Cómo funciona esto? ¿Por qué decimos que el texto no está si yo ahora tengo el libro en la mano?

Es cierto que los cuentos y poemas de esta antología fueron pensados, escritos, corregidos, editados e impresos. Se nos presentan así, de una manera fija, de modo tal que no importa cuántas veces abramos la página 36, siempre el primer párrafo va a comenzar igual. Sin embargo, aquello que llamamos texto literario no se agota en la permanencia de la letra escrita. Para que haya literatura tiene que haber cambio y es el lector el que trae el cambio al mundo del texto. Hay una dimensión del sentido literario que solo emerge cuando la literatura nos encuentra. Somos nosotros los que aportamos mudanza a la quietud, apertura a la cerrazón y profundidad a la superficie.

¿Podemos decir entonces que este libro no va a estar completo hasta que no se encuentre con un lector?

Sí, de algún modo estamos avalados para afirmar que este libro está incompleto. Y es gracias a esta incompletitud y a esta apertura que podemos decir que lo que tenemos entre manos es una antología literaria. Solo un texto poroso a la actividad del lector puede ostentar el blasón que distingue a la literatura de otros juegos del lenguaje. En lo literario habitan sentidos múltiples que dependen en parte de la fijeza del texto y en parte de la cambiante capacidad interpretativa del lector. A esto hacen referencia los académicos y los manuales que nos dicen que la literatura es plurisignificativa.

Las herramientas que posee el lector para realizar esta tarea de búsqueda, demostración y construcción del sentido son múltiples. Proviene en parte de su recorrido individual como lector y en parte de su inserción en una comunidad que prevé o autoriza un cierto repertorio de prácticas lectoras. Con estas herramientas creamos anticipaciones, validamos hipótesis y construimos sentido tendiendo puentes entre el texto y el mundo.

¿Existe algún límite en este juego de encontrar/crear sentidos en el texto literario?, ¿un cuento o un poema dicen sencillamente lo que a mí me parece que dicen?

No. El límite es siempre el texto en su dimensión permanente: lo que está escrito. El juego del lector es parecido al juego del

que tiene que contar y buscar en la escondida: en algún momento tiene que alejarse del punto de partida, incluso debe hacerlo si es que quiere encontrar algo, pero siempre debe volver a tocar la pared. Un lector competente es capaz de hacer este lance que va del texto a lo desconocido y de vuelta al texto. Un lector muy competente es aquel que al hacerlo revive la alegría, el riesgo, la seriedad, la curiosidad y la incertidumbre de la niña y del niño que juega a las escondidas con sus amigos.

Propuestas

Aquí presentamos tres consignas de exploración lectora. Las tres apuntan a encontrar estructuras y significados en los textos. Ninguna agota el sentido final del cuento o del poema, simplemente son invitaciones a profundizar en él.

1. El camino del héroe

El camino del héroe es el nombre que se da a una serie de acciones que llevan adelante los héroes cuando intentan completar una misión. Estas acciones se llaman mitemas y se repiten de manera más o menos invariable a lo largo de relatos de diversas culturas. El investigador norteamericano Joseph Campbell identificó más de diez mitemas que suelen organizarse en tres etapas que constituyen el esquema primordial de toda narración mítico-heroica: Partida - Búsqueda - Regreso.

Si bien es cierto que este modelo surge del estudio de relatos míticos de grandes gestas heroicas, Campbell admite que esta estructura puede estar presente en narraciones contemporáneas que en apariencia pueden ser muy distintas a las antiguas epopeyas.

Encontrar las tres etapas e identificar mitemas puede ser un juego de lectura muy interesante que nos permite abordar el texto con otros ojos, encontrando relaciones profundas y patrones antiguos de narración.

A continuación, presentamos El camino del héroe en sus tres etapas con una lista acotada de los mitemas que suelen aparecer en cada momento:

> La partida

El héroe abandona su hogar e inicia su misión

- La llamada: el héroe acepta un llamado que lo hace salir del mundo conocido.
- El cruce del umbral: la misión comienza cuando se ingresa al mundo desconocido.

> La búsqueda

Aquí se agrupan todos los episodios que constituyen la misión del héroe

- La noche peligrosa: el héroe se enfrenta a la oscuridad.
- El bosque peligroso: un lugar desconocido y lleno de amenazas.
- La mujer (o el hombre) como tentación: una visión placentera que hace al héroe olvidar su misión.
- El laberinto: el héroe está perdido y debe encontrar una salida.
- Las pruebas: una serie de desafíos que hay que pasar para conseguir un objeto o derrotar a un enemigo.
- El vientre de la ballena: el héroe es devorado y queda separado del mundo.

> El regreso

El héroe vuelve y su situación de origen se transforma por el resultado de su misión

- La persecución del enemigo: culmina en la derrota del enemigo.
- El nuevo cruce del umbral: regreso a lo conocido.
- La posesión de los dos mundos: el éxito de la misión radica en un cambio para el héroe y su comunidad.

Ahora que conocés algunos de los hitos principales del recorrido, invitamos a elegir algún cuento de la antología y a identificar en él las tres etapas del camino del héroe: partida, búsqueda y regreso. Si te animás podés también arriesgarte a identificar algún mitema presente en la narración.

2. Oráculo poético

Aquí vamos a proponer un pequeño juego para resolver enigmas sin respuesta a partir de la lectura de pequeños fragmentos de este mismo libro que tenés entre las manos.

Lo único que necesitás para empezar a jugar es una pregunta. Puede ser la pregunta que quieras. Lo importante es que esa pregunta, para vos, no tenga respuesta.

- **Escribí en un papel la pregunta que pensaste. Si estás jugando con otra gente, podés decirla en voz alta.**
- **Levantá este libro cerrado y apoyalo en tu frente.**
- **Concentrate en la pregunta que elegiste y abrí el libro en un sitio al azar.**
- **Dirigí tu mirada a la página impar y contá hasta ubicar el séptimo renglón.**
- **Leelo una vez de manera silenciosa y una segunda vez en voz alta: eso que leíste es la respuesta a tu pregunta.**

¿Qué pasa si la página impar que abriste al azar está en blanco o tiene menos de siete líneas?

En ese caso cerrás y abris de nuevo el libro en otra parte. Tenés tres oportunidades, si al cabo de las tres no hay respuesta, la pregunta se pospone.

¿Qué pasa si abriste el libro y te toca una presentación, una biografía de algún autor o esta misma cartilla de actividades?

En ese caso tirás de nuevo. Solo participan del juego los textos literarios: cuentos y poemas de la antología. Una vez que tenés la respuesta comienza el verdadero juego: el de la interpretación. Podemos partir de una palabra y empezar a generar asociaciones, podemos indagar un poco en el cuento y en el autor que te tocó. Será, como en todo oráculo, una respuesta para interpretar. Un enunciado misterioso del que habrá que sacar la mayor cantidad de información posible.

3. Diccionario de símbolos

Los diccionarios de símbolos son libros muy interesantes que compilan los significados que diversas culturas le atribuyen a algunos números, objetos, plantas o animales. Habitualmente cuando se analizan textos de origen popular es adecuado tener a mano algunos de estos diccionarios ya que el sentido del cuento folclórico muchas veces está cifrado en estos símbolos que la cultura va heredando de generación en generación.

Cuando un animal, un número o un paisaje se repite frecuentemente en muchos relatos probablemente se trate de un símbolo que, para la cultura que creó esos relatos, quiera decir más de lo que transmite su sentido aparente.

Buscar en el diccionario de símbolos palabras como bosque, espejo, nudo, rosa o lobo nos permite profundizar en la historia que estamos leyendo y conectarla con mitos y relatos de tradiciones muy antiguas.

Te sugerimos que busques un diccionario de símbolos en la biblioteca de tu escuela o en internet. Podemos recomendar el de Jean Chevallier o el de Eduardo Cirlot, pero lo cierto es que hay muchos disponibles.

Una vez que tengas el diccionario a mano podés empezar a buscar objetos, lugares o animales que aparezcan en los cuentos de la antología.

Jugar contando

Aquí vas a encontrar propuestas y recomendaciones para narrar y leer en voz alta los cuentos y poemas de la antología.

La narración oral y la lectura en voz alta son excelentes estrategias para mediar textos literarios.

Instalar dentro del aula o en la biblioteca un espacio de narración y escucha de cuentos debe ser un objetivo común a todas las comunidades escolares. Un dispositivo sencillo como una ronda

de cuentos con reglas claras de escucha y circulación de la palabra trae innumerables beneficios a la hora de pensar o sostener un proyecto institucional de lectura. Entre otros podemos mencionar:

- **Ampliación del canon literario**

Con la narración oral ingresa a la escuela el enorme universo de la literatura de origen popular.

Si bien es deseable que se narren también textos de autoras y autores (como los de esta antología), lo aconsejable es instalar y crear los espacios de narración contando cuentos de origen popular o folclórico cuyo portador originario y privilegiado es la voz humana.

- **Desarrollo de competencias lectoras**

Cuando escuchamos un cuento ponemos en juego una serie de competencias y estrategias interpretativas que mejoran nuestro desempeño como lectores. Escuchando aprendemos a jugar gran parte del juego de la literatura, ya que con los matices de la voz humana comenzamos a ejercitar nuestra capacidad de leer signos y realizar interpretaciones.

- **Estímulo a la lectura en comunidad**

La ronda de cuentos es un ejercicio comunitario de lectura que modifica la forma en la que circulan la palabra y el silencio en un aula o en una biblioteca. Es un espacio de confianza y de disfrute propicio para el intercambio lector en el que se puede dar, de manera natural, el paso de ser quien escucha a ser quien narra.

Propuestas

En este apartado vas a encontrar tres propuestas para jugar con el sonido de los textos. Recomendamos realizar todos estos ejercicios de manera grupal y, si es posible, organizados en una ronda o semicírculo. Recordá que la forma más sencilla de instalar un clima de escucha es narrando. Un cuento contado es siempre la mejor manera de inaugurar la actividad.



1. Contar por contar (un método para narrar oralmente)

¿Cómo contar un cuento a viva voz?

Sugerimos que elijas un cuento de trama lineal en el que la acción sea más importante que la descripción. Léel el cuento una o dos veces (no más) y enseguida contale a alguien de qué se trata. Esa primera versión oral e inevitablemente despegada de la letra escrita va a ser la materia prima a partir de la cual vamos a poder construir una narración atenta al cuento, pero a la vez, comprometida con las leyes de la oralidad.

Lo mejor que puede aportar el narrador oral al relato son silencios, tiempos y miradas. Los buenos cuenteros siempre están atentos al público.

Anunciá el título del relato y tomate un tiempo antes de comenzar. Medí con atención la forma en la que vas a concluir el cuento y procurá hacer pausas cuando presentás una idea nueva o cuando en la trama está por ocurrir un cambio.

Es preferible usar pocas palabras, pero cargadas de musicalidad. Apoyate en los matices e inflexiones que solés hacer con la voz cuando le contás una anécdota a alguien.

Narrá de manera sistemática y repetida. De a poco vas a encontrar una voz personal, al tiempo que vas a crear una tradición y un hábito de escucha entre tus estudiantes.



2. Motivos musicales

Esta es una propuesta de lectura en voz alta que busca asociar sonidos a ciertas frases o palabras que se repiten en un texto. La repetición es un procedimiento antiguo y común a muchas literaturas. A lo largo de un cuento o de un poema se repiten de manera más o menos artificial nombres, palabras o frases. Sin llegar a conformar un estribillo estas repeticiones van fijando ideas en el lector y construyendo el ritmo y la respiración del texto. Encontrar estas

repeticiones y marcarlas con algún sonido es un juego de lectura ideal para hacer en grupo.

Primero elegí el texto y busqué la palabra, frase, verso o acción repetida que quieras subrayar. Luego elegí algún sonido. No hace falta que sonido y palabra tengan una correlación explícita. Para empezar podés usar sonidos elegidos al azar. Si la actividad es grupal pueden usar un aplauso, murmullo o canto del grupo. Se pueden usar instrumentos musicales o cualquier fuente alternativa de sonido. Lean el texto en voz alta con el acompañamiento elegido. Si quieren pueden buscar más de una célula repetida y asignar a cada una un sonido diferente.



3. Decir la poesía en voz alta

A la hora de decir un poema en voz alta hay que tener ciertas consideraciones especiales. Vamos a copiar aquí algunas de una lista más extensa que apunta Estrella Ortíz en su libro *Contar la poesía*:

- Esmerarse al principio. No apresurarse y tener en cuenta que, al comenzar, el oyente todavía no sabe nada y necesita tiempo para situarse en el contexto del poema.
- Cuidar la entonación en las pausas. Respetar los signos de puntuación y las pausas al final de cada verso que equivalen a un silencio similar al de una coma.
- Aprovechar todas las alteraciones para crecer en intensidad. Los diálogos, los cambios en la cantidad del verso y demás situaciones de ruptura son oportunidades expresivas que no hay que dejar pasar de largo.
- Controlar el tiempo dosificando velocidad y volumen.
- Esmerar la dicción. El discurso poético es poco previsible y cada palabra debe decirse como si fuera única.
- Cuidar el final. Preparar la velocidad y la entonación para llegar de manera correcta y no precipitada.
- Respirar. Aprovechar las pausas para tomar aire es dejarse latir con el poema. No hay ninguna razón para leer con prisa.

Jugar escribiendo

Aquí vas a encontrar dos consignas para crear tus propias producciones literarias.

En el año 1941 se publicó un curioso libro llamado *Cómo escribí algunos de mis libros*. Allí el escritor francés Raymond Russell reveló un secreto alojado en el interior de su proceso de escritura. Se trataba de un procedimiento, un mecanismo de escritura mediante el cual creó, de manera más o menos automática, frases y argumentos de libros enteros que miles de lectores y críticos, hasta ese momento, habían considerado productos de la inventiva, creatividad o incluso genio del autor.

¿Fue Rousell un autor menos genial o menos original por haber usado un mecanismo para crear sus libros?

El procedimiento utilizado por Rousell es menos interesante que la idea de procedimiento en sí. El escritor francés jugaba con el sonido de las palabras buscando frases que sonaran parecidas entre sí, pero que tuvieran significados muy diferentes. Luego reemplazaba una frase por otra generando resultados inesperados y algo disparatados en la construcción de la trama. Por ejemplo, en francés las palabras pescado (poisson) y veneno (poison) suenan muy parecidas. Reemplazar una por otra puede cambiar radicalmente el rumbo de una narración.

En líneas generales podemos llamar procedimiento a cualquier mecanismo capaz de producir textos a partir de la aplicación de determinadas reglas. Cortar palabras de un diario y pegarlas al azar en una hoja es un procedimiento que puede dar lugar a un texto literario a partir de la ejecución de dos cláusulas (o reglas) muy sencillas:

- **Las palabras recortadas deben ser tomadas de un mismo conjunto. Puede ser un conjunto muy acotado, como un único artículo de un diario o un conjunto más amplio como una caja repleta de palabras cortadas de distintos lugares. Lo importante es que el conjunto de origen sea limitado y no puedan agregarse nuevas palabras una vez que se empieza a jugar.**

- **El orden en el cual se pegan o copian las palabras no debe tener otro criterio más que el azar.**

Estos juegos son pequeñas máquinas de inventar que nos permiten escribir y jugar a la literatura dejando atrás algunos prejuicios muy arraigados acerca de cómo pensamos que debe ser un escritor y un buen proceso de escritura. El resultado de estos procedimientos, que siempre será novedoso y estará por fuera del círculo de nuestras propias limitaciones y ocurrencias, resulta un excelente disparador para comenzar a escribir o para jugar a leer y a interpretar con otras personas.

Consignas

Presentamos tres modelos posibles de procedimientos. Tres consignas con reglas para jugar a escribir. Tené en cuenta que lo más interesante de estas actividades es el momento de leer las producciones y jugar entre todos a encontrarles sentido.

1. Siete palabras

Este juego tiene por objetivo la producción de textos poéticos. Se puede jugar de a uno, pero se sugiere hacerlo con al menos dos participantes.

- Primero identificá todos los textos poéticos de esta antología.
- Una vez que los tengas identificados, tomá una hoja y comenzá a copiar allí una palabra de cada verso.
- Recortá con cuidado todas las palabras y ponelas en una caja, bolsa o sombrero. Podés agregar más palabras tomadas de otros libros o de otros textos de la antología. Te sugerimos que tengas al menos unas cien palabras para comenzar.
- Repartile a cada participante siete palabras tomadas al azar del conjunto de palabras recortadas.
- Cada participante deberá crear un poema de no más de quince palabras que incluya las siete palabras que le tocaron

en suerte. Es importante ser muy estricto con los parámetros de la consigna. Ni las cantidades ni las palabras repartidas pueden ser modificadas. Sugerimos utilizar los signos de puntuación y la versificación para eliminar palabras de más. Confíen en el poder de la evocación, el silencio y la capacidad interpretativa de los lectores.

- Luego de una primera puesta en texto y corrección, las producciones pueden ser leídas y comentadas en voz alta.

2. Verso reciclado

Aquí va otra actividad para escribir poesía. Para jugar podés usar los poemas de esta antología. Esta es una propuesta ideal para hacer con muchas personas.

- Antes de comenzar hay que repartir un número a cada participante. Estos números deben estar comprendidos entre el uno y el número total de participantes. Si los que juegan son siete, a un jugador le tocará el número 1, a otro el 2, a otro el 3 y así sucesivamente hasta llegar al 7.
- Ese número va a determinar con qué versos va a trabajar cada participante. Aquel al que le tocó el número 3 deberá copiar todos los terceros versos de cada poema de la antología; al que le tocó el 1 copiará los primeros y así con todos los números repartidos. En el caso de que alguien tenga un número mayor a la cantidad de versos que tiene el poema, deberá seguir contando como si el primer verso fuera la continuación del último. De este modo, si tenemos el número siete y el poema tiene solo cinco versos, el verso que vamos a copiar será el segundo.
- Una vez que tenés copiados los versos, ordenalos hasta crear un nuevo poema. Podés agregar signos de puntuación y acomodarlos en estrofas, pero no podés cambiar sus palabras.
- Cuando todos tengan ya su poema pueden leerlos y compartirlos en voz alta.

3. Objeto fantástico

Los objetos fantásticos poseen propiedades que modifican o evaden las leyes de la naturaleza. Imaginar qué pasaría si uno de estos objetos aparece en determinado sitio o en manos de determinado personaje es un excelente disparador para comenzar a crear historias.

- Para este juego de escritura también vas a necesitar un buen lote de palabras recortadas. Pueden ser palabras tomadas de los poemas de la antología o palabras sueltas que pueden ir escribiendo en grupo, recortando y guardando en una caja.
- Separá las palabras según su clase y armá dos pilas: una para los sustantivos y otra para los verbos. Para este juego no vamos a utilizar ni adjetivos ni adverbios. Si no querés escribir las palabras podés usar algún generador aleatorio de palabras. En internet hay varios sitios gratuitos que lo ofrecen.
- Para crear los objetos fantásticos repartí una palabra al azar de cada pila a cada participante para que cada uno tenga un sustantivo y un verbo. El sustantivo va a ser el objeto y el verbo va a definir la acción de ese objeto. Por ejemplo: si nos tocaron las palabras "circo - inundar" podemos empezar a imaginar un circo itinerante que en cada lugar que se instala genera una inundación terrible, o una carpa de circo que de manera misteriosa se inunda con la gente adentro como parte del espectáculo. El juego de creación es libre.
- Una vez que tengas tu objeto fantástico ubicalo en un lugar. Podés escribir una historia desde el comienzo o podés elegir un cuento de la antología y pensar ¿Qué pasaría si tal personaje encontrara mi objeto fantástico?



Juan Martín Tapia

Profesor de Filosofía (UBA) y narrador oral profesional, discípulo del profesor Juan Marcial Moreno. Desde el 2004 crea y presenta sus espectáculos de narración oral en distintos teatros, escuelas y festivales. Es miembro fundador, dramaturgo y director de la compañía de cuentos *El viajecito de Felipe*, un ensamble con más de diez años de trabajo escénico dedicado a la experimentación y la conquista de un público joven y nuevo en la narración oral escénica. En el campo de la formación, dictó cursos de narración oral para docentes en la escuela de Maestros (Ex CePA) y fue profesor titular de las materias “Literatura y narración oral” y “Literatura y música” del Postítulo de Literatura Infantil Y Juvenil del SUMMA.



Las y los invitamos a disfrutar de otras
obras literarias disponibles en la Biblioteca Digital
de la Biblioteca Nacional de Maestras y Maestros
<http://www.bnm.me.gov.ar/catalogos>



Biblioteca Nacional de Maestras y Maestros

Pizzurno 953 (C1020ACA)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Argentina

+54 (11) 4129-1272



BNMArgentina

ISBN 978-950-00-1740-4

